

LOS DISCERNIMIENTOS DE JESÚS, MATRIZ DE TODO DISCERNIMIENTO CRISTIANO

Pedro Trigo SJ.*

ABSTRACT:

In order to explain the discernments that Jesus realized during his life, we state that Jesus had to discern because neither he got farsightedness, nor his behavior was directed or established by an objective God's will, nor his Father was telling him every day what he was supposed to do. We stress that Jesus' discernments were interconnected. The basis would be forged at the time of his life spent at Nazareth, and the interpretation key would be given by Baptism. What happened to him became real history in the performance of his mission, and eventually was fulfilled in the Cross or Calvary. We would like to conclude with two additions or corollaria. The transcendence of this theme is based on the fact that Jesus' discernments are normative to discernments of us as Christians and as Church, and are also paradigmatic to the whole of humanity.

KEY WORDS:

Confession of Brother, "Yes" of God, Kingdom as reign, Assumed Messianism, Reciprocity of Gifts, Fidelity to "Yes", Desecralization of Politics, Desecralization of Religion.

Explicitemos cómo practicó Jesús el discernimiento, porque ningún discernimiento que contradiga a los suyos puede alegar derecho de ciudadanía en el cristianismo; más aún, todo discernimiento legítimo o ha de coincidir con él o ha de ser equivalente en nuestra situación.

El punto de partida para tratar de los discernimientos de Jesús es que, en verdad, tuvo que discernir su situación y lo que Dios le iba pidiendo en ella. No podemos entender la relación absoluta que desde siempre mantuvieron Jesús y

* Pedro Trigo, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas, Facultad de Teología de la UCAB, asociada a la UPS. Tiene numerosas publicaciones y escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de licenciatura y de postgrado en Teología Pastoral, Teología Espiritual y Teología Fundamental, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Acompaña a comunidades cristianas populares. Correo-e: trigodura@gmail.com

su Padre como una interlocución constante. Él no le iba diciendo a Jesús en cada ocasión lo que tenía que hacer. Eso hubiera equivalido a no tener fe en él. Que el Padre lo había puesto todo en sus manos significa que el Padre tenía tanta fe en Jesús que lo había constituido como su presencia en medio de su pueblo (Dios-con-nosotros: Mt 1,22-23). Le correspondía, pues, a Jesús ingeniárselas para hacerlo realmente presente, para revelar su verdadero rostro, en vez de oscurecerlo trasparentando un rostro de Dios que no correspondiera al de su Padre.

Pero también implica que Jesús no captaba intuitivamente lo que tenía que decir y hacer, implica que eso no le venía dado como automáticamente por su misma constitución. Como dice Pablo, en Jesús habitaba la plenitud de la divinidad corporalmente; es decir, Jesús era Hijo de Dios humanamente¹. Por eso dice por dos veces el evangelio de la infancia de Lucas que Jesús crecía en conocimiento y gracia, y no sólo ante los seres humanos sino ante su mismo Padre. También para Jesús, como para los demás seres humanos, el modo humano de ser es ser siendo.

Hemos creído imprescindible asentarlos porque, así como muchos intelectuales cristianos son proclives al arrianismo (Jesús es un ser humano asumido por Dios), el pueblo cristiano y la institución eclesial tienden al apolinarismo (Jesús sería Dios revestido de un cuerpo para hacérsenos presente y poder sufrir por nosotros) y esa tendencia rebrota hoy con mucha fuerza, al perderse de vista el concilio Vaticano II. Asentar que Jesús tuvo que discernir es un modo muy elocuente de afirmar que su misterio se da en su plena condición humana.

SU MUNDO DE VIDA COMO SUSTRATO DE SU MISIÓN

Su primer discernimiento, implícito en el evangelio, pero omnipresente y actuante y, por eso, condición de posibilidad para entender el resto, es que Jesús discernió que su situación vital no era algo incidental y, por eso, carente de significación en el designio de su Padre, sino que en su designio era la ubicación que funcionaría como el punto de partida, más aún, como la matriz de todo lo que vendría después.

¹ Bonnard se lo plantea a propósito de las tentaciones: la naturaleza divina “¿no excluye por sí misma la idea de una tentación que no sea una comedia? A este propósito el pensamiento del evangelista podría resumirse en una proposición desconcertante, parecida a ésta: la perfección y la naturaleza de Jesús no deben ser consideradas abstractamente, fuera de su existencia histórica” (*Evangelio según San Mateo*. Cristiandad, Madrid 1976,69)

La trascendencia de ser un judío marginal

Que hubiera nacido y se hubiera criado en la periferia de un imperio, sin tener el estatuto de ciudadano², en una provincia periférica y en una aldea tan insignificante que no aparece en la Biblia hebrea³, en un oficio propio de los de abajo⁴, en una familia de la que sus vecinos no esperaban nada especial⁵, y que hubiera vivido de tal modo que ni los de su familia lo creían capaz de algo cualitativamente superior a lo que estaba haciendo⁶, fue un modo de vida que él asumió como querido por su Padre para él. Le sirvió para conocer la desigualdad creciente causada por la opresión de los ciudadanos (grandes propietarios y funcionarios que vivían en Séforis y Tiberíades) y, en definitiva, de Herodes y, más en el fondo, por los pesados tributos de los romanos (a través de Herodes) y del templo. Esa vivencia dolorosa y, en cierto modo, indignada, está en el sustrato de muchas alusiones peyorativas a estos colectivos y centros de poder⁷.

Por eso, lo vivió con toda plenitud, sacando de ese mundo de vida y de ese horizonte vital, que desde fuera pueden parecer muy estrechos y poco posibilitantes, todo lo que podían dar de sí al vivirlos de un modo absolutamente personalizado, y cobrando de este modo la consistencia humana que necesitaría para su misión, así como la sabiduría de la vida, su percepción del misterio que latía en la creación y, más específicamente, en la humanidad, así como la peculiaridad de su pueblo en el designio del Padre y el estado en que se encontraba ese pueblo respecto de la alianza⁸.

² Como lo tuvo, en cambio, Pablo, de lo que le vinieron tantas ventajas para su misión

³ “Un pueblo tan oscuro que nunca lo mencionan el AT, Josefo, Filón ni la literatura temprana de los rabinos, ni los *pseudepigrapha* del AT” (Meier, *Un judío Marginal*, tomo I. EVD, Estella 1998,279)

⁴ La palabra *tekton* con la que lo designa el evangelio es genérica y se puede aplicar tanto a un albañil como a un carpintero. La tradición desde comienzos del siglo II lo ha tenido como carpintero. Justino afirmó que él hacía arados y yugos. Esto significa que Jesús se levantó como lo que se decía antiguamente “pobre pero honrado”, es decir, como una persona pobre, pero que por tener una familia, una casa y un oficio, era digno de consideración. Navarro titula significativamente esta sección de la negativa de sus paisanos a reconocerlo como maestro y profeta: “obrero metido a intelectual” (Marcos. EVD, Estella 2006,212). Meier oc 290-296,319. Gnlika, *Jesús de Nazaret*. Herder, Barcelona 1995,97-98

⁵ Mc 6,2-3; Lc 4,22. Sobre la descalificación de sus paisanos por su familia y por creer que no podía dar más que lo que ellos habían sido capaces de captar en los treinta años de convivencia, ver Navarro, oc 213-217

⁶ Mc 3,21;6,4;Jn 7,2-5

⁷ Pagola, *Jesús*. PPC, Madrid, 2007,29-30

⁸ Pagola sitúa muy adecuadamente en su cotidianidad nazarena muchísimas alusiones al reinado de Dios, vertidas en escenas vividas y observadas muy despaciosamente (oc 41-43,46-48). Nazaret es un tema recurrente en Codina; ver, por ejemplo: “Jesús en Nazaret se hace hombre solidario y desde Nazaret va tomando conciencia de Abbá, su Padre. Nazaret es la versión lucana de la *kénosis* paulina. Se me ocurre que mi futuro libro podría titularse *¿De Nazaret puede salir algo bueno?*” (*Diario de un teólogo del postconcilio*. San Pablo, Bogotá 2013,344). Al fin el libro se tituló: *Una Iglesia nazarena*. Comenta Codina: “no está mal, pero la raíz de una Iglesia nazarena es el misterio de Jesús de Nazaret” (345)

Especificando lo que se resalta en el evangelio, tenemos que mencionar en primer lugar su origen galileo, que captan, obviamente, los de Jerusalén; más específicamente, se lo llama nazareno por el lugar donde se crió. Era una aldea. Salta a la vista en numerosos pasajes del evangelio el mundo campesino que él maneja con asiduidad y soltura. Más aún, aunque su aldea estaba cerca de Séforis, nunca aparece esta ciudad, como tampoco Tiberíades, en los evangelios, lo que significa que se dedicó a los campesinos y pescadores del lago de Genesaret⁹.

Se hace referencia a su oficio, entre constructor, en el sentido de albañil y de carpintero, y se dice de él que era hijo del carpintero porque en las culturas tradicionales como la suya el padre enseñaba al hijo los secretos del oficio y el hijo seguía el oficio del padre. También se habla de su familia y se nombra a los hermanos y, sin especificar, a sus hermanas. Esto significa que Jesús era lo que se decía antiguamente pobre pero honrado, que no aludía en primer lugar a la consistencia moral de esa persona sino a que era digna de consideración porque tenía un lugar de origen, una casa y familia y un oficio, es decir, un lugar en el mundo, un mundo de relaciones, un aporte a la sociedad y quien lo defendía y velaba por él y, correspondientemente a quien él se debía¹⁰.

Esta responsabilidad familiar, como cosa dada por asentada en su ambiente aparece, por ejemplo, en que Jesús da por supuesto que aun los malos, si su hijo le pide un pan o un pescado se los dan, o en la acuciosidad con la que la mujer barre su casita buscando la moneda que se le perdió o en el simple hecho de prender una lámpara para que alumbrase a todos los que están en la casa.

No era, pues, pobre sino gente popular. Aunque en la Galilea de su tiempo la gente popular campesina estaba siendo muy presionada y exprimida por los tributos y vivía en gran estrechez, que no raramente desembocaba en el empobrecimiento. Como el cobro de impuestos era perentorio, si la cosecha

⁹ Meier oc 296. Sanders, *La figura histórica de Jesús*. EVD, Estella, 2000,29. Añade “tal vez obró así simplemente porque eran los suyos. Se identificó con los mansos y humildes y ellos fueron el auténtico objetivo de su misión”. Y concluye diciendo: “Así pues, Jesús, natural de una aldea de Galilea, actuó en otras aldeas o pueblos pequeños de esa región y en los campos vecinos –y sin embargo consideró que su ministerio era de trascendencia para todo Israel” (oc 131). González Faus se refiere a la “hostilidad del campo hacia la ciudad” como explicación de la ausencia de la mención de las ciudades: “Debió de evitarlas deliberadamente”; si no, no se explica el porqué de ese silencio en el momento en que la Iglesia “se había vuelto muy urbana” (*Otro mundo es posible... desde Jesús*. ST, Santander 2012, 45) Vidal oc 144-149

¹⁰ En este sentido dice Meier: “Jesús no era, probablemente más pobre ni menos respetable que casi cualquier otra persona de aquel pueblo o, incluso, de la mayor parte de Galilea. La suya no era la pobreza desoladora, humillante, del jornalero o del esclavo rural” (oc 294). “Cuando Jesús abandonó su papel social, claramente definido como el carpintero de Nazaret, para asumir el ambiguo papel de maestro itinerante y taumaturgo, renunció a la situación honorable –aunque modesta- que tenía asegurada y adoptó un ‘status’ que le suponía un alto honor entre los que creían en él y una gran deshonra entre sus adversarios” (id 320-321)

había sido mala o había habido enfermedades o algún otro contratiempo, se caía en manos de los prestamistas y era muy difícil salir de las deudas y muy probable acabar siendo embargado. Por eso en los evangelios ocupa un lugar tan grande el tema de las deudas (Mt 6,12;18,23-35).

Desde ese lugar social vio que los ricos cuando compraban una hacienda enseguida iban a tomar posesión de ella o cuando compraban varias yuntas de bueyes enseguida las probaban o que cuando daban banquetes sólo invitaban a los de su rango y que eran celosos de ocupar el puesto que creían merecer. Se fijó en un juez inicuo, que, sin embargo, no quiso que una viuda le amargara la vida con su reclamo constante y para que lo dejara en paz la hizo justicia. Contó el cuento (que podía referirse a Agripa) de un noble que había ido a un país lejano a procurarse el título de rey y al regresar con él había tratado muy mal a sus opositores. Se fijó en los reyes que guerrear, pero que saben buscar la paz a tiempo, si comprenden que no podrán hacer frente al enemigo. Se fija en un ganadero que tenía cien ovejas y se le pierde una; habla del buen pastor refiriéndose al buen dirigente, a la usanza de sus antepasados.

Pero, sobre todo, se fija en el misterio de la vida vegetal, en el de la semilla que crece sola, en las condiciones de la tierra para que germine, en qué hacer cuando brota mala yerba, en el arraigo de la cepa a la tierra de la que en muy poco tiempo brotan sarmientos en los que crecen los racimos de uva. Se fija en que cuando echa hojas la higuera y empieza a dar las brevas es que ya ha entrado la primavera, o en el aspecto del cielo que presagia el bochorno o la lluvia o en los pájaros que ni siembran ni cosechan porque Dios los alimenta o en los lirios que no tejen ni hilan y, sin embargo, se visten con gran esplendor.

Éstas y muchas más observaciones le dan pie para explicar la presencia providente de Dios o el misterio de salvación que con su presencia acontece en la historia con inmenso poder transformador aunque poco vistoso o como las semillas que germinan en la tierra, que en invierno parece yerma, o la levadura que hace fermentar a la masa desde dentro. Jesús habla de la acción constante pero silenciosa de Dios o de la responsabilidad humana o de la novedad del tiempo que está inaugurando, con el lenguaje de la vida que todos entienden porque el misterio de amor de Dios, que se desarrolla en la profundidad y del que él es testigo y actor, es para todos.

No vida oculta sino crecimiento en todos los aspectos hasta la plenitud

Es vital entender que no anduvo agachadito, como disimulando lo que era, que es una percepción bastante frecuente, tanto que por eso se suele llamar a estos años la “vida oculta”, sino actuándolo con toda verdad y asiduidad. Como dice Lucas, Jesús se la pasó creciendo, además de en edad, en estatura, en

fortaleza, en sabiduría y en gracia, tanto ante Dios, su Padre, como ante los seres humanos, sus parientes y vecinos.

Es obvio que sin este crecimiento incesante no se explicaría su misión, porque, aunque ella era fuente de aprendizaje, la acumulación original que le permitió seguir abriéndose a lo que iba viniendo, cuajó durante esos años lentos, densos y fecundos.

Esta realidad maciza de la vida de Jesús hasta su edad madura echa por tierra la idea que tenemos de cómo se tiene que comportar un Hijo de Dios, más precisamente, el Hijo único y eterno de Dios, y, en el fondo, la idea que tenemos de Dios mismo. Y, no menos, la idea que compartimos de excelencia humana. Esa excelencia la referimos frecuentemente, no tanto a la calidad humana sino a cualidades sobresalientes: el más listo, el más agudo, el más fuerte, el más astuto, el más erudito, el más rico, el más poderoso. Proyectando esta idea a Dios, lo tenemos por el infinitamente poderoso, sabio, justo y bueno, en el sentido que damos nosotros a esas palabras, sacadas de nuestra experiencia.

Por eso, desde esa idea que nos forjamos, tanto de Dios como del ser humano, y que no correspondió con la realidad de Jesús, hablamos de su vida oculta, dando a entender que tenía todas esas cualidades de Dios y de grandeza humana, pero que no las manifestaba, aparentando ser como uno de tantos. Pero, si leemos los evangelios desde ellos mismos, es obvio que él no se ocultó de nadie ni ocultó su realidad, su identidad. Al contrario, siempre vivió con toda plenitud a partir de ella, actuándola consecuentemente¹¹.

Más en concreto, desde ese enclave vital participó de la espiritualidad de los *anawin*, los pobres de Yahvéh, que no eran un grupo organizado sino israelitas pobres que, careciendo de tantas cosas y viviendo en la marginación y el desprecio, se asumían en la lógica de la alianza y, por eso, no se entristecían ni desanimaban, porque sabían que Dios era su Dios y que ellos estaban en su manos y en las niñas de sus ojos, y, por eso, vivían en paz, en la paz de Dios, y de esperanza y con hambre y sed de justicia, no sólo de entregarse totalmente a su designio sino de que todo el pueblo llegara a ser, por fin, verdaderamente el

¹¹ En este sentido dice Margarita Saldaña, comentando el himno de Filipenses, que no puede ser más contracultural: "El desenlace, tal como comienza en el versículo 9, indica que el camino seguido pro Cristo es el que agrada a Dios. Eso equivale a afirmar que el abajamiento de Cristo es lugar de revelación de la divinidad, de modo que el texto en su conjunto ofrece una determinada concepción de Dios (cuya fuerza resplandece en la debilidad y cuyo señorío asume la servidumbre), una visión del ser humano (llamado a realizarse en la obediencia radical) y un desafío sociológico sin precedentes (la construcción de unas estructuras sociales basadas en el descenso)." (*Rutina habitada*. ST, 3013,87)

pueblo de Dios¹². En efecto, en el evangelio de la infancia de Lucas tanto sus padres, en primer lugar, como los pastores, como los que los oyeron y se admiraban de su relato, como Simeón y Ana son presentados con estas características.

Si leemos con atención el evangelio, comprobaremos que Jesús nunca dejó atrás a su pueblo¹³; no adoptó la cultura de los maestros de la ley¹⁴ ni las maneras de los habitantes de las ciudades. Tampoco se enriqueció. Nunca despreció a su pueblo ni lo miró por encima del hombro. Al contrario, todo lo miró desde esa ubicación primera, que para él fue el punto de mira adecuado para comprender el designio del Padre, proclamarlo y realizarlo. Y lo hizo con el lenguaje que había hablado siempre.

No se definió por su familia ni por su condición social sino por las relaciones constituyentes de hijo y hermano, pero las vivió desde esa ubicación como la más adecuada

Eso no significa que fue un campesino, en el sentido preciso de que esa condición humana lo definió. De ningún modo. Si se hubiera definido como un mero miembro del conjunto en el que se levantó, no habría vivido de un modo personal, ya que no habría podido entablar relaciones personales absolutas y constituyentes sino que se habría limitado a vivir según las pautas establecidas. Como Jesús discernió su situación vital delante de Dios y con su Espíritu, fue capaz de relativizarla y direccionarla desde las relaciones constituyentes de Hijo del Creador y Padre, y Hermano de los seres humanos, empezando por sus vecinos pobres y despreciados, que son las relaciones por las que se definió. Vivida desde esas dos relaciones de Hijo de Dios¹⁵ y de Hermano de todos, privilegiando a los pobres, esa situación fue capaz de dar completamente de sí y de servir de punto de partida para su misión y su sustrato.

¹² Sofonías es el profeta de los pobres de Yahvéh como alternativa de Dios: Sicre, "Con los pobres de la tierra". Cristiandad, Madrid 1984,333-336; Morla, *Nahún, Habacuc, Sofonías*. DDB, Bilbao 2009,217-219265-270

¹³ Durante su misión, su entorno vital eran los tenidos por los de arriba como la gente baja, el *ojlos*; ellos eran los que creyeron en él (Jn 7,48-49) y por su ascendiente con ellos lo mataron (Jn 11,47-55;12,18-19). Ver Castillo, *El reino de Dios*, DDB, Bilbao, 1999, 35-53, 191-243

¹⁴ Jn 7,15. Sin embargo, eso no significa que fuera iletrado. Creemos válida la observación que recoge Meier: "que un chico judío de los estratos humildes de Palestina recibiese una educación 'elemental' dependía sobre todo de dos factores: la piedad del padre y la existencia de una sinagoga local. Por lo que conocemos, ambas condiciones parecen haberse reunido en el caso de Jesús". "Por ser el primogénito, José le habría dedicado especial atención, no sólo en la cuestión práctica de enseñarle el propio oficio, sino también formándolo en las tradiciones religiosas y en los textos del judaísmo" (oc 288)

¹⁵ Incluso desde el punto de vista del historiador, Schlosser se cree autorizado a concluir el estudio de su relación con Dios con estas palabras: "tenemos buenas razones para afirmar que Jesús percibía a Dios como especialmente cercano y accesible, y que se situaba respecto a él en una intimidad filial muy peculiar" (*Jesús, el profeta de Galilea*. Sígueme, Salamanca 2005,156)

Es completamente distinto considerar a Jesús como un judío que vivió su religión de modo muy relevante y personalizado que considerarlo, como lo hacemos nosotros desde nuestra fe, que entendemos que es la puerta más expedita para llegar al misterio de Jesús, como el que tuvo desde siempre una relación absoluta con Dios y que esa relación fue el motor más importante de su crecimiento humano, y que, por eso, porque se relacionaba con él humanamente, fue viendo paulatinamente las implicaciones de esa relación, que, repitámoslo, siempre fue absoluta¹⁶. Desde este acceso a su misterio, lo que fue descubriendo no fue su pertenencia absoluta a Dios, percepción que lo acompañó siempre, sino sus implicaciones históricas. Por tanto, desde esa relación absoluta con Dios, Nazaret, es decir, las experiencias que vivió allí, pudieron constituirse en sustrato de su misión e hicieron posible su percepción del Bautista y su experiencia al ser bautizado.

Ahora bien, las ubicaciones sociales no son equidistantes para el designio de Dios y Jesús descubrió que la suya era la que Dios había elegido como la más adecuada; aunque, insistiendo, con la necesidad de vivirla discerniendo desde las dos relaciones fundantes y no como mero miembro de ese conjunto.

Era la más adecuada porque “en nuestra opinión, entre la variadas formas de dividir a la humanidad, la fundamental es ésta: aquellos que dan por supuesta la vida, el sobrevivir, y aquellos que, precisamente, eso es lo que no dan por supuesto”¹⁷. Desde esta última, es decir, sufriendo las consecuencias de una situación de pecado, pero viviéndola con la libertad que da el estar en manos del Dios de la vida, pudo darse cuenta vitalmente del pecado del pueblo de Dios, porque unos tenían todos los medios de vida, pero no vivían una vida fraterna, y los otros apenas podían mantenerse en vida y por esa escasez, insignificancia, explotación y exclusión, se les hacía muy cuesta arriba vivir como hermanos. Jesús, al sufrir ese pecado, percibió desde dentro la necesidad en que estaba el pueblo de Dios de ser salvado por su Dios y de volverse a él. Unos tenían que ser salvados de la inhumanidad de vivir poniendo su confianza en sus bienes y sacando fuera de su corazón a los demás¹⁸; y los otros, de la propensión a dejar fuera a los demás por la escasez tan perentoria de elementos vitales y de la

¹⁶ Desde este punto de vista rechazamos la formulación de Kasper: “Jesús en su radical obediencia es radical procedencia de Dios y radical consagración a Dios. Él no es nada por sí mismo, pero es todo desde Dios y para Dios. Así es forma totalmente hueca y vacía para el amor divino que se autocomunica” (oc 173). Un ser así no es un ser humano; un Dios así no es el Padre de nuestro Señor Jesucristo.

¹⁷ Sobrino, *Jesucristo liberador*. Trotta, Madrid 1991, 119

¹⁸ Es claro que la parábola del rico banqueteador y el pobre Lázaro, así como la del rico que tuvo una gran cosecha tienen como sustrato esa vivencia, lo mismo que la reflexión de la extrema dificultad de que se salve un rico, tras la negativa del magnate a venderlo todo e irse con él, o la sentencia de que no puede servirse a Dios y al dios dinero o la constatación a sus apóstoles como algo consabido por todos ellos de que los que mandan tiranizan y los dueños oprimen.

desesperanza de poder alcanzar una vida digna y, en el fondo, la desesperanza en el apoyo fontal del Dios de la alianza¹⁹. Pudo sentir este pecado con todo el dolor del mundo por la pertenencia simultánea a Dios y a su pueblo, por la solidaridad con el pueblo pecador por tener el corazón mismo de Dios, Creador y Padre.

Desde esa ubicación vital, con la experiencia consiguiente de precariedad, vivida en libertad²⁰ por estar en manos de su Padre y vuelto responsablemente hacia sus hermanos, tan pobres o más que él, desde la simpatía y la compasión, se entiende la importancia que tuvo en su misión cuidar la vida disminuida (las sanaciones) y liberar la vida alienada (la expulsión de demonios) y, más aún, si cabe, liberar las mentes y los corazones de esos pobres para que vivieran su pobreza desde la libertad personal y así pudieran convertirse en sujetos históricos de su superación mancomunada. Para la gente sana y que no se siente responsable de los pobres, que se la pasan enfermos con enfermedades de pobres, no es fácil entender la extensión que tienen en los evangelios las curaciones y los exorcismos; para ellos no es fácil percibirlos como clamores del Reino²¹. Pero para la gente pobre sí que eran, como para los profetas, signo de que Dios ha visitado a su pueblo.

Por eso hemos afirmado que Jesús tuvo conciencia de que esa ubicación social, cultural y espiritual era la más adecuada, y la abrazó cordialmente.

¿Por qué no se dieron cuenta?

Una pregunta que tenemos que explicitar es cómo pudo pasar tan desapercibido en esa sociedad tan pequeña e integrada. Porque parecería demasiado duro decir que todos se cerraron culpablemente a lo que afloraba en Jesús. Esa ignorancia sobre Jesús, para decirlo en los términos más neutros posibles, es la que está en la base de la expresión “vida oculta”. Pero además tenemos que plantearla porque la plantea el evangelio, porque es la pregunta que deja la escena de la incredulidad de sus paisanos cuando regresa a su pueblo, ya que, creyéndolo conocer bien a través de treinta años de convivencia,

¹⁹ De esa confianza experimentada en medio de la pobreza proviene la exhortación a no preocuparse por la comida o el vestido, de no ser como los paganos que andan ansiosos por no tener segura la vida, porque no se han dado cuenta de que si el creador viste tan espléndidamente a los lirios del campo y da de comer a los cuervos o a los gorriones, mucho más se ocupará de la vida de los seres humanos que para él valen muchísimo más que las flores o los pájaros porque son sus hijos.

²⁰ Esta libertad, en medio de la precariedad, vivida en manos de Dios y en relaciones fraternas, explica el desprecio de Jesús por los rangos sociales. De ahí las advertencias a los que buscaban ávidamente los primeros puestos en los banquetes y ser honrados ante los demás (Lc 14,7-11; 22,24-27; Mc 10,35-45; Mt 23,6-12)

²¹ González Faus, *Clamores del Reino*. ST, Santander.

creen que en él no hay sujeto para lo que habían oído que él decía y hacía y para lo que oyen ellos personalmente en la sinagoga (Mc 6,1-6;Lc 4,16-30).

Una primera respuesta sería que no creen en Jesús porque Jesús se les aparece como uno de ellos, como un vecino más, y así, no creer en Jesús es una consecuencia lógica de no creer en ellos. Ellos son unos aldeanos y eso, no más, es Jesús. Podrá ser una buena persona, incluso podrán reconocer que no lo han visto hacer nada malo y que siempre hizo lo que se esperaba de él y que siempre estuvo en lo que se lo necesitaba. Pero de ahí a presentarse como un maestro versado en el designio de Dios, más aún, a presentarse como un profeta que intima al pueblo la voluntad actual de Dios y que la hace de algún modo presente con sus signos e, incluso, con su misma presencia, hay un abismo. Jesús se les aparece como un particular, como un miembro del pueblo de Dios, no como alguien a quien Dios haya dado una función respecto del pueblo.

No creer en ellos es no creer que ellos sean más que elementos de ese conjunto que es su pueblo, que reciben de él sus posibilidades y sus limitaciones. Es no creer que la relación con Dios personalice hasta vivir una existencia realmente personal y personalizada en un grado eminentísimo, como la vivió Jesús.

Por eso no vieron la transitividad trascendente de Jesús (todo de su Padre y todo para los demás) que se volvía pura transparencia. No lo vieron porque Jesús estaba tan descentrado que llevaba la atención hacia lo que se traía entre manos, no hacia él. Jesús era de Dios y era para los demás, desde ser uno de ellos y estar con ellos. El *de suyo* que era eximiamente se expresaba todo en esas relaciones; la densidad que tenía provenía de ejercerlas constantemente y a fondo desde la propia libertad, desde lo más genuino de sí. Como no aspiraba a nacer de sí ni a poner a los demás en función de sí, como no buscaba deslumbrar ni seducir ni abusar ni lastimar, no atraía hacia su idiosincrasia sino hacia aquello de lo que provenía y hacia aquello hacia lo que se dirigía. Por eso decimos que era absolutamente transparente; por eso llevaba hacia la realidad y hacia la fuente trascendente de ella. Por eso no vieron nada especial: porque hacía siempre justicia a la realidad y ponía a los demás en ella y en esas relaciones.

Desde esa perspectiva se puede entender por qué en su ambiente lo dejaron en paz a pesar de que no se casó. Todos se casaban. Por eso el que él no se casara daría que hablar. Pero como él no daba pie para hablar en ninguna dirección específica, dejarían de hablar. Lo tomarían como algo normal en él. Es que se realizaba completamente en los cauces de la filiación respecto de su Padre del cielo y de la fraternidad absolutamente personalizada. Diríamos que no le quedaba atención ni energías para otro tipo de relación.

Pero esta concentración personal, como todo lo demás, no fue automático sino que requirió un trabajo suyo y en ese sentido una opción, en no pocos momentos dolorosa, que entrañó ciertamente un vacío; aunque lo llevara con paz y fecundamente. La expresión, tan chocante, de hacerse eunuco por el Reino (Mt 19,11-12) expresa, sin duda, su propia experiencia. Él pudo ciertamente con eso y por eso siguió ese camino. Un camino que la gente acabó aceptando tácitamente²².

Verlo todo desde las relaciones fundantes y la ubicación de Jesús

Desde esa elección de Jesús, tenemos que preguntarnos si cualquier ubicación social es equidistante para el designio de Dios y, por tanto, cómo tenemos que vivir la nuestra, si para nosotros el seguimiento de Jesús es absoluto y todo lo demás tiene sentido tanto cuanto sea el modo concreto como quiere Dios que lo siga.

No es que Dios nos pida a cada uno que, si somos del pueblo, no nos cualifiquemos, o, si somos de otra clase nos desclasemos. Tal vez se lo pedirá a algunos; pero el seguimiento de Jesús no lo exige por hipótesis. Lo que sí exige es que nos desmarquemos del imaginario dominante, para el que una persona popular es, por hipótesis, una persona poco cualificada y, por tanto, con déficit en cuanto a calidad humana.

Desde el punto de vista cristiano, no hay ninguna relación entre la cualificación y la calidad. El más rico, el más poderoso, el más influyente, el más inteligente, el más fuerte, el más hermoso, el más hábil, no es por eso el más humano. Y lo que vale absolutamente es la calidad humana. Ahora bien, la calidad humana pide la mayor cualificación posible para ejercerla lo más eficazmente posible, porque si uno quiere servir, pero no sirve para nada y no se cualifica para ser lo más útil posible, es que, en el fondo, no quiere servir. Pero el medio tiene que conservar en todo caso su condición de medio y no convertirse, sin decírselo uno a sí mismo, en fin. El peligro es realísimo porque la dirección dominante de esta figura histórica valora muchísimo más las cualidades que la calidad e incluso equipara la cualidad a la calidad.

²² “Jesús probablemente interpretó su celibato como necesidad impuesta por su misión profética, totalmente absorbente, orientada a Israel para hacer del dividido y pecador pueblo de Dios un todo purificado en preparación para la llegada final de Dios como rey. Es, por tanto, posible que Jesús –quizá con tono irónico- se cuente a sí mismo entre ‘quienes se hacen eunucos por el reino de Dios’” (Meier 354). Es cierto; pero no explica su decisión, que es muy anterior en el tiempo a su dedicación a la misión. Lohfink, *Jesús de Nazaret*. Herder, Barcelona 2013, 374-379;389-391

No se puede dudar, los evangelios lo atestiguan, que Jesús se cualificó muchísimo²³: agudizó al máximo su capacidad de observación, de procesamiento de datos, de razonamiento, de comunicación, de comprensión, de ayuda, de aguante y aqulitamiento y, sobre todo, de trascendencia en todas las direcciones, desde la entrega confiada a su Padre y su completa disponibilidad a su designio y desde su simpatía y misericordia viscerales. Y todo eso lo llevó a cabo desde el medio popular en el que se levantó y vivió. Por eso participar de este discernimiento de Jesús exige, al menos, que veamos la realidad desde la perspectiva de los de abajo, para lo que es imprescindible un contacto sistemático y fraterno con ellos.

LA LLAMADA DEL BAUTISTA A LA CONVERSIÓN EN VISTAS AL JUICIO INMINENTE VENÍA DE DIOS

El primer discernimiento de Jesús del que tenemos noticia fue asumir que la llamada del Bautista a la conversión en vistas al juicio inminente y la propuesta de ser bautizados por él en el Jordán como expresión de esa conversión, venía de Dios²⁴.

Lo que aceptaba Jesús de la propuesta de Juan

Jesús no estaba satisfecho, como sí lo estaban las autoridades religiosas, con la normalidad religiosa. A él no le impresionaba que el templo de Jerusalén fuera de los más fastuosos del mundo ni que fueran a él muchísimos peregrinos de toda la ecumene ni que ofrecieran muchísimas ofrendas y sacrificios, ni que cada sábado se reuniera casi todo el pueblo en las sinagogas para escuchar la ley y orar. Él veía, como la mayoría del pueblo, que no se vivía como pueblo de Dios, que no se caminaba humildemente delante de Dios, amando la justicia y practicando la misericordia.

Jesús no estaba casado con la ley de Dios y por eso no le daba rabia que los que se habían comprometido a guardarla la quebrantaran. Él no era, como

²³ Desde su punto de vista letrado, Meier lo razona así: “en algún momento de su infancia o primera juventud, Jesús aprendió a leer y explicar las Escrituras hebreas. Lo más probable es que esto sucediese –o al menos tuviera comienzo– en la sinagoga de Nazaret. Sin embargo, no hay indicios de que recibiera una enseñanza superior en algún centro urbano como Jerusalén; de hecho, Jn 7,15 parece confirmar explícitamente esa carencia. Por tanto, esto nos lleva a suponer en Jesús un alto grado de talento natural – quizá de genialidad– que compensaba muy sobradamente el bajo nivel de su educación formal” (oc 289-290)

²⁴ Moltmann, *El camino de Jesucristo*. Sígueme, Salamanca 1993,131-133; Vidal, *Jesús el Galileo*. ST, Santander 2006, 22-33,38-49,51-58. Meier, *Jesús, un judío marginal*, tomo II/1,230-231; Lohfink, *Jesús de Nazaret*. Herder, Barcelona 2013,58-62; Sobrino, *Jesucristo liberador*. Trotta, Madrid 1991,102-105; Kasper, *Jesús el Cristo*. ST, Santander 2013,109

Pablo, un judío que tenía tal celo de la ley divina que no sólo la cumplía hasta en sus menores detalles sino que obligaba a los demás a que la cumplieran. Jesús, como tenía el corazón de Dios, estaba comprometido con las personas, veía cómo su Padre las amaba y con su amor las sostenía en la existencia y, más aún, quería darse a ellas como su Dios y que ellas vivieran de cara a él como su pueblo. Sabía que entrar en esa relación era lo que más dignificaba y plenificaba a las personas. Por eso le dolía terriblemente que muchas vivieran distraídas, mirando para otros lados, destrozadas y amargadas por la situación de opresión y a veces introyectando sus mecanismos y haciendo con otros más débiles lo que los poderosos hacían con ellas o atendidas a sus pretensiones o a sus gustos. Jesús se dolía, como la mayoría y muchísimo más que ella, por el extravío del que se consideraba a sí mismo como pueblo de Dios.

Por eso, Jesús, como la mayoría del pueblo, vio muy pertinente, como cosa realmente de Dios, la conminación del Bautista a la conversión.

También Jesús aceptó la apreciación del Bautista de que la historia de Dios con su pueblo estaba llegando a su punto culminante y que había que prepararse para esa consumación²⁵, que, como habían anunciado los profetas, incluía la inmediatez de Dios respecto de su pueblo: “ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios”, “conocerán a Yahvéh”, “la tierra estará llena del conocimiento del Señor como las aguas colman el mar”. Eso lo veía muchísimo más claro que el Bautista porque captaba esa inmediatez absoluta de Dios con él. Y, por eso, aunque no percibía, como el Bautista, que Dios viniera como juez²⁶, sí compartía la necesidad perentoria de salir a su encuentro, es decir, de convertirse a la propuesta que trajera.

Eso significaba que para Jesús estaba a punto de consumarse la historia de Dios y su pueblo, y, por tanto, que se acababa el tiempo del postexilio, signado por el cumplimiento de la Ley, no sólo del Decálogo sino de toda la Torá, tanto la escrita como la no escrita, es decir, que se acababa el tiempo regido por una ley absolutamente objetivada. El tiempo que se estaba abriendo era el tiempo que había profetizado Jeremías en el que, al poner su ley en los corazones, nadie tendría que enseñar a su hermano la voluntad de Dios y por

²⁵ Meier oc 57-62. Gnika insiste en el fin inminente de la historia mediante el juicio, en el bautismo de arrepentimiento personalizado para escapar de la ira y en el que tiene que venir como el que bautizará con el espíritu transformador (oc,100-103). Schillebeeckx no lo asocia a los apocalípticos sino a los antiguos profetas porque el juicio inminente es a las personas y en concreto a las de Israel, no un juicio cósmico para dar paso a un nuevo eón. Además predica al que viene, presentado como juez escatológico, que no puede ser sino el Hijo del hombre, que exige conversión, ortopraxis (*Jesús*. Cristiandad, Madrid 1981,115-122). Dunn, *Jesús recordado*. EVD, Estella 2003,415-432

²⁶ Schelossaer, *Jesús, el profeta de Galilea*. Sígueme, Salamanca 2005,84,88-89

tanto sería el fin del rabinato, porque cuando él perdona todas sus culpas ellos conocerán al Señor, conocerán experiencialmente que es la pura misericordia.

La propuesta del Bautista incluía una relación absolutamente personalizada con Dios, no mediada por esa ley ni por el templo²⁷, y Jesús pensaba también que ésa era una característica fundamental del tiempo que se empezaba a abrir. Este discernimiento lo actuó Jesús muy consecuentemente: nunca aparece Jesús en un acto de culto²⁸ ni menciona nunca al templo como mediador entre Dios y su pueblo; más aún, se pone en boca suya por dos veces la cita de Oseas: “misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 9,13;12,7;cf Os 6,6) y la declaración de que ha llegado la hora en que no se adorará en templos porque Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu y verdad (Jn 4,19-24), que no se refiere a espíritu contrapuesto a cuerpo sino al espíritu de hijos y hermanos: a relaciones personalizadas. Por eso cuando va al templo, en vez de ir a encontrarse con Dios ya que el templo es la casa de Dios donde él habita realmente, va a sustituir al templo como lugar del encuentro con Dios, ya que la gente, en vez de centrarse en las ofrendas y sacrificios, se ocupaba de escuchar su palabra y encontrarse con Dios a través de ella y, más en el fondo, a través de su propia persona. Él hace, pues, de templo vivo de Dios.

Cuando preguntan al Bautista qué tienen que hacer, él les remite a expresiones concretas de la justicia y la solidaridad (Lc 3,10-14). Y también en eso está de acuerdo Jesús, porque el Dios de Jesús quiere que construyamos el mundo fraterno de sus hijas e hijos, y nada se opone tanto a él como la injusticia y nada lo expresa más que el amor solidario.

En el mensaje del Bautista y en el de los profetas con los que se conecta, “el que tiene que venir” tiene los rasgos de alguien de la esfera de Dios o de Dios mismo. Esto es congruente con su misión que es la de consumir superabundantemente la alianza. Partiendo del bautismo de penitencia que él administraba, el que tenía que venir bautizaría con fuego, para acabar la purificación a fondo, y con Espíritu Santo, para transformar a las personas, cosa imposible para los simples mortales²⁹. También en eso concuerda Jesús, que ve que en la relación absoluta de Dios con él, completamente correspondida por él, se hace presente el Dios de Israel echando la suerte con su pueblo de un modo incondicional e irrevocable.

²⁷ Esto último es especialmente llamativo ya que Juan es presentado como hijo de sacerdote que, supuestamente, tenía que seguir el camino de su padre. Meier, *oc* 53-54

²⁸ Eso no significa que no asistiera, sino que los que lo recordaron con su Espíritu no lo consideraron significativo, como no lo consideró Jesús.

²⁹ Meier 63-73; Schlosser, *oc* 89-92

Jesús es el que captó más a fondo que Juan venía de Dios

Así pues, entre los israelitas que captaron a Juan como profeta, la mayoría pertenecientes al pueblo, aunque no faltaron ni sacerdotes ni recaudadores de impuestos ni guardias, nadie lo captó más a fondo como venido de Dios que Jesús de Nazaret. Aunque no estuviera de acuerdo en que venía como juicio. Pero, aun en este punto, como el que venía era el último, aunque viniera sólo como salvación, de hecho sí provocaba un juicio en los que no lo recibieran, no porque Dios los condenara sino porque ellos no acudieron a él para salvarse (Jn 3,17-21;9,39-41;12,46-50).

Por eso cuando lo emplazan las autoridades del templo a que diga con qué autoridad volcó mesas de cambistas, abrió jaulas de palomas e impidió que trasportaran animales en el templo, ligó su autoridad a la del Bautista, no sólo en el sentido de que ambos eran profetas carismáticos sino en el más preciso de que su obra era la culminación trascendida de la de Juan.

Una asignatura pendiente para la institución eclesiástica establecida

Los piadosos institucionalizados, los cristianos de toda la vida, los observantes de las normas establecidas por la institución eclesiástica, los moldeados por su doctrina y su disciplina, y, mucho más todavía, los miembros de la institución eclesiástica, moldeados por ella y que también la moldean desde su mundo de vida, han encontrado siempre una dificultad visceral en admitir en la práctica y, no pocas veces, en teoría que la normalidad eclesiástica no equivale a la conducción del Espíritu ni puede sustituirla, que la obediencia al Espíritu que sopla en la vida histórica donde quiere y como quiere, aunque siempre en los moldes de Jesús de Nazaret, es el que tiene que tener siempre la voz cantante en la comunidad de los discípulos del Señor Jesús.

Por eso se opusieron al Pentecostés que fue el Concilio, se opusieron luego a que se institucionalizara y hoy vuelven a dar el tono a la Iglesia, dejando de lado el discernimiento de los signos de los tiempos desde la encarnación kenótica en la historia concreta que les toca vivir.

Estos discernimientos de Jesús no gozan de buena salud en nuestra Iglesia. Aunque el papa Francisco, que ha querido presentarse, como en la antigüedad, como el obispo de Roma, al no aceptar la imagen del papa construida secularmente por su entorno palaciego, al responder carismáticamente a lo que se va presentando, tanto en su entorno como en el mundo, está dando una nueva esperanza.

LA LLAMADA DEL BAUTISTA LE CONCERNÍA A ÉL, QUE, TRAS CONFESAR LOS PECADOS, RECIBIÓ EL BAUTISMO

Tras ese primer discernimiento, que no compartieron los jefes religiosos ni los fariseos ni, en buena medida, el cristianismo histórico, que ha vivido en la normalidad religiosa, tiene lugar otro discernimiento trascendental: que esa llamada del Bautista le concernía a él³⁰. En este sentido la formulación de Mateo es más precisa que la de Marcos y Lucas. “Jesús fue de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara” (3,13). Es un dato histórico certísimo y clave³¹.

Lo de clave tendría que ver con dos elementos: el primero, la decisión de dejar su vida anterior: su pueblo, su familia y su oficio. En este sentido habría que afirmar que fue un acontecimiento decisivo³². Esto le confiere una importancia capital³³. El segundo trata de indagar la razón de la toma de esa

³⁰ Pagola expone en nota la extrañeza de que muchos investigadores ignoren la importancia del Bautista, cuando el hecho del bautismo de Jesús “es el único hecho históricamente comprobable que nos permite acercarnos al ‘arranque’ de su misión”. Estamos completamente de acuerdo con esta apreciación. Por eso nos decepciona que sobre su contenido sólo diga lo siguiente: “Jesús asumió el bautismo como signo y compromiso de un cambio radical. Así lo exigía el Bautista a cuantos acudían a sumergirse en el Jordán. También Jesús quiere concretar su ‘conversión’, y lo hace tomando la primera determinación: en adelante se dedicará a colaborar con el Bautista en su servicio al pueblo” (oc 75). Después, en el silencio del desierto “escucha la voz de Dios que lo llama a una misión nueva” (oc 76). Sin embargo, cuando trate de Jesús como creyente fiel, se referirá a una experiencia decisiva que tendrá lugar con ocasión de su bautismo en el Jordán y la desarrolla ampliamente (oc 309-312). Sanders señala escuetamente entre los hechos casi universalmente aceptados por los investigadores: “Jesús escuchó a Juan y se sintió llamado a aceptar su bautismo. Los cuatro evangelios señalan este hecho como una acontecimiento que transformó la vida de Jesús” y a continuación cita la teofanía en la versión de Marcos (oc 30)

³¹ “Ese aspecto del misterio del Jordán, el descenso del Espíritu sobre Jesús que lo habilita para su función mesiánica y para el anuncio de la salvación. La fidelidad a las fuentes así lo exige. Y, por lo demás, esta fidelidad permite dar al momento del bautismo en el Jordán todo su valor en el desarrollo histórico del camino de Jesús encarnado hacia Padre. Con la escasa atención al desenvolvimiento temporal de la vida de Jesús se esfuma la significación salvífica de este misterio (...) No creo por tanto que pueda dudarse que el Nuevo Testamento haya situado en este momento el descenso sobre el Espíritu Santo sobre Jesús y su unción” (Ladaria oc 67).

³² Para Schillebeeckx el que los evangelistas no silencien el bautismo se explica como “el recuerdo histórico de un hecho personalmente importante para Jesús, en particular la convicción de que la predicación escatológica de Juan sobre la *metanoia* tuvo un significado decisivo para la vida pública del propio Jesús, pues ambos hechos (bautismo y vida pública) están claramente relacionados en el Nuevo Testamento” (oc 125). Ladaria llega a afirmar que “en la perspectiva neotestamentaria no existe más unción de Cristo a la que se realiza en el Jordán” (oc 18). Para él tiene tanta importancia que ella explica y posibilita la misión e incluso de esa unción se llega deducir la concepción por el Espíritu. Pero no cree que la teofanía sea una visión profética sino una visión interpretativa debida a los redactores (oc 16-23)

³³ “La gran importancia de su bautismo por Juan radica precisamente en que es el único signo externo históricamente comprobable de ese ‘giro’ trascendental en la vida de Jesús: su ‘conversión’, en el sentido original de la palabra” (Meier oc 150). En nota, tras rechazar cualquier intento de sicologizar el término, lo explica así: “si el empleo de la palabra ‘conversión’ está justificado (...) es con referencia al gran acontecimiento derivado del bautismo de Jesús: el giro fundamental, comprobable, que proyecta Jesús, desde una existencia aceptable, pero corriente y anónima, hacia la dedicación total a una nueva clase de

decisión tan trascendente y que, por lo que había dejado traslucir de sí, aparecía, incluso para los de su familia, tan sorprendente. Es la tematización de los dos aspectos que lo caracterizarán en adelante: la posesión plena del Espíritu y la condición de elegido escatológico de Dios y en ese sentido, al menos, Hijo³⁴.

Un dato embarazoso desde el principio que, incluso hoy, no se suele tematizar

Este discernimiento exige una explicación porque la llamada de Juan es a la conversión y, por los ejemplos que pone el Bautista a los que le preguntan qué hacer, es decir, cómo expresar su vuelta a Dios, es conversión a la justicia y a la solidaridad, entendiendo la justicia, no en el sentido legal de cumplimiento de la ley sino en el específico de dar a cada uno lo suyo y, por tanto, de no quedarse con lo que no le pertenece, despojando al otro del fruto de su trabajo; e interpretando la solidaridad como compartir lo que se tiene con el que carece de ello y lo necesita. Por tanto, la conversión a Dios se expresa como unas relaciones humanas fraternas, convirtiéndose de la insolidaridad, cuyo punto máximo es la injusticia. Son esas relaciones las que restauran la vida y la posibilitan, precisamente, como fraterna: el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios.

Consciente de ese significado, toda la tradición cristiana ha tenido verdadera dificultad en asumir este acontecimiento tan decisivo de la vida de Jesús³⁵. Se nota ya en los mismos evangelios en la reelaboración de la redacción de Marcos, que es absolutamente escueta y que incluye inmediatamente después la teofanía, que, proporcionalmente, está más desarrollada. Lucas lo ladeara relegándolo a un inciso: en un bautismo de masas, habiéndose bautizado también Jesús, al salir del río vio que el cielo se abría. El acontecimiento en el que quiere que se fijen sus lectores es el de la teofanía; lo anterior es meramente

vida religiosa en pleno escenario de la historia" (245). La pregunta que nos hacemos es si, lo podamos o no saber, no habría que poner algún acontecimiento que explique este giro vital tan impresionante. Para Meier ese acontecimiento no es necesario porque "el ministerio público pudo ser la manera especial en que Jesús concretó el llamamiento de Juan a todos los israelitas a transformar sus mentes, corazones y conductas" (151). Para nosotros sigue sin explicarse por qué Jesús entendió la conversión de modo tan radicalmente distinta de lo que Juan entiende por conversión cuando le preguntan qué tienen que hacer.

³⁴ Así concluye Dunn su indagación sobre el punto: "los discípulos narradores no tenían ninguna duda de que Jesús había sido ungido por el Espíritu en el Jordán y era querido por Dios como su Hijo desde entonces o incluso antes". Aunque aclara este último punto: "en ningún caso se piensa que Jesús *deviniera* Mesías o Hijo de Dios en ese punto. En ambos casos se piensa en un Jesús dotado por el Espíritu e Hijo de Dios desde el principio de su misión o de su vida. Pero no está tan claro que el mismo Jesús experimentase el Espíritu y su filiación divina antes de su misión (pese a Lucas 2,49)" (oc 438). Nosotros insistimos en que este acontecimiento es decisivo, pero no constitutivo, y no podemos pensar que fuera Hijo sin relacionarse con su Padre y esto no podía hacerse al margen de la conciencia; que no es lo mismos que tener conciencia de que se tiene conciencia.

³⁵ Meier oc 141-142

la circunstancia en que sucede. Mateo intercala el diálogo entre el Bautista, que se resiste a bautizarlo, y Jesús, que le pide que lo bautice para cumplir toda justicia. Resulta obvio el comentario de Bonnard: “No se ve cómo Juan ha podido reconocer al Mesías en ese momento”³⁶. El cuarto evangelio, aunque presupone la escena, la elude y sólo alude a ella, indirectamente, al expresar el Precursor que él no lo conocía pero el que lo envió a bautizar le dijo que aquel sobre el que viera bajar el Espíritu, se entiende que en el momento del bautismo, ése es; y por eso él da testimonio de que el que tenía que venir, que es el que bautiza con Espíritu, es Jesús. Como se ve, a los evangelistas les resulta embarazoso reconocer, tanto que Jesús fuera bautizado, porque no lo consideran candidato al bautismo de penitencia, como que Juan bautizara a Jesús, porque, en el rito, Juan parece superior a Jesús.

Toda la tradición cristiana ha compartido como un dato evidente que Jesús fue una persona íntegra que, como Hijo obediente, hizo siempre lo que le agradaba a su Padre y, por eso, no tuvo ningún pecado y, en concreto, no hizo nunca ninguna injusticia y vivió siempre dando de sí a los necesitados, que para él eran hijos queridos de su Padre y sus hermanos. No sólo no pecó sino que tuvo conciencia de estar sin pecado. Así lo plasma, tanto el cuarto evangelio (8,46) como la carta a los Hebreos (4,15; ver además 2Cor 5,21; 1Pe 2,22; 1Jn 3,5).

Entonces ¿por qué acudió a bautizarse?³⁷ ¿Qué hacía en esa cola de los que esperaban el turno para ser bautizados por Juan, después de confesar sus pecados?³⁸ La pregunta tiene pleno sentido si, como pensamos, el bautismo de Juan es un acto, no obviamente individualista pero sí individualizado, aunque desde la pertenencia al pueblo de Dios, que, por sí misma, para Juan, no es garantía de salvación³⁹.

³⁶ Oc 64

³⁷ Navarro se hace la misma pregunta, pero la respuesta que da, desde nuestro punto de vista, no la responde: dice que la subida del río fue una iniciación, un renacimiento de Jesús que vio el cielo abierto, posarse sobre él el Espíritu y la voz de Dios proclamándolo Hijo. Todo eso es cierto, pero no da cuenta de por qué ocurre precisamente después de recibir el bautismo de conversión de Juan, un bautismo de penitencia. (Marcos. EVD, Estella, 2006, 51)

³⁸ “Jesús aceptó el movimiento del Bautista, se adhirió a él haciéndose bautizar por Juan” (Gnilka oc 107). Para Vidal lo que Jesús hizo fue simplemente acoger la misión y el proyecto de Juan y la teofanía posterior no refleja la experiencia histórica de Jesús, que marca la superación y separación de Juan sino la elaboración cristiana que quiere borrar el hecho de que Jesús fuera al comienzo simplemente discípulo de Juan (oc 61-72)

³⁹ “Las palabras que hablan de fruto digno de arrepentimiento (Mt 3,8) parecen inducir al individuo a que dé forma concreta en su vida a esa disposición suya para el arrepentimiento. Ahora bien, si no hay fruto, entonces el bautismo pierde su sentido. Con ello se realiza plenamente el carácter individualizador de esa llamada al arrepentimiento, que hace que cada uno asuma su propia responsabilidad” (Gnilka oc 102). “El judaísmo de aquellos tiempos conocía confesiones genéricas y formales, pero también el reconocimiento

Desde la perspectiva del Bautista el gesto de Jesús era ciertamente desconcertante. Bonnard lo plantea con toda la claridad deseable: “Juan anunciaba sobre todo al juez escatológico y terrible (*isjiros*, cf v.11) encargado principalmente de una misión purificadora si no exterminadora, y he aquí que aparece ahora un humilde candidato al bautismo de penitencia (...) ¿Es consciente Mateo de esto y quiere ponerlo en primer plano, para mostrar que Juan mismo se había equivocado sobre el que había de venir? ¿O la narración corresponde a los hechos: Juan fue un precursor, esenio o de origen esenio, cuya espera apocalíptica no podía menos de quedar decepcionada por la aparición de Jesús?”⁴⁰.

“Lo que aparece a primera vista es que Jesús se mezcla con los pecadores y como un pecador más va a recibir el bautismo de penitencia para el perdón de los pecados. Pero no es un miembro más del conjunto. Está con los demás haciendo cuerpo con ellos, no simplemente al lado de ellos. Y puede hacer cuerpo con ellos precisamente porque no es como ellos. Puede confesar los pecados en primera persona de plural, precisamente porque no puede confesarlos en primera de singular. Como no es pecador, tiene el poder de cargar con los pecadores. Como no está dominado por alguna forma de debilidad y egoísmo, puede actuar en él con toda su fuerza la misericordia que lo hermana con los pecadores”⁴¹.

Pidió perdón a su Padre en primera persona de plural porque se había hecho hermano de los pecadores

Ante todo, frente a la opinión tópica en el cristianismo, que mantiene la perspectiva farisea (fariseísmo cristiano), es decir, de la observancia de la ley como ideal cristiano, habría que insistir que en el Jordán Jesús no se encontró con la escoria, con el desecho del pueblo. Se encontró con el Israel fiel, que no es el cumplidor de un código absolutamente formalizado, sino el que escuchó la voz viva de su Dios, que le habló por su profeta, y se volvió de sus caminos, fueran buenos o malos, al encuentro que Dios le proponía. Jesús no era un fariseo, como Pablo, que al ser intachable e incluso fanático (cf Filp 3,4-6), es decir, que su celo por la ley llegaba no sólo a cumplirla personalmente sino a

personal de los pecados en el que se debían enumerar las diversas acciones pecaminosas” (Ratzinger, *Jesús de Nazaret*. Planeta, Bogotá 2007,37-38)

⁴⁰ Bonnard, *Evangelio según San Mateo*. Cristiandad, Madrid 1976,63

⁴¹ Trigo, *Espíritu de Jesús y entrañas de misericordia*. ITER 39 (2006)132. Ratzinger lo dice con toda claridad posible y remitiéndose, cosa que para nosotros es también esencial, a la cruz: “A partir de la cruz y resurrección se hizo claro para los cristianos lo que había ocurrido: Jesús había cargado con la culpa de toda la humanidad; entró con ella en el Jordán. Inicia su vida pública tomando el puesto de los pecadores. La inicia con la anticipación de la cruz” (oc,40). Para nosotros la cruz es la culminación de su solidaridad histórica.

obligar que la cumplieran los que se habían obligado a ello, no tenía necesidad de acudir a la llamada del profeta, incluso no podía acudir a ella. Y, sin embargo, así lo ha tendido a representar la tradición, sin usar ese nombre.

Jesús acudió a la llamada de Juan a la conversión porque participaba desde el fondo de su corazón de ese pueblo fiel. Un discernimiento que ordinariamente no hace la institución eclesiástica, que a lo largo de la historia se ha tendido a ver como separada, no sólo del pecado sino de los pecadores: del mundo y de lo mundano. Así se proponía ser la institución eclesiástica antes del concilio, siguiendo el modelo tridentino, y así no raramente vuelve a proponerse ahora.

Jesús acudió a recibir el bautismo, que era un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados⁴², porque sintió el dolor por los pecados más que todos los pecadores juntos de toda la historia⁴³. Lo sintió por la conjunción de dos factores: porque llevaba a todos realmente en su corazón y por eso sintió los pecados de todos dentro de sí y porque, siendo el Hijo eterno de Dios, le dolió sobremanera que esas criaturas, tan amadas por su creador, que era su Padre, no quisieran vivir como imágenes suyas sino que se deshumanizaran a sí mismas y quitaran vida a otros. Sintió a la vez el dolor de los pecadores y el dolor de las víctimas de esos pecadores.

Lo primero (no en sentido cronológico sino de importancia) es el dolor solidario por los pobres: carenciados, explotados, espoliados, vejados, despreciados, excluidos. Le dolía terriblemente ver a esos hermanos suyos, a éstos, que eran como las niñas de los ojos de su Padre, en esas condiciones, tan disminuidos y vejados. Su misericordia, que no era una de tantas cualidades suyas sino lo que lo caracterizaba, inclinaba su corazón a esos que estaban en esa miseria. Pero esa misma misericordia se dirigía a los causantes de esa situación porque no reconocían como hermanos a esos que excluían y maltrataban, negándoles la dignidad absoluta de imágenes de su Padre y de hijos suyos verdaderos, al hacerse él su Hermano. Le indignaba que hicieran eso; pero más profundamente le dolía que desconocieran su propia dignidad y se deshumanizaran a sí mismos al maltratar la dignidad de sus hermanos. Por eso, doliéndose del maltrato de las víctimas y de la inhumanidad de los victimarios,

⁴² Meier aclara convincentemente en qué sentido lo era: oc 84-92

⁴³ Para Meier no es posible ir más allá del modelo de los grandes intercesores de Israel, "que no han participado personalmente de la apostasia de la nación, si bien sienten profundamente su propia implicación en los hechos y en el destino del pueblo de Israel, con el cual se identifican" (oc 156). Nosotros pensamos que en tiempo de Jesús esa implicación se daba personalmente, es decir, no viéndose parte de un colectivo, definiéndose como miembro de él, sino asumiéndolo libremente como parte de la relación personal con el Dios de la alianza personalizada con el pueblo. Desde el capítulo 18 de Ezequiel no se puede retroceder la historia hacia el modelo de la personalidad corporativa, mucho menos en el caso de Jesús, que personaliza sistemáticamente su oferta: "si quieres", "el que quiera".

pidió perdón, como Hermano de todos que era, en primera personal de plural y con todo el dolor del mundo⁴⁴.

Así pues, ir a bautizarse fue expresión elemental de su condición de Hermano⁴⁵, tanto de los pecadores como de sus víctimas, no como una de tantas características suyas sino la que lo definía, tanto como su condición de Hijo único y eterno de Dios, ya que era su expresión primaria y cabal⁴⁶.

La separación de los pecadores, la dirección vital de salvarse del mundo, contradice la dirección vital de Jesús

Este discernimiento de Jesús condena como anticristiana la dirección vital de salvarse del mundo corrompido, dejándolo en su perdición, y de salvarse de los empobrecidos reclusándose en la normalidad, sea social o religiosa. Esta doble negación de la fraternidad es negación primaria de Jesús, que se ha mostrado como hermano de los que daban por perdidos los que se creían justos y los dejaban en su postración porque no se sentían hermanos suyos porque los tenían como la chusma que no conoce la ley (Jn 7,48-49) o los dejaban en su perdición porque creían que Dios, su Dios, los odia porque no han querido aceptar su ley sacrosanta (Sal 5;119,119.158;139,21-22;145,20).

Dios, el Dios de Jesús, es el Dios de la vida y no quiere la muerte de nadie sino que se convierta y viva. No quiere que nadie quite la vida a otro ni que se la niegue, ni tampoco quiere que, al hacerlo, se deshumanice y mate su humanidad. Por eso pidió perdón por ellos y por los que introyectaron ese esquema y, en su precariedad de oprimidos, oprimen a otros más desvalidos que ellos. Tampoco quiere que nadie carezca de lo necesario para vivir ni que se la pase enfermo con enfermedades de pobres, y, menos aún, cuando el empobrecimiento y la enfermedad son causados por otros, incluso cuando, simultáneamente, otros tienen recursos y no hacen nada para ayudar al carenciado y privado injustamente. Por eso Jesús, Palabra de vida, Hijo del Dios

⁴⁴ Creemos que nuestra interpretación puede entenderse como un desglose de la interpretación, todavía genérica, que da Schillebeeckx: "En cuanto acción profética por la que Jesús se somete al bautismo de Juan, su propio bautismo confirma no sólo la apostasía de Israel, sino su conversión y su consiguiente salvación. Esto va mucho más allá del significado que Juan atribuía a su bautismo (...) Así el movimiento bautismal de Juan es el *locus* de la primera revelación divina de la salvación de Jesús. Por eso Marcos ve con razón dicha actividad bautismal como el 'comienzo de la buena nueva de Jesucristo' (1,1)" (oc 126)

⁴⁵ También para Moltmann Jesús es el "hombre fraternal" (oc 208) y esa dimensión suya constitutiva está ligada, como para nosotros a su condición mesiánica, es decir, a su unción por el Espíritu, que para el autor, aunque arranca de su concepción, se manifiesta decisivamente en el bautismo. Pero no liga la teofanía al hecho de bautizarse. Lo mismo, Sobrino: oc 208-209

⁴⁶ Bonnard, explicando la expresión de Jesús, que intercala Mateo, instándole al Bautista a que proceda a bautizarlo porque conviene que cumplan toda justicia, precisa: "este designio divino es que Jesús se haga solidario, en el bautismo, del pecado de su pueblo" (oc 64)

de la vida, con su amor de Hermano metió a todos en su corazón y, al sentir su pecado dentro, se dolió con toda su alma y pidió perdón a su Padre.

Aceptar el perdón de Dios implica aceptar positivamente a los demás

Cuando Jesús salía del agua vio cómo el cielo se rasgaba: supo que su Padre había aceptado su confesión y, por tanto, había perdonado a todos para siempre. La confirmación de esta apertura de Dios a la humanidad en la apertura a la confesión de su Hijo es la teofanía: la bajada del Espíritu que se posa sobre él y la voz de Dios que lo certifica como su Hijo. Mientras Jesús nos lleve en su corazón, los que no tienen vida, viven en él, y los pecadores están perdonados por su Padre.

No son cristianos sino que siguen con el Dios retributor, quienes siguen creyendo que Dios condena al que obra mal y no que él se condena, en contra del amor incondicional de Dios⁴⁷, que se condena, pues, al no aceptarlo, y se condena porque Dios no puede obligar a nadie a aceptar ser su hijo en su Hijo único Jesús. Porque el dato central de la revelación acontecida en Jesús es que Dios nos ha acogido a todos en su Hijo Jesús, que nos lleva en su corazón y ha pedido perdón por todos en primera persona de plural porque se ha hecho nuestro Hermano.

La consecuencia de aceptar este acontecimiento es aceptarnos en el corazón de Jesús y llevar a los demás en el nuestro sin excluir a nadie, ni por ser extraño ni por ser pobre ni por ser pecador. Ahora bien, el que lleva a los demás en su corazón, no sólo no los excluye y, menos aún, los oprime sino que les da vida de su vida y así se dirige al mundo de la vida compartida de las hijas e hijos de Dios. No es el que se limita a cumplir los mandamientos de la segunda tabla que, menos el de atender a los padres, tienen una formulación negativa, sino el que se hace prójimo, el que se aproxima, a los que necesitan de él para servirlos eficazmente.

⁴⁷ “Estoy convencido de que la percepción de Dios como radical e incondicionalmente bueno, que se desprende de la enseñanza de Jesús, fue un factor determinante en la decisión que tomó de lanzarse a una actividad sensiblemente distinta de la del Bautista” (Schlosser oc 94). A nuestro modo de ver, acierta en el dato, aunque no nos hace ver de dónde proviene esa percepción tan determinante

AL ACEPTAR DIOS SU CONFESIÓN, JESÚS SUPO QUE ESTABA LLEGANDO EL REINO DE DIOS, PERO COMO REINADO

En él, el mediador, se consumaba la alianza como relaciones mutuas que operaban un trasvasamiento total

Esa persuasión firmísima lo llevó al siguiente discernimiento que dio el tono a su vida: supo que, en ese acto suyo y en la respuesta de su Padre, había llegado el reinado de Dios, es decir, que él se había acercado absolutamente como Padre misericordioso y que nos había hecho a todos hijos suyos queridos en su Hijo único Jesús. La alianza había llegado a su consumación: en Jesús, el Hijo y Hermano, Dios era ya el Dios del pueblo y el pueblo era el pueblo de Dios o, más precisamente, Dios era Papadíos y el pueblo sus hijos. Jesús supo que él era la alianza, el pontífice, el mediador.

Él era el sí del pueblo a su Dios ya que él, llevando realmente al pueblo en su corazón, había pedido perdón por los que formaban parte de él porque él se definió en esa confesión como el Hermano de todos. Por eso pudo confesarse en primera persona de plural. Y su confesión fue aceptada por el Dios del pueblo porque su solidaridad fue tan entrañable y tan efectiva que le conmovió las entrañas, y porque nadie se confesó nunca con tanto dolor, porque Jesús, que sentía a su Padre en el centro de su corazón, sentía en el alma que en ese mismo corazón estuvieran los que no vivían en su alianza y sus víctimas.

Y él era también el sí de Dios al pueblo porque un ser humano no hubiera podido anchar su corazón para que cupieran todos, si el mismo Espíritu de Dios no lo hubiera habilitado llenándolo personalmente, y porque el acto de solidarizarse, de hacerse un solo cuerpo firmísimo con el pueblo, con el pueblo pecador y con las víctimas de ese pecado, ese acto de fraternidad tan efectivo, lo revelaba a él como Padre, es decir, revelaba que el que lo había llevado a cabo era su Hijo único que en ese acto cumplía su designio para su pueblo.

La alianza se había consumado, pues, como reinado, como relaciones constituyentes y plenas, como relaciones mutuas, tan íntimas que operaban un trasvasamiento total: Dios se había entregado completamente a Jesús y actuaba a través de él, y Jesús se había vaciado de sí y, por eso, era la pura transparencia de Dios. Jesús era así la semilla, el germen del que brotaba y se expandía la alianza (Mc 4,3.26-32) o la levadura que haría germinar toda la masa (Mt 13,33).

El reinado de Dios: vivir en los pronombres

Para hacernos cargo de lo que significa que el reino de Dios, en su Hijo Jesús, haya venido a nosotros como reinado vamos a transcribir un trozo de un poema:

*Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!*⁴⁸

Islas, palacios, torres son oasis bien abastecidos que se pueden por eso convertir en querencias: lugares entrañables en donde los amantes, desprendidos de todo otro cuidado, se dedican a cultivar su amor. El poeta, sin embargo, dice no necesitar de esos ambientes propicios porque él vive en los pronombres, es decir, en la persona amada, en este caso, en el tú que es ella y en el nosotros que componen ambos.

Para muchos contemporáneos de Jesús, el Reino esperado, lo que demandaban a Dios, es esa querencia: una patria liberada del yugo opresor y nadando en la abundancia, para poder ellos vivir disfrutando de ese cúmulo de bienes, sentidos como dones de su Dios. Desde este horizonte Dios se reduce a ser el dador de los dones que hacen la felicidad humana, no el que nos hace felices precisamente con su relación.

Así han considerado muchas personas religiosas a Dios y por eso su relación con él se centra en pedirle lo que necesitan y desean, prometerle lo que les parece que él les demanda para cumplir su petición, y darle gracias cuando se lo concede. En este esquema, el bien absoluto, lo que colma la vida, son los bienes. Dios es sólo el dador de ellos y, en ese sentido el bienhechor.

La propuesta de Jesús es otra: lo que él nos trae es a sí mismo como entregado fraternalmente a nosotros y a su Padre como Padre nuestro, participando de su filiación⁴⁹. Éste es su don último, absoluto, incondicionado, inmerecible y gratuito. Todo lo que hace son signos de esa entrega. Cuando cura a la mujer que tenía flujo de sangre desde hacía doce años, la mujer sigue en su pobreza, pero sabe que Dios ha pasado por su vida en el contacto personal que ella ha tenido con Jesús, sabe que ha sido bendecida por Dios y por eso ella ya no es la misma. El ciego de Jericó que pedía limosna al borde del camino, sigue

⁴⁸ Salinas, Razón de amor. En *La voz a ti debida*.

⁴⁹ "Es un misterio. Él mismo hace poco por aclarar ese misterio. No le interesa en absoluto su propia persona. Para él cuenta únicamente una cosa, que lo acapara: el inminente reinado de Dios en el amor. Le importan Dios y los seres humanos, le importa la historia de Dios con los hombres. Ésa es su causa. Sólo preguntando por ella podremos aproximarnos al misterio de su persona" (Kasper, oc 115)

tan pobre como antes de que Jesús le devolviera la vista, pero le sigue a Jesús porque sabe que ese favor que le ha hecho es el signo de esa relación absolutamente personalizada con él, en la que ve la acogida de Dios y por eso deja su vida y lo sigue a la Jerusalén hostil. Los nueve leprosos judíos que en el camino hacia el templo se ven limpios de la lepra siguen su camino, alegres por haber dejado atrás esa vida miserable de leproso, y Jesús es tan sólo para ellos su bienhechor. Pero el samaritano regresa porque para él, más decisivo que el verse libre de la lepra, es que ese hombre de Dios haya tenido esa misericordia con él y regresa dando gracias a Dios y se echa a sus pies agradeciéndole.

Lo que Jesús propone son relaciones escatológicas, relaciones tan densas, vivificadoras y humanizadoras, que se pueda vivir en ellas porque contienen vida eterna: la participación de la vida de Dios ya en esta vida⁵⁰. Por eso los pobres son ya dichosos, porque, aunque siguen siendo pobres, ya no están desvalidos, porque Dios es de ellos, es su riqueza, se les entrega incondicionalmente. Como dice el prólogo del cuarto evangelio: *a los que lo recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios*. Esas personas que habían nacido de la carne y de la sangre, de lazos de mera complacencia, ahora, a través de Jesús, *han nacido de Dios*. Y por eso, los pronombres no son sólo el *yo*, el *tú* y el *nosotros* que ambos forman, como en el poema citado, sino que entra el *tú* infinito del Padre y de su Espíritu, el *nosotros* de todos los que al aceptar a Jesús (o a su Espíritu, en caso de no conocer a Jesús), se constituyen en hermanos, que son *ustedes* cuando me refiero a ellos y el *ellos* que son todos los seres humanos, empezando por su pueblo, destinatarios de la complacencia del Padre y de la misión de Jesús que los lleva en su corazón, esperando y buscando que ellos lo acepten.

Por eso tenemos que afirmar que el reinado que trae Jesús es escatológico: contiene ya la definitividad del reino; aunque con dos limitaciones: la primera y principal es que mientras estamos en este mundo, como somos seres abiertos, nunca estaremos seguros de nuestro sí a Jesús como hermanos seguidores, al Padre como hijos en el Hijo y a los demás como hermanos en Cristo. Esa condición escatológica ni nos define completamente ni estamos sellados por ella de manera que no podamos desdecirnos; mucho más por estar en una situación de pecado, que nos afecta profundamente, aunque puede no influirnos, si actuamos habitualmente esas relaciones trascendentes⁵¹.

⁵⁰ En este sentido de la densidad humanizadora de las relaciones no se trata sólo de que ya está el mediador y signos de la mediación, pero que ésta falta, como asienta Sobrino (oc 137-138). Para nosotros la mediación es absolutamente sustantiva y da ya la felicidad. Lo que falta es la constitución del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios (el Reino de Dios), obra sólo de él, que ciertamente esperamos.

⁵¹ "El mensaje de Jesús sobre el cada vez más cercano reinado divino es la oferta definitiva y vinculante de Dios, una oferta que insta a una opción personal. Esta oferta va en serio: Dios no finge. Pero tal

La segunda limitación es que mientras estemos en esta vida no podemos vivir sólo de esas relaciones, porque, aunque es cierto para el que tiene fe que no sólo de pan vive el ser humano, también lo es que necesita el pan para vivir. Y como el pan, todos los elementos de su condición de ser de necesidades y, en definitiva, de su ser cultural. Ninguna cultura puede producir al ser humano con calidad humana definitiva; pero no existe la posibilidad de un ser humano acultural.

Por eso, si se puede vivir en los pronombres y en el Reino se vivirá, es cierto que en esta vida los pronombres tienen siempre una concreción corporal, que nos liga a toda la creación y a nuestros antepasados, tendencialmente, todos los seres humanos, y cultural porque están situados en el espacio y el tiempo histórico. Así lo hemos afirmado del propio Jesús, que fue un judío marginal y esta ubicación fue para él altamente significativa, tanto que su primera referencia fue a su pueblo: enviado por Dios a él, salvador de él; pero no se definió por ella, y por eso, porque se definió por su condición trascendente de Hijo, pudo definirse por su condición fraternal, igualmente trascendente.

Por eso quienes viven en los pronombres, tal como lo hemos caracterizado, no se recluyen en su relación trascendente, como ha sido la propensión del cristianismo, desde Orígenes y Agustín hasta Lutero y los teólogos liberales e, incluso, por otros motivos, los dialécticos (que reaccionaron contra ellos) y como ha sido inculcado por la espiritualidad y la pastoral dominantes, sino que se dedican a cuidar los cuerpos heridos y las siques perturbadas, a restaurar las relaciones rotas, a cualificar sus culturas de modo que sean cauces propicios de humanización, lo que incluye más vida y vida más compartida o, como dice la *Populorum Progressio* (nº20-21) y recoge la introducción de Medellín (nº6), el paso de condiciones de vida menos humanas a más humanas.

Ésta es la relevancia de que el Reino en Jesús haya venido como reinado y no como ese estado de cosas paradisiaco, justísimo y abundantísimo, en el que sueñan todas las generaciones humanas que se atreven a soñar. Jesús nos ha mostrado que eso es muy poca cosa.

ofrecimiento se dirige a la libre decisión del ser humano; cualifica la situación presente como una situación escatológica en la que es necesario optar, tomar una decisión” (Kasper oc 126). Esta decisión se concreta en la fe, que es decirle que sí, fiarse de él, de su sí. Ahora bien, esta fe no es “un asunto meramente privado e interior. En cuanto respuesta al amor de Dios es, al mismo tiempo, amor a Dios y al prójimo” (oc 132)

Reinado, relaciones rehabilitadoras y vivificadoras; no Reino y menos como se esperaba

Si venía como reinado, no venía como Reino: como un golpe de mano de Dios que desbarata todo lo malo e instaura su soberanía sobre todo, imponiéndose sobre los buenos con su anuencia y sobre los malos a la fuerza (Dn 7,27)⁵². Más en concreto, no venía para derrotar a los romanos y expulsarlos junto con los judíos colaboracionistas e instaurar el reino de los santos de Dios que se impondrían sobre todos los pueblos para rehabilitarlos. Así lo esperaban diversos grupos sectarios y también los apóstoles que él eligió y formaban su entorno más íntimo (Lc 24,19-21; Hc 1,6)⁵³. Por eso en la parábola del trigo y la cizaña el dueño de la siembra prohíbe a sus criados arrancar la cizaña, como era su inclinación (Mt 13,24-30).

En el acontecimiento del bautismo y en la visión del cielo que se rasgaba, es decir, en la certeza de que Dios había perdonado definitivamente a su pueblo y lo había acogido en él para siempre, Jesús supo que se estaba acercando el Reino, pero que se acercaba como reinado, a través de las relaciones de Jesús, como la semilla más pequeña, pero la de mayor poder germinativo. Era un acontecimiento⁵⁴ interpersonal en ciernes y no una transformación mágica, milagrosa, de las condiciones históricas. Este discernimiento colocaba a Jesús al margen de las esperanzas nacionalistas de la mayoría de los que esperaban en su entorno.

Jesús, como era el pueblo entregado absolutamente a su Dios como su Hijo querido y como era Dios humanado visitando a su pueblo e instaurando el año de gracia inacabable, se dedicó, tanto por ser Hermano como por ser Hijo, a dar vida a los privados de vida. Por eso pudo decir, tanto que el reinado de Dios

⁵² Para Sanders es “una conclusión básica segura: Jesús pensaba que Dios pronto efectuaría un cambio decisivo en el mundo”, “algo espectacular”: “Dios (o su virrey) reinaría de modo supremo, sin oposición”. ¿Implica esto que el acontecimiento del bautismo y la teofanía consiguiente no fue decisivo y que lo decisivo es lo que va a venir? Así parece creerlo Sanders que lo más que concede es que “además, pensaba que el poder de Dios se manifestaba de manera especial en su ministerio. Creo que pudo llamar a ese poder presente ‘el Reino’” (oc 204-205). O, más precisamente todavía: “Dios era el rey, pero Jesús lo representaba y lo representaría en el reino venidero” (271). Por eso “lo más importante que la gente podía hacer era aceptarlo” (259). Entonces el Reino no habría llegado como reinado y el talante fundamental es la expectativa. Nosotros creemos que el discernimiento de Jesús es que con el acontecimiento decisivo del bautismo ha llegado el reinado que se coronará en el Reino, que será, a diferencia de lo que piensa Sanders, transhistórico. No vemos en este punto debate interior en el propio Jesús.

⁵³ Manteniendo la escatología consecuente, asienta Sanders: “Jesús no esperaba desde la óptica de un milagro militar en el cual las tribus reconstituidas luchaban contra los ejércitos de los gentiles. Al parecer, esperaba que el Hijo del hombre descendiera y que los ángeles de Dios separaran a los elegidos de los malvados” (207)

⁵⁴ Vidal, aunque no lo liga con el bautismo sino con la muerte de Juan, sí insiste, como nosotros, en el Reino como presente y no como realidad objetivada sino como acontecimiento (oc 83-87), “único y definitivo” (oc 116; ver 113-118).

es para los pobres (Lc 6,20) como que a ellos, a los insignificantes, les había revelado el Padre los secretos del Reino (Lc 10,21). Y a llamar a todos a esa gracia incondicional que él hacía presente. Se trataba de un proceso que comienza con el don incondicional e inmerecido del perdón de Dios otorgado por Jesús, don que tiene que ser personalmente acogido y que, al acogerlo, crea nuevas posibilidades de vida y que desembocará en la plenitud definitiva⁵⁵.

La consecuencia de aceptar la propuesta de Jesús es darle tanta fe que por esa fe en él como presencia sanadora y liberadora de Dios se curaran y se vieran libres de esas dolencias⁵⁶; y por aceptar esa gracia que traía se vieran libres de la esclavitud del dinero y el poder y emprendieran con alegría una existencia fraternal dando de lo suyo y de sí, como ellos habían sido agraciados⁵⁷.

Aceptar el reinado de Dios que hizo presente Jesús es vivir de las dos relaciones constituyentes y relativizar lo demás

La pregunta decisiva, que equivale a si aceptamos o no el reino de Dios como reinado, es si aceptamos que en esta historia lo único decisivo, porque en ello late lo definitivo, son las relaciones y más específicamente las de Hijo de Dios y hermano de todos los seres humanos y, por tanto, todo lo que sea expresión de ello y en cuanto lo sea, teniendo presente que son desde el privilegio de los pobres y sin excluir a nadie.

Por lo menos en lo que se publicita y puede ser que también en nuestro imaginario, el poder que se deriva del dinero, basado en la ciencia y la técnica, que abre todas las puertas y consigue casi todo lo deseable y que acaba teniendo también la voz cantante en la política suele tener más atractivo, suele ser más deseable y a veces aparece con tal contundencia que sobrecoge y así, de hecho, funciona como lo numinoso, lo verdaderamente sagrado.

Por eso insistimos en que la pregunta decisiva es si ser hijos de Dios en el Hijo y hermanos en el Hermano universal es para nosotros lo denso, lo que tiene peso, lo decisivo, el fundamento en el que está arraigada nuestra vida y el

⁵⁵ Kasper, oc 110. Aunque Vidal no lo liga al acontecimiento de Jesús, es válido su modo de entender el reino como un proceso abierto que desembocará en un futuro absoluto (oc 130-140). También estamos dispuestos a aceptar lo que dice de la terminología, aunque insistamos, cosa que nos diferencia de él, en la primacía de las relaciones en el Reino tal como lo presenta y actúa Jesús: "Ese conjunto *-acción* del Dios soberano y su *efecto* renovador de la realidad histórica- es lo que quiere expresar el término 'reino', el cual, así entendido, está cargado de un gran dinamismo, y me parece que no debe sustituirse por el de 'reinado' o cualquier otro semejante, ya que siempre tendría el inconveniente de no señalar adecuadamente el ámbito social y creacional inherente al símbolo de la esperanza tanto israelita como jesuánica" (oc 108-109)

⁵⁶ Vidal describe muy convincentemente este ámbito creacional del acontecimiento del reino (oc 125-128)

⁵⁷ Pagola describe la propuesta del reinado como nosotros, aunque sin insistir como nosotros en la importancia central del mediador; pero no lo liga al bautismo sino a la muerte de Juan. (oc 76-80)

principio que la mueve y dinamiza. ¿Aceptamos el acontecimiento del bautismo? ¿Nos aceptamos en el corazón de Jesús? ¿Aceptamos como hermanos nuestros a todos los demás que están realmente con nosotros en él? ¿Vivimos de hecho en este horizonte y caminamos hacia él? Si el pecado es lo que endiosa y quita vida, ¿vivimos no desde, en y para nosotros, sino desde Dios y los hermanos, con ellos y para ellos?

Ser hijo y hermano no es, ante todo, un sentimiento, sino convivir y dar vida, pero no como bienhechor, sino la vida de hijo, que nos ha sido dada, y la vida de hermano, que compartimos horizontalmente.

El pueblo de Dios correlato y signo del reinado de Dios⁵⁸

Jesús se movió en el ámbito judío. Como glosa acertadamente el cuarto evangelio, él vino para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos, es decir, a convocar la familia de Dios. Escatológicamente esta familia es, al menos en el querer de Dios, toda la humanidad. Y esta misión a toda la humanidad se hace expresa a partir de la resurrección. En su vida mortal, su misión se restringió a las “ovejas descarriadas de la casa de Israel” (Mt 15,24), aunque tuvo relaciones muy significativas con paganos, que hacían ver que ellos no estaban dejados fuera sino que la dedicación a Israel era en definitiva para ellos. Como glosará luego Pablo, los paganos estamos injertados en el olivo de Israel, ya que de Israel es la elección, los patriarcas, la alianza, los profetas, y de Israel nació Cristo. Aunque complementariamente la elección de Israel ya desde Abraham no es un privilegio exclusivo sino, por el contrario, en vista a la bendición de todas las naciones.

Pues bien, esa relación directa con todos por parte de Jesús de Nazaret se da desde la resurrección. El pasaje que comienza con la iniciativa de unos griegos que quieren ver a Jesús concluye con su promesa: “cuando sea exaltado atraeré a todos a mí” (Jn 12,32). Todos somos atraídos con el peso infinito de su humanidad. Pero ¿a qué somos atraídos? A ser humanos con la humanidad de Jesús. Esto equivale a decir a entrar en la familia de las hijas e hijos de Dios.

Pues bien, el sacramento de esta familia, su signo visible y su instrumento eficaz, es el Israel de Dios, que es la Iglesia. O, dicho de otro modo, es el pueblo de Dios, aquel del que nació Jesús, que no ha dejado de serlo, y el que él convocó alrededor de los doce, símbolo vivo de las doce tribus, no ya de la carne y sangre sino nacidas de la misión de Jesús de Nazaret y en definitiva del costado de Cristo.

⁵⁸ Lohfink, oc 79-107

Así pues, la primera visibilidad de esa familia definitiva de Dios, que vive las relaciones de hijas e hijos de Dios y de hermanas y hermanos entre sí, son las muchedumbres de pobres que lo seguían, a cuyo servicio estaban los discípulos más explícitos y los doce. Ellos son sacramento del reinado que va haciendo presente Jesús. Por eso, su petición de que caminen a su luz, para que viendo la gente sus buenas obras glorifiquen a su Padre del cielo, por eso la exigencia a hacer lo que les manda y no limitarse a aclamarlo como Señor, porque así serían como sal que ha perdido el sabor.

Los pobres, destinatarios privilegiados de este reinado; los pecadores, expresamente invitados a él gratuitamente⁵⁹

Los destinatarios del reinado de Dios que hizo presente y proclamó Jesús son, en principio, todos, ya que a todos nos lleva Jesús en su corazón y por todos se dolió y a todos nos alcanzó el perdón del Padre, pedido por él como Hermano de todos, empezando, como acabamos de decir, por los del pueblo de Dios.

Pero, insistamos, de lo que más se dolió Jesús fue de lo descalabrados que estaban los pobres, que no estaban sólo carenciados sino que estaban siendo empobrecidos por la legalidad vigente, en cuya cima estaban los romanos y cuyo aliado en Galilea era Herodes y cuyos beneficiados eran los grandes terratenientes y funcionarios y la aristocracia sacerdotal. Por eso Jesús proclamó solemnemente que el Reino de Dios era para ellos, tanto el reinado, ya que en Jesús se les entregaba su Padre como vida de su vida, como el reino, ya que los destinaba a vivir siempre en su seno como hijos en el Hijo⁶⁰.

Por eso a ellos les reveló el misterio del reino en estas dos acepciones. No se lo reveló como un filósofo que fue capaz de conceptualizar la estructura de la realidad, oculta al común de los mortales. No se lo reveló objetualmente. Se lo reveló realmente al entregarse a ellos en su Hijo Jesús. De este modo los pobres tuvieron experiencia real de que Dios era su Dios y de que se les estaba entregando y de que podían vivir de esa entrega y por eso, al participar, llenos de fe, de esta relación, fueron en verdad dichosos, y por eso no se apartaban de Jesús.

Como había pedido perdón también por los causantes de este estado de pobreza generalizada y, más en general, por los que por una razón u otra habían abandonado en la práctica la alianza con su Padre, también proclamó que el reino era para ellos.

⁵⁹ Dunn, *Jesús recordado*. EVD, Estella 2009, 590-610

⁶⁰ Schillebeckx explana esta preferencia de Dios revelada escatológicamente en Jesús a través de las bienaventuranzas (*Jesús*, oc 156-162)

Y, lo mismo que el evangelio a los pobres, también esta buena nueva no consistió en una declaración de principios sino en una práctica suya sistemática: la de ir a buscarlos, la de comer a su mesa. Esta práctica, que contradecía frontalmente la práctica de los que, precisamente por su virtud, se separaban radicalmente de ellos en el entendido de que Dios los rechazaba frontalmente, fue tan característica suya y tan revulsiva para los piadosos que le valió el mote de “amigo de publicanos y pecadores” y la acusación de que se sienta a la mea y come con ellos. Él respondió a estas acusaciones diciendo algo más grave aún que esa costumbre suya, ya que arguyó que hacía lo que le veía hacer a su Padre⁶¹ que es el pastor que sale a buscar la oveja perdida, el padre que recibe en casa y da un banquete de bienvenida al hijo que malbarató la hacienda y la mujer pobre que barre afanosamente su casa hasta encontrar la moneda que se le había perdido. Así pues, siguiendo a los profetas, los pecadores son las ovejas que pastorea el Pastor de Israel, el hijo que se había perdido y ha sido hallado y por eso son tan valiosos como una moneda. Dios sale a buscar a los pecadores, en la ida de Jesús a ellos, en vez de odiarlos con odio implacable, como se suponía que debía hacer un justo que tiene celo de la causa de Dios (Sal 139,19-22).

Esta actuación de Jesús derivaba de su misericordia, trasunto de la de Dios. El mismo corazón que abrazaba a los pobres por su miseria y desvalimiento, se compadecía de la deshumanización de los pecadores. Porque la misericordia de Dios es gratuita, incondicional ya que es expresión de su mismo misterio, de su amor infinito. Un amor que sólo sabe vencer al mal a fuerza de bien.

Ahora bien, así como los pobres tienen que vencer su encogimiento y desesperanza y abrirse con fe a la entrega fraterna de Dios en Jesús, así también los pecadores tienen que volverse a sus víctimas, cambiando radicalmente su modo de relación con ellas. Zaqueo es el modelo evangélico de una persona que había preferido su estatus a la convivialidad con los de su pueblo y, ante la preferencia de Jesús por él cobra tanta alegría, que, dejándose llevar por ella, da a los pobres la mitad de su fortuna y está dispuesto a devolver cuatro veces más a quien le haga ver que lo ha defraudado.

⁶¹ “La conducta de Jesús con los pecadores implica, por consiguiente, una inaudita pretensión cristológica. Jesús actúa aquí como alguien que ocupa el lugar de Dios. En él y a través de él acontecen el amor y la misericordia de Dios” (Kasper, oc 159)

COMO EL REINO LLEGABA A TRAVÉS DE ÉL COMO REINADO, SE DEDICÓ A PROCLAMARLO Y HACERLO PRESENTE

Por eso dejó su casa, su familia, su oficio y su pueblo, y se entregó a historizar ese acontecimiento del bautismo a través del cual Dios se había constituido en el Padre de su pueblo y en él de todos. Se dedicó a proclamar con palabras y obras y, sobre todo, con su misma presencia la llegada del Reino como reinado, y pidió, como Juan, conversión, pero no, ya, conversión del pecado a la virtud sino desde donde cada quien se encontraba, fuera una vida de pecado o de virtud, a esta buena nueva que él proponía, que era el cumplimiento superabundante de todas las promesas. Un cumplimiento que, en Jesús, se había realizado y se seguiría realizando consecuentemente como un acto absolutamente gratuito de solidaridad.

La conversión que pide Juan y la que pide Jesús⁶²

Como es vital aclarar el punto, señalemos la diferencia en el punto de partida y en el punto al que se convoca. El punto de partida de Juan es el pecador; el de Jesús, todos, porque la llamada incumbe tanto al pecador como al cumplidor de la ley: a ambos convoca Jesús a dejar su estado ante Dios, sea de pecador sea de cumplidor de la ley, para formar parte del acontecimiento que ha comenzado en Jesús y que en la intención de Dios aspira a llegar a todo su pueblo y, en él, a todo el género humano⁶³.

El acontecimiento al que Jesús convoca es el de la consumación de la alianza que, en ciernes, ha acontecido ya en él, pero que tiene que alcanzar a todo el pueblo. En Jesús Dios nos ha asumido como hijos, pero cada uno tiene que ratificar ese estatus, porque nadie es hijo de Dios sin libre consentimiento suyo. Tampoco lo es desde sí mismo, ya que Dios sólo tiene un Hijo; pero como ese Hijo nos lleva en su corazón como hermanos suyos, por él y por su Padre, todos participamos de su relación con él; pero lo tiene que consentir cada uno.

Ahora bien, en lo que coinciden Juan y Jesús es en que la justicia y la solidaridad son contenidos ineludibles, aunque para Juan como requisito para mantenerse en pie cuando venga el que tiene que venir, y para Jesús, que es el que tenía que venir, como expresión de la aceptación de la condición de hijos

⁶² Para Navarro es clara la diferencia: "para Juan se refería a la conversión moral, la conversión de los pecados. Jesús elide esta connotación y coloca la matanoia en el marco de la buena noticia y, como complementa en seguida en el marco de la fe". Añade que esta metanoia es tan importante que sin ella "no se puede captar el evangelio que viene" (oc 55). Lohfink recoge con mucha perspicacia la diferencia entre Jesús y Juan y, por tanto la diferente concepción de la conversión (oc 62-66)

⁶³ Lohfink subraya que la iniciativa la tiene Dios y que la conversión es la respuesta del ser humano posibilitada por la acción de Dios (65)

del Creador y Padre de todos y de hermanos de todos sin excluir a nadie y privilegiando a los pobres, en el corazón del Hermano mayor Jesús.

Lo que sucedió entre Dios y él tiene que suceder entre él y nosotros para que acontezca entre Dios y nosotros

Dicho de otro modo, como Jesús, el Hijo único de Dios, al hacerse nuestro Hermano y llevarnos realmente en su corazón y pedir perdón a su Padre en primera persona de plural, se convirtió en el término medio entre Dios y nosotros, para hacer efectivo ese perdón tuvo que dedicarse a proclamar y hacer presente lo que había acontecido, ya que lo que había acontecido entre él y su Padre tenía que acontecer también entre él y nosotros, para que llegara a acontecer entre nosotros y su Padre. A eso se dedicó el resto de su vida, viviendo como Hermano nuestro para que su Padre llegara a ser el Padre del pueblo de Dios y de cada uno del pueblo y en él de cada uno de la humanidad.

Así pues, la misión tuvo dos aspectos: ante todo, la proclamación de ese acontecimiento en ciernes y su discernimiento respecto de la esperada irrupción apocalíptica que trastocaría todo (Dn 2,34-35.44-45;7,27), cosa nada fácil y para lo que se requería una gran pedagogía, ya que había que desmontar expectativas tenazmente mantenidas (Lc 24,19-21; Hch 1,6), y, en segundo lugar, procurar que ese acontecimiento aconteciera personalmente para cada uno, para cada grupo, para el pueblo como tal. Este segundo punto se derivaba del primero: si el Reino venía como reinado, como relación absoluta de Dios que en Jesús se constituye no sólo en nuestro Dios sino en nuestro Padre, era indispensable que cada persona se convirtiera de sus caminos a esa propuesta y se aceptara como de Dios y más concretamente como hijo en el Hijo. Esto centró la vida de Jesús y la absorbió completamente.

Acercarse a cada uno como gracia

Ahora bien, para que cada cual se hiciera cargo de que lo que proclamaba Jesús acontecía realmente y era buena nueva para él, Jesús tenía que acercarse a cada uno como gracia de Dios para él: eso hizo, ante todo, con su presencia, absolutamente disponible y agraciadora.

Pero lo que sucedió es que fueron, sobre todo, los pobres y los tenidos como pecadores quienes percibieron ese talante en Jesús y se volcaron hacia él, viendo en él la vida providente de Dios y su perdón incondicional y transformador. Los milagros y la acogida de los pecadores en su condición de hombre de Dios, les hicieron ver a los privados de vida y a los que se creían

excluidos de la salvación que había llegado el año de gracia, la hora de la misericordia divina⁶⁴.

También se abrieron a Jesús quienes se abrieron a lo que sucedía con sus hermanos pobres y pecadores y quienes vieron que la gracia que hacía presente Jesús con su persona y sus palabras y obras superaba absolutamente el tiempo de la ley y los profetas.

Pero otros, que estaban satisfechos de ellos mismos por tenerse como intachables en el cumplimiento de la ley, no se abrieron a su persona ni a su propuesta, precisamente porque los llamaba a descentrarse, al definirse, no ya por su justicia, sino por esas relaciones con Dios y con los demás.

La piedra que se desprende del monte y destruye el reino del mal o la semilla que, sembrada en cada corazón, crece, si se le da lugar, hasta dar fruto

Son dos imaginarios incompatibles el de un reino que irrumpe directamente desde Dios con una fuerza aplastante, trastocándolo todo e instaurando la victoria sempiterna de los santos de Dios (Dn 2,44-45;7,27), y el del reinado de Dios como una semilla que se siembra en cada corazón humano y que requiere, por tanto, de la aceptación de cada ser humano para que dé fruto (Mc 4,3-8.26-32). En este caso la semilla es divina, aunque se nos da humanamente: es la fraternidad de Jesús que nos asocia a su relación filial con su Padre; pero esta semilla no da fruto si la persona no la acoge y obra desde esa condición regalada. Aquí el cambio no es de escenario, de estructura política, social y religiosa; es personal: pasamos a ser constituidos hijos de Dios y hermanos entre nosotros.

Para que estas relaciones se expresen y lleguen a dar la pauta de la vida histórica, vienen los cambios en las conductas, concretamente en las relaciones, y, desde ellos, en las instituciones, las reglas de juego y las estructuras. Un cambio de la injusticia reinante a la justicia y la solidaridad, es decir, de la vida lujosa e inhumana de unos y la miseria de las mayorías, a la vida para todos, una vida en la que todos tienen suficientes elementos para vivir y, sobre todo, con mucha mayor humanidad. Ahora bien, ese cambio no se da sólo por la limosna sino por un cambio de relaciones de producción y relaciones sociales, que exige no sólo mantener tenazmente una disposición favorable hacia los demás, sino una gran creatividad y tenacidad; y que por eso no puede ser sino gradual y nunca consolidado en esta historia y que sólo se consumará en la transhistoria.

⁶⁴ Esto es lo que desglosa Pagola muy hermosa y convincentemente al presentarlo como “poeta de la compasión”, “curador de la vida”, “defensor de los últimos” y “amigo de la mujer” (oc, 115-229)

Misión pública, pero como mistagogía

La misión de Jesús irá encaminada, ante todo, a que el pueblo personalizado, es decir, cada uno de los israelitas en el seno del pueblo de Dios, pero también de una manera particular la dirigencia que lo representa, se hagan cargo de que ha llegado el tiempo de la consolación de Dios, de su venida misericordiosa, perdonándonos y haciéndonos sus hijos en su Hijo Jesús; a que vean este acontecimiento como una oportunidad única, decisiva, incomparablemente mejor que todas las expectativas, como una buena nueva; pero también como la última oportunidad que Dios nos da; y, sobre todo, irá encaminada a que se conviertan a ella aceptando la vida que él nos da, que es la participación en su misma vida, a través de la aceptación de su enviado, que no viene como un caudillo sino como el Hermano mayor que se nos entrega servicialmente como vida de nuestra vida y que pide que también cada uno sea vida para el otro como expresión de la fraternidad de los hijos de Dios.

La proclamación del reinado de Dios nada tiene que ver con la propaganda o la indoctrinación. Sólo puede hacerse como mistagogía. En efecto, lo que aconteció en el Jordán, que será el contenido de la proclamación, sólo fue percibido por sus actores: por Jesús y por el Padre. Los demás que hacían cola para ser bautizados y, probablemente, el bautizador, no percibieron nada⁶⁵. Porque no fue un acontecimiento externo sino una relación interpersonal. La proclamación de Jesús conservó siempre ese carácter de relación personalizada y personalizadora. Y esa relación es la marca de la misión cristiana.

La misión no consistió en llamar a pertenecer a una institución ni en proponer dogmas, ritos y disciplina sino en volverse desde la cotidianidad de cada uno al encuentro de Dios que llega como gracia en Jesús, de manera que al entregarse a esa propuesta de Dios, todo se vaya transformando a partir de ese encuentro⁶⁶.

Sentido del privilegio de los pobres y la búsqueda de los pecadores⁶⁷

La prueba más fehaciente de esta gratuidad de Jesús y, en él, de Dios fue privilegiar a los pobres y buscar a los pecadores. No creemos que en este caso se diera un trabajo de discernimiento sino que se le aparecía como evidente

⁶⁵ "No hay razones para pensar que, al bautizar a aquel judío treintañero de Nazaret, Juan viese algo más en él que en otros que lo buscaban deseosos de recibir la purificación ritual" (Meier oc 159)

⁶⁶ Para Schlosser la novedad de Jesús está anclada en el acontecimiento de "la actitud graciosa hasta el extremo por parte de Dios", "un Dios que ha decidido sobreseer el juicio y hacer que hable la gracia". Lo más característico de Jesús es "un sentido admirable de la gratuidad de los dones de Dios" (oc 180,181)

⁶⁷ Sobrino, *Jesucristo Liberador*. Trotta, Madrid 1991, 110-121,131-135; Schlosser, oc 139-148

dentro del horizonte concreto del reinado, tal como se le presentó como respuesta del Padre a su confesión. Pero sí tuvo que ir discerniendo cómo llevarlo a cabo de manera que el pueblo pudiera responder positivamente a ese último llamado, a esa alianza definitiva.

Eso constituyó un discernimiento continuo, ya que no se trataba de transmitir la Torá, una ley objetivada, y, ni siquiera, de dar publicidad a un mensaje sino de ingeniárselas para que cada quien desde su lugar social y desde su situación personal ante Dios pudiera captar como lo más deseable y apetecible la propuesta del reinado.

Es cierto que el pueblo y, dentro de él, los que los de arriba llaman la chusma (*ojlos*) fueron los que no se cansaban de escucharlo y lo seguían porque vieron en él intuitivamente al que los ponía a valer y vieron en su entrega a ellos que Dios mismo los acogía como hijos suyos. En verdad, se sintieron dignificados. Lo mismo podemos decir de muchos que eran tenidos y se tenían a sí mismos como pecadores públicos.

No podemos dar por descontado que la institución eclesiástica proclame la buena nueva de Jesús; pero cuando sucede es verdaderamente sacramento del reino

La perspectiva postridentina de salvarse del mundo, que es la perspectiva, agudizada, de la cristiandad, es la perspectiva contraria a la que reluce en el bautismo de Jesús, porque, lejos de cargar con nadie, se conminaba al pecador a despojarse de su mala vida para entrar en el ámbito de los puros, y al pueblo a dejar su ignorancia y sus supersticiones y aceptar la guía de la institución eclesiástica que los iba a poner a valer. Es la perspectiva del fariseísmo cristiano. El que proclama eso de ese modo no es un evangelizador porque ni lo que proclama ni el modo de proclamarlo constituye una buena noticia.

No es tan claro que la Iglesia como institución proclame el evangelio de la paternidad de Dios entregada en la fraternidad de Jesús, ni que lo proclame con palabras, es decir, que ése sea su mensaje y no doctrinas y ritos, ni que lo proclame con obras: mediante el ejercicio de una fraternidad consecuente que se muestre en obras de vida solidaria.

Pero cuando esto ocurre, como pasó con la Iglesia de Medellín y Puebla y como está pasando con el papa Francisco, la gente se alegra porque recibe situadamente la misma buena nueva que proclamó Jesús. Entonces la Iglesia es verdaderamente sacramento del reino de Dios que viene como reinado. Hay que decir que a lo largo de toda la historia nunca han faltado cristianos, y entre ellos pastores, que han proclamado situadamente la buena nueva de Jesús. Parecería

que el papa Francisco va por ese mismo camino como buena nueva para la Iglesia universal y más todavía para el mundo, a través de la Iglesia de Roma, de ese modo de ser Iglesia o, por mejor decir cristiano, que aconteció y minoritariamente sigue aconteciendo en América Latina.

DESDE EL BAUTISMO EL MESIANISMO⁶⁸ SE DECANTÓ COMO ASUNTIVO Y FUE DESECHADO EL DAVIDICO

Un mesianismo comprendido y aceptado por sus destinatarios naturales, pero inaceptable para casi todos los demás, incluidos sus íntimos

Desde esta manera de acontecer el Reino como reinado se decantó el mesianismo, no como mesianismo davídico (triunfar sobre los enemigos imponiéndose a ellos con el Espíritu de Dios, que es su fuerza) sino, como se pone en boca del Bautista, como el mesianismo asuntivo del Siervo: Jesús es el cordero de Dios que carga con el pecado-del-mundo y así lo quita (Jn 1,29.36).

Aunque propiamente no carga con el pecado sino con los pecadores y con sus víctimas: no se trata de una sustitución ritual, como la del macho cabrío sobre el que el sumo sacerdote cargaba ritualmente los pecados de todo el pueblo y así los quitaba del medio ambiente para que no siguieran haciendo daño (Lv 16), sino que lo hace a través de relaciones personalizadoras: carga solidariamente con los pecadores, pero no los sustituye sino que estimula su libertad para que ellos acepten esa solidaridad y, en vez de vivir egoísticamente para sí, se vuelvan servicialmente a los hermanos.

También en su ministerio se dedicó a cargar, sobre todo, con las víctimas de esos pecadores, que son, sobre todo, los pobres, para que se sepan agraciados por Dios. Cargó con el desvalimiento del pueblo, con sus dolencias y alienaciones, pero lo hizo de tal manera que no los convirtió en satélites a su alrededor, sin vida propia, como los mesías carismáticos a los que se refiere la sociología moderna (Weber), sino que infundió en ellos ánimo, esperanza y fuerzas para que se hicieran cargo de su vida y se ayudaran unos a otros a llevar las cargas. Eso significa la cita que trae Mateo de los cantos del Siervo para enmarcar su misión: “cargó con nuestros pecados y curó nuestras enfermedades” (Mt 8,17). Así pues, hay que decir que las fuentes evangélicas presentan que los pobres, que son sus destinatarios por voluntad de su Padre, ya que el Reino es para ellos y a ellos revela el Padre los secretos del Reino,

⁶⁸ Moltmann le da toda la relevancia posible al acontecimiento del descenso del Espíritu sobre Jesús después del bautismo y lo caracteriza como nosotros por el rechazo del mesianismo davídico y en las expresiones del asuntivo, aunque sin mencionar la expresión; pero no lo relaciona con el acto de ir a ser bautizado por Juan (*El camino de Jesucristo*. Sígueme, Salamanca 1993,133-139)

acogieron con gozo el peculiar mesianismo de Jesús porque lo captaron como buena nueva y se sintieron dignificados y alentados por él.

En este contexto de mesianismo asuntivo hay que comprender la relevancia del signo mesiánico de la evangelización a los pobres. La primera vez que se pone en labios de Jesús esa cita profética es en lo que podemos llamar el discurso programático que pone Lucas al comienzo de su ministerio. Jesús venía siendo conducido por el Espíritu y en la sinagoga escoge el pasaje que habla precisamente de la unción del Espíritu para dar a los pobres la buena nueva. En el contexto, si pobres es sinónimo de oprimidos, esa buena noticia consiste precisamente en su liberación, ejemplificada en la liberación de la cárcel de los encarcelados. Pero al decir Jesús que ese pasaje se está cumpliendo en ese momento, hay que entenderlo en el de esa entrega suya a ellos como vida de su vida, pero desde su pobreza. No, pues, un mesianismo davídico sino equivalente a lo que hemos caracterizado como reinado. Es decir, unas relaciones agraciadoras que les hagan ver que Dios está con ellos acogiéndolos y entregándose incondicionalmente a ellos en la entrega incondicional de su Hijo. Signos de esa entrega son la disponibilidad absoluta, su palabra de vida y sus milagros que sanan y desalienan sus vidas. Ahí acontece la liberación personal.

También en la segunda mención, para aclarar a los emisarios de Juan y a Juan mismo que es el que tenía que venir, se refiere no a textos sobre el juicio sino sobre la regeneración integral del pueblo, cuyos signos son los milagros y, sobre todo, el anuncio de la buena noticia a los pobres. No es la buena noticia de que van a dejar de ser pobres sino la de que Dios va a ser su tesoro. Para Jesús ésa es la buena nueva radical y tiene por destinatarios directos a los pobres.

Como Jesús tiene conciencia de que no son ésas las expectativas de Juan ni de muchos otros, añade: “dichosos los que no se escandalizan de mí”, es decir, los que no piensan que lo que ofrece es menos y no, como piensa el propio Jesús, incomparablemente más, que esas expectativas.

Aunque en el fondo la elección del mesianismo asuntivo no fue un discernimiento sino la explicitación de lo que había acontecido en el bautismo y su ulterior historización, sí tuvo que reasumirlo por medio de un discernimiento histórico porque parte del pueblo (Jn 6,14-15) y, sobre todo, los discípulos más cercanos (Mc 6,45-52) presionaron constantemente sobre Jesús para que se asumiera como Mesías davídico y, mientras vivió, nunca aceptaron que el poder del Espíritu de que estaba ungido no incluyera la victoria sobre el imperio opresor y los judíos colaboracionistas⁶⁹ (Lc 24,19-21; Hc 1,6). El desacuerdo fue

⁶⁹ Es lo que presupone la petición de los zebedeos y la indignación de los otros diez (Mc 10,35-45)

tan profundo que cuando Pedro lo reconvino para que asumiera lo que él creía que era su puesto de vencedor (Mt 16,22), Jesús lo increpó llamándolo Satanás: en ese momento la actuación de Pedro era, en verdad, diabólica porque iba en la dirección de apartarlo del designio de su Padre. Y le añadió que se colocara atrás, en su condición de discípulo, de seguidor, y no en la posición de quien le marca la línea de su Padre.

Ésta sería la historización de la tentación que pone Mateo (4,10): asumir el mesianismo que le proponen habría sido servir o adorar al poder y la gloria mundanos. Él no tiene ninguna intención de hacerlo porque sólo sirve a su Padre, sólo adora a Dios. Estar en lo de su Padre, actuar el amor filial y fraterno, libera su libertad para no endiosarse buscando el poder y la gloria, que es en definitiva adorarlos.

Mantener el concepto asuntivo de mesianismo y rechazar, por consiguiente, el davídico le costó a Jesús el precio altísimo de vivir incomprendido y solo en medio de sus íntimos (Mc 8,13,21;9,32-34) y, sin embargo, dio pie, porque al fin y al cabo nunca negó que fuera el Mesías, a que sus enemigos lo condenaran a muerte acusándolo de ser Mesías davídico⁷⁰.

Rey sin ejército y sin súbditos porque sólo admite seguidores voluntarios

La fuerza y la claridad con la que se expone el rechazo del mesianismo davídico por parte de Jesús es de vital importancia para la Iglesia y, más en general, para la historia cristiana porque una y otra vez se ha querido volver al mesianismo davídico y se ha revestido a Jesús con los atributos del Mesías rey de este mundo, triunfador por omnipotente, según el concepto nuestro de omnipotencia que incluye el de imponerse sobre todos por las buenas o por las malas.

El careo entre el procurador romano y el reo Jesús, tal como lo trae el cuarto evangelio (Jn 18,33-38), dilucida el asunto con toda la claridad deseable. Pilato, siguiendo el procedimiento sumario para los no ciudadanos, le pregunta si confirma la acusación que le han presentado las autoridades judías religiosas. La acusación es que pretende hacerse rey y suplantarse así la soberanía de Roma. Jesús responde que su reino no es como los de este mundo y la explicación que da para demostrar que no es rey de esa clase es que está maniatado en sus manos porque no tiene guardia personal ni ejército y, más en el fondo, porque no tiene ni quiere tener súbditos, gente sometida a su poder.

⁷⁰ El desacuerdo con ambos grupos desde un concepto superior de Mesías, está estudiado satisfactoriamente por Brown, *Introducción a la cristología del Nuevo Testamento*. Sígueme, Salamanca 2001,87-94

Como en su respuesta Jesús había afirmado que no era rey como los de este mundo, Pilato infiere correctamente que está afirmando que es rey, aunque de otro modo, y por eso le pregunta si se tiene por rey. La respuesta de Jesús lo deja tan descolocado que da por concluido el asunto al comprobar que no es un caudillo armado ni un jefe político y, por eso, que no es un peligro para Roma. Jesús le había respondido que él había venido al mundo para ser testigo de la verdad y que, por eso, todo el que es de la verdad escucha su voz⁷¹. Pilato le preguntó distraídamente qué es la verdad y, sin esperar respuesta, salió a declarar a sus acusadores que el inculpado era inocente⁷².

Por eso no entendió el empecinamiento de las autoridades judías en que lo condenara a como diera lugar. No lo entendió por su despreocupación por la verdad, que para él, lo creyera así o no en su fuero interno, no era otra que la propaganda oficial. Pero las autoridades judías sí entreveían otra dimensión, aunque no la aceptaran.

Para Jesús ser rey del pueblo judío o emperador de la tierra era muy poca cosa; más aún, era algo bajo, absolutamente indigno de él. Ellos tenían súbditos: se creían sobre los demás y los obligaban a la fuerza, les imponían sus dictados. Eso es absolutamente indigno del Hijo de Dios, que, igual que su Padre, como es únicamente amor, no se impone sobre nadie ni tiene poder para matar a nadie. Jesús sólo tiene seguidores voluntarios. Son los que se hacen cargo de la verdad de que son creados por la relación constante del Dios amor y de que son creados creadores, es decir, para salvaguardar la creación y edificar el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios (el reinado de Dios). Más aún, son los que se hacen cargo de que han sido creados para relacionarse eternamente con Dios, incluso, y de eso precisamente es portador Jesús, para entrar en las relaciones eternas de la comunidad divina como hijos en el Hijo.

Jesús relativiza las instituciones económicas, sociales y políticas; es decir, no las anula sino que pide que se acuerden con el horizonte del reinado

El que quiere vivir en ese horizonte escucha la voz de Jesús, es decir, lo sigue voluntariamente. Esta determinación tiene implicaciones trascendentales para la vida histórica: Jesús no entra en competencia con las instituciones ni las

⁷¹ “Que su realeza es auténtica se desprende de que en toda la escena del interrogatorio Juan presenta una clara inversión: Jesús aparece más como el juez que como el acusado y Pilato más como el acusado que como el juez, y eso es así porque Jesús es la verdad” (Sobrino oc 268)

⁷² “Pilato condena a Jesús a muerte porque cree, o finge creer, que puede constituir una amenaza para el orden público. Pero Pilato actuó por instigación de las autoridades judías y principalmente de Caifás” (Schlosser oc 274). Kasper insiste en que Pilato fue presionado (oc 177). Aunque no estamos de acuerdo con la atribución de veracidad histórica de todos los detalles, sí nos parece que responde a la verdad en el fondo, la versión de Lohfink oc 460-466.

estructuras históricas, pero las relativiza absolutamente, ya que sólo son legítimas en cuanto sean buenas conductoras de ese horizonte, que expresa la verdad del ser humano y de la realidad⁷³. Así pues, el que ha apostado por la verdad y se la juega por ella, no se define por ninguna de las relaciones en las que está envuelto: ni por su familia ni por su pueblo ni por su país ni por su grupo de referencia ni por su lugar de trabajo ni por su afiliación política. Su fidelidad de fondo está con Jesús, el testigo de la verdad; todo lo demás es relativo.

Pero relativo no significa que carezca de significación para el reinado que propone Jesús. Al contrario, esas relaciones de hijos y hermanos, en el Hijo único y el Hermano universal, tienen que permear todas las relaciones en las que estemos implicados⁷⁴. Ninguna puede estar al margen⁷⁵. El cristianismo no puede confinarse en el ámbito religioso como un ámbito estanco; ni siquiera puede decirse que ese ámbito tiene que llevar la voz cantante; por el contrario, en él se celebra o alimenta lo que ha de realizarse en la vida que es histórica. Por eso en los evangelios no tiene especial relevancia, aunque es imprescindible. Sobre todo, la comunidad de seguidores de Jesús es el embrión de ese mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Pero la comunidad, si celebra la Cena del Señor y pone otros símbolos de su constitución, realiza su misión en la vida, como su Maestro y Señor.

Sólo quien vive así puede decirle con verdad a Jesús que es su Señor. Sólo él es libre con libertad liberada. Sólo para éste tiene sentido discernir los signos de los tiempos. En cualquier otro caso no hay nada que discernir ya que todo está decidido por el cúmulo de pertenencias. En caso de colidir, habrá que elegir cuál tiene preferencia, pero esto nada tiene que ver con el discernimiento espiritual.

⁷³ Por eso puede decir con justicia Sobrino que "Jesús fue crucificado por los romanos no sólo por razones tácticas y de política diaria de tranquilidad y orden en Jerusalén, sino, en definitiva, en nombre de los dioses estatales de Roma que aseguraban la *pax romana*. Y si se pregunta cómo un hombre religioso como Jesús puede ser tan peligroso para un imperio, cómo puede tener tanto influjo político, la razón está en que desde lo religioso se tocan y se conmueven los cimientos de la sociedad de manera radical" (oc 270)

⁷⁴ Son el *cantus firmus* de que hablaba Bonheffer en una carta de la prisión (20/05/1944)

⁷⁵ Tampoco la política: "Lo peligroso de negar hoy lo político del mesías Jesús no consiste, pues, en recordar su rechazo a ser rey guerrero y nacionalista y su rechazo a un reino teocrático, sino en desligar de la noción del mesías las opresiones y las esperanzas de los seres humanos en sociedad, pobres y víctimas, por una parte, y la necesidad de usar de un poder, por otra, poder que no por ser el de la verdad y el del amor deja de ser *poderoso*, y por ello, también conflictivo, como lo demuestra la historia reciente latinoamericana" (Sobrino, *La fe en Jesucristo*. Trotta, Madrid 1999, 218)

Mesianismo antimesiánico de Jesús⁷⁶

Después de haber puesto en claro el peculiar mesianismo de Jesús vamos a compararlo con el concepto sociológico, hoy muy en boga, porque tenemos que discernir entre ambos. El mesianismo es actualmente un concepto sociológico y político, aunque su origen es religioso. En las ciencias sociales significa una propuesta de sentido y de felicidad para un grupo humano que se siente sobrecargado, humillado, ofendido⁷⁷ y desalentado; esta propuesta está personificada en un líder carismático con el que el grupo se siente identificado. Dicho de otro modo, mesianismo es la propuesta de realización repentina y colmada de los deseos ancestrales de felicidad absoluta por obra de un hombre providencial, dotado de poderes sobrehumanos, que se impondrá sobre los poderosos opresores e instaurará una edad de oro.

Elementos fundamentales del mesianismo serían: ante todo el horizonte de felicidad, sentido y plenitud; en segundo lugar el destinatario, que sería un pueblo homogéneo, sin fisuras, que se entendería como una gran familia; en tercer lugar el dador: el líder carismático, el mesías, una especie de superhombre tanto por su capacidad de personificar a todo el pueblo y así comprenderlo y dirigirlo, cuanto por su poder para derrotar a los que causan el sinsentido y la postración del pueblo; en cuarto lugar el método: el mesías conduce al pueblo a la felicidad y a la dignidad por el camino de la lucha sin cuartel contra los enemigos, lucha que acaba en la derrota completa de éstos.

Resumamos ahora el bien mesiánico que trae Jesús: no es otro que la vida y el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Ahora bien, para Jesús es claro que el modo de producción determina el producto. No puede instaurarse la fraternidad propugnando unas relaciones verticales y unidireccionales en las que el líder tenga todos los poderes y virtualidades, y el pueblo quede satelitizado en torno a él, simples ejecutantes, aunque exaltados y llenos de entusiasmo, de lo que él dispone en nombre de ellos, aunque ellos lo hacen suyo como si naciera de ellos. No se obtiene fraternidad excluyendo, excomulgando, demonizando a todo el que no piensa como el líder. La fraternidad nunca saldrá de la imposición, del uso de la violencia. Por eso Jesús insiste que él no es como los dirigentes políticos ya que él no tiene ejército y no usa de la fuerza, porque ni siquiera quiere imponerse (Juan 18,33-37). Él no dice “por las buenas o por las malas”. Denuncia, hace gestos que podemos calificar de utópicos y propone el

⁷⁶ La expresión “antimesianismo” referido a Jesús aparece en el último acápite de la *Cristología* de Duquoc y la insistencia en que no nos sustituye sino que propicia nuestra participación histórica es el mensaje de la conclusión (Sígueme, Salamanca 1974,563-576). El autor lo profundiza en *Mesianismo de Jesús y discreción de Dios*. Cristiandad, Madrid 1985

⁷⁷ *Humillados y ofendidos* (Alianza, Madrid 2011) es el título de una novela de Dostoievski, que se refiere a esta misma categoría social, pero muy personalizada, porque lo hace desde el punto de vista cristiano

amor gratuito e incondicionado como modo único y absolutamente versátil de relacionarnos y lo practica consecuentemente. Él propone horizontes y clarifica qué caminos conducen a ellos y cuáles no; él pone muy a la vista las dificultades ambientales e internas para entrar por esos caminos, y se brinda a colaborar con la responsabilidad del que quiera en verdad caminar hacia esos horizontes. Él da fuerzas, anima, ayuda, va delante abriendo paso y dando la mano. Pero no sustituye sino que por el contrario reta a que cada quien asuma su responsabilidad⁷⁸. No sólo eso, él pide también a cada uno que ayude a llevar la carga de los otros. Más aún, él mismo se presenta como ser de necesidades que debe ser ayudado por los demás a satisfacerlas.

Esta figura es absolutamente antimesiánica. Jesús es sin duda una persona libre⁷⁹, con autoridad, carismática. Pero no, una persona autárquica que se traga a todos y decide por todos, sino alguien que vive en relaciones horizontales y mutuas, que aspira a que los demás hagan las mismas cosas que él y aun mayores, y que para eso busca que crezcan, que se responsabilicen, que tengan fe, fe en Dios, en él y en ellos mismos.

La seriedad con que asume Jesús este mesianismo antimesiánico llega a su máxima expresión en la pasión. En primer lugar ahí, en la hora de la verdad, se ve la radicalidad de su rechazo a imponerse sobre nadie. Jesús no se pone por las malas nunca: eso no pertenece a su misión ni a su ser. Pero, en segundo lugar, no muere como víctima, no asume el papel que le quieren hacer representar sus enemigos. En la pasión reluce, sobre todo, la autoridad de Jesús, su soberana libertad. Una libertad que lo capacita para morir no matado sino entregando su vida (Juan 10,17-18), entregándola no sólo por y para su pueblo sino incluso en favor de⁸⁰ quienes lo asesinaban. Más aún, en la cruz reluce la libertad de Jesús frente a Dios, respuesta de la libertad de Dios respecto a él: muere echándose en los brazos de Dios en el mismo momento en que experimenta su abandono⁸¹. Muere, pues, de fe. Y así se consume como Ungido porque donde está el Espíritu ahí hay libertad (2Cor 3,17). Por eso su supremo acto de libertad, la otra cara de dar por nosotros el último aliento, es entregarnos

⁷⁸ Sobrino expone detalladamente la posición y la práctica de Jesús respecto de la violencia, tanto como modo habitual de relacionarse, cuanto como modo de ejercer el poder y como modo de adquirirlo para llegar a una situación más justa (oc 271-280)

⁷⁹ *Jesús, hombre libre* (Sígueme, Salamanca 2005), es el título de la obra de Duquoc, que califica esbozo de cristología. Sobrino, oc 191-192

⁸⁰ Navarro insiste que el pro muchos de la cena ha de interpretarse “en el sentido de *a favor de*, que manifestaría la interpretación positiva y benéfica de su muerte, en continuidad con el sentido de su trayectoria” (oc 520)

⁸¹ A este respecto, Brown asienta tres aspectos: primero, que no es improbable que Jesús hubiera pronunciado ese versículo del salmo; segunda, que su sentido es el literal de abandono; y tercero, que, puesto que Jesús se refiere a Dios y le ruega, no ha perdido la esperanza (*La muerte del Mesías II*. EVD, Estella 2005,1288,1241,1243)

ese Espíritu, conjuntamente de Dios y suyo, para que hagamos nosotros lo mismo (Jn 13,15; 1Cor 11,24).

En esta hora que vivimos en nuestro país urge ver claro qué tipo de mesianismo es el de Jesús y cómo si lo seguimos no tenemos que esperar a ningún otro Mesías ni menos aún seguirlo.

VIVIR UNA EXISTENCIA ITINERANTE ENTRAÑÓ CONCEBIR LA VIDA COMO RECIPROCIDAD DE DONES

¿Presencia bienhechora del Dios en un santuario o su templo vivo que busca al que necesita de Dios porque trasparente su misericordia activa?

Marcos no expone el mensaje de Jesús en un discurso inicial, como lo hacen Mateo y Lucas. Él, en cambio, en la primera presentación que hace de la misión de Jesús, condensa lo que va a explicar a lo largo de su evangelio.

Sucede en un sábado, que podemos llamar sábado de gloria: Jesús comenzó a hablar en la sinagoga (se entiende que era la primera vez que lo hacía) y la gente se percató de la autoridad con que hablaba ya que no hablaba como los maestros de la ley, con autoridades, sino apodícticamente, y su palabra desnudaba la realidad, llegaba hasta lo más hondo de sus corazones y revelaba la voluntad situada de Dios; luego sanó a un endemoniado liberándolo y mostrando así la envergadura de la autoridad de su palabra que también tenía poder para liberar de las fuerzas inhumanas que alienan a los seres humanos; al salir de la sinagoga curó a la suegra de Pedro acercándose a ella; y, al acabar el descanso sabático, curó con la plenitud de su humanidad a todos los enfermos que le presentaron. Después de tantos acontecimientos novedosos, auténtico evangelio trascendente, no sólo para la gente sino igualmente para él, Jesús sintió la necesidad de retirarse a un lugar solitario para resonar ante su Padre, ya que también él, y mucho más íntimamente que sus paisanos, había experimentado de modo nuevo el paso de Dios a través de él proclamando su Palabra, desalienando y sanando.

Estando en ese lugar despoblado, llegaron donde él pidiéndole que regresara a la ciudad porque todos lo buscaban. Si aceptaba su propuesta, la casa de Pedro se habría convertido en un santuario y todos habrían acudido a él, convidados por los que lo habían visto y oído y habían recibido sus favores y estaban admirados y sobrecogidos por el peso saludable de su autoridad.

Pero Jesús no acepta esa propuesta y discierne que es él quien, como templo vivo de Dios, debe buscar a la gente, porque eso forma parte de la

iniciativa de Dios a través de él⁸². En él se ha revelado la humanidad de Dios, la urgencia de su misericordia que no conoce descanso porque su alegría está en salvar lo que estaba perdido.

Vivir una existencia itinerante⁸³ buscando a todos adonde los tenía postrados su miseria física o su conciencia de indignidad era también consecuencia de su mesianismo asuntivo; pero, cuando le presentaron la alternativa, tuvo que decidir y, por tanto, discernirlo. En efecto, tras el sábado de gloria que narra Marcos como epítome de lo que sería toda su vida, Jesús se retira a un despoblado y no acepta el reclamo de los que le piden que regrese sino que los invita a seguirlo a proclamar el evangelio por los demás pueblos.

En el mundo de entonces, no sólo en Palestina sino en el helenismo la figura del santuario estaba muy arraigada: en un lugar donde se había manifestado la divinidad obrando a favor de los seres humanos se levantaba un santuario al que acudían los devotos llevando ofrendas y presentando sus peticiones, que, una vez concedidas, suscitaban la afluencia de nuevos devotos, contagiados por los anteriores. Así sigue sucediendo el día de hoy. Más en general, parece congruente y por eso propio del ser humano, que tiene conciencia de sí, el que el peticionario vaya donde el dador y le ofrezca algún don o, al menos, le rinda pleitesía y le pida encarecidamente lo que necesita, apelando a su excelencia humana.

Por eso, el que Jesús, portador del sí incondicional de Dios, su Padre, vaya a comunicárnoslo, más aún a decirnos que sí concretamente, de manera que en su sí gratuito vaya incluido el sí de su Padre, parece excesivo. La exclamación que pone el evangelista en boca de Isabel, la mamá de Juan, cuando ve entrar a su casa a María que viene a ayudarla, está muy puesta en razón, pero se aplica infinitamente más tratándose del desplazamiento de Jesús buscando a cada uno, a cada grupo, al pueblo abatido o a los tenidos como pecadores y por eso tenidos por ellos mismos como casos perdidos: “¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?” ¿Cómo es posible que el enviado definitivo de Dios sea el que venga a buscarme a mí, a sacarme de mi postración, a ponerme a valer con su compañía, con su palabra de vida y con sus gestos liberadores?

Sin embargo, Jesús lo hacía tan discreta y horizontalmente, de un modo tan transitivo, ocupado sólo del otro, que todos se sentían muy contentos, pero

⁸² “Ha renunciado a situarse en el punto central y a ejercer así poder religioso, que es seguramente la forma más corrosiva y más peligrosa del poder” (Lohfink, *Jesús de Nazaret*. Herder, Barcelona 2013, 387-388)

⁸³ Vidal insiste en que la itinerancia forma parte de la exigencia de la misión (oc 155-159). Schlosser pinta un cuadro un tanto abigarrado, que no nos parece demasiado componible con el Jesús recordado desde la fe por los evangelistas, aunque convenimos con él en que la normalidad no puede ser el parámetro para acercarnos a su figura (oc 96-104)

no abrumados por una disponibilidad tan desmedida. No parecía desmedida porque se captaba que él era así, que le salía del alma, que se sentía contento de hacerlo.

El enviado de Dios da vida y humanidad pero sorpresivamente también necesita recibirlas

Esta decisión de buscar a la oveja perdida y para hacerlo a tiempo completo vivir en la itinerancia tuvo hondas consecuencias ya que determinó su modo de vida. En efecto, habiendo dejado su oficio y su familia, y no aceptando confinarse en un ámbito sacralizado donde acudiría la gente con sus ofrendas, se convertía en uno de los que no tenían dónde reclinar la cabeza (Lc 9,57-58). Por eso andaba constantemente con ellos: vivían en un mismo ámbito y ellos captaban que él vivía para ellos.

Eso implicaba que su vida tomaría la forma de la reciprocidad de dones: él, sin duda, daba todo, es decir, como no tenía cosas, daba de sí hasta darse a sí mismo y en su entrega hacía presente la misericordia gratuita del Padre; pero, a su vez, él, como no tenía nada, tenía que recibir cada día todo: comida y alojamiento⁸⁴. Por eso instauró un modo de convivir signado por la reciprocidad de dones.

Estimó tanto a la gente necesitada, la valoró tanto, apreció tanto sus capacidades, que no quiso darles desde arriba, desde la autosuficiencia de la instalación, que los confirmaba en su minoridad, en que eran los que no sólo no tenían ni sabían sino que no podían ni valían y, por eso, no daban más que para una existencia dependiente. Eso hacían en tiempo de Jesús y siguen haciendo hoy muchos que se hacen llamar bienhechores y que incluso creen que lo son y que les tienen que estar agradecidos los perpetuamente menores, mantenidos por ellos en vida y en minoridad.

Al contrario de ellos, Jesús se hizo uno de esos necesitados para no darles desde arriba sino horizontalmente y para que, a la vez que les daba y se daba él mismo por completo, también se ponía en sus manos porque, al vivir completamente para ellos, al gastar en ellos todas sus energías, necesitaba que ellos le dieran comida y alojamiento, compartiendo con él su pobreza. Aunque también aceptaba el hospedaje de los que tenían, pero se abrían a su perspectiva y la secundaban. En los evangelios quedan numerosas huellas de esta actitud de Jesús de pedir y de aceptar lo que otros le dan: “Dame de beber” (Jn 4,7), pide a la mujer samaritana y a Zaqueo: baja que hoy tengo que hospedarme en tu casa

⁸⁴ Sanders describe ese modo de vida pero no tematiza el sentido ni la trascendencia: “Probablemente, Jesús llevó una vida empobrecida y sin hogar durante el tiempo de su actividad pública, pero a veces él y los demás debieron de recibir refugio y camas, especialmente si viajaban en invierno” (oc 134)

(Lc 19,5) y “entrando en un pueblo, una mujer de nombre Marta lo recibió en su casa” (Lc 10,38) y al ver que iba camino de Jerusalén los de una aldea samaritana no lo quisieron recibir y él se fue a otra aldea (Lc 9,53-55).

¿Cuál es la raíz de esta reciprocidad de dones? Su confianza absoluta en su Padre. Cuando les decía a los que no tenían dónde caerse muertos que no se preocuparan por la comida o el vestido porque su Padre del cielo ya sabe sus necesidades y ellos son más importantes para él que las aves del cielo a quienes alimenta o los lirios del campo a quienes viste, ellos estaban dispuestos a creerle porque sabían que tampoco él tenía nada y vivía con una gran paz y se la pasaba enriqueciendo a otros, precisamente a ellos, con su pobreza. Vivir de la fe en su Padre cuando al salir a la misión no tenía dónde reclinar la cabeza, es la historización de la victoria de la primera tentación. No necesita convertir las piedras en panes porque vive de fe (Mt 4,3-4).

Ahora bien, el que, fiado en su Padre, se dedica a hacer presente esa paternidad providente de Dios, acepta agradecidamente el don de aquellos a los que ha enriquecido con el evangelio de que Dios se cuida de ellos y lo historiza cuidando él de ellos como Hijo suyo. Y así nos enseña que el que vive en las manos de Dios, vive en las manos de los que viven en las manos de Dios.

Ésta sería la forma societaria que adquiriría el reinado de Dios. En este sentido los misioneros itinerantes que él envió eran “signos de la nueva familia de Dios en la que debía transformarse el pueblo de Israel”⁸⁵; el embrión de un mundo en el que rige la fraternidad de las hijas e hijos de Dios⁸⁶. La inspiración y el horizonte trascendente de este modo de vida es la comunidad divina en la que la relación es lo sustantivo: la que a la vez que pone la diferencia la mantiene unida.

Vivir trabajando para no ser cargoso a nadie y ayudarse unos a otros a llevar las cargas

En las comunidades neotestamentarias aparecen dos modelos. El primero es el de la comunidad de Jerusalén (Hch 2,42-47;4,32-37) en el que los que tenían posesiones las vendían, hacían un pote común y todos vivían de él. El segundo es el que vive y propone Pablo en el que la responsabilidad de unos por otros se edificaba sobre la asunción de la propia responsabilidad (Gal 6,5.2).

Creemos que, a pesar de que se ha glorificado el primero y silenciado el segundo, éste y no el primero es el equivalente de lo que hizo Jesús. La razón es que el primero es un modelo rentista, ya que los dueños entregan sus posesiones

⁸⁵ Vidal oc 164; además 174-175

⁸⁶ Lohfink, oc 391-393

y los demás viven de ese fondo. Nadie vive del trabajo en el que se expresa el don mutuo. En el modelo de Pablo se corta de raíz el parasitismo, ya que cada quien trabaja para vivir⁸⁷; pero complementariamente el fruto del trabajo se convierte en don para el necesitado.

Es el equivalente porque Jesús, siguiendo el ejemplo de su Padre, se la pasa trabajando (Jn 5,17): haciendo presente el reinado. Los que lo reciben están tan agradecidos que, en señal de fraternidad, le dan su hospitalidad. De hecho, cuando en la comunidad de Jerusalén se les acabó el fondo común, fueron las comunidades de Pablo quienes los socorrieron.

Y por eso se distinguieron en el judaísmo, en el helenismo y en el imperio romano las comunidades cristianas de los primeros siglos. Esa solidaridad capilar de los trabajadores fue la seguridad social de las comunidades cristianas.

Eso que hizo Jesús, volvieron a hacer las comunidades cristianas reformadas, es decir, las que dejaban el establecimiento de la cristiandad para seguir a Jesús de Nazaret, por ejemplo, los mendicantes y san Ignacio y santa Teresa, que prescribieron que no podían vivir de rentas ni, en el caso de Ignacio, cobrar por los ministerios sino contentarse siempre con recibir lo que les den.

Una asignatura pendiente para el cristianismo establecido de toda la historia.

La trascendencia de la reciprocidad de dones es que constituye la alternativa superadora, tanto del intercambio comercial en el que cada quien busca su propio provecho como de posturas tendencialmente autárquicas como la *aurea mediocritas* tan alabada por la antigüedad grecolatina y practicada por personas exquisitas de todos los tiempos. El intercambio comercial, practicado sistemáticamente y, por tanto, con la mayor amplitud posible es la gran invención de la modernidad como superación de la posesión patrimonial o en base a la fuerza militar o por servicios a los grandes. Es una verdadera superación porque, al menos en teoría y, a veces, también en la realidad, sobre todo en pequeña escala entre relativamente iguales, vende y gana más quien puede ofertar mejores productos a más bajo precio, por ser más capaz de producir mejores mercancías y con menores costos. Como satisface necesidades y deseos de los demás, es recompensado por ellos. Hay, indudablemente, una respectividad positiva: la del que mira producir con más calidad y a más bajo

⁸⁷ En el primer escrito del NT dice Pablo: "Pongan todo su empeño en atender a sus asuntos y trabajar con sus propias manos"; "reprendan a los que no quieren trabajar" (1Tes 4,11;5,14)). Y en la segunda carta a esa comunidad, después de explicar su propio ejemplo y ante las noticias de que gente de la comunidad estaban muy atareados en no hacer nada, asienta esta frase lapidaria: "El que no trabaje, que no coma" (2Tes 3,19)

costo lo que los demás demandan. No se puede dudar que es un modo de relación y apropiación superior a los anteriores. De tal manera que, si se conservara en toda su pureza (cada quien trata de producir con mayor calidad y menores costos por servir mejor a la sociedad de la que forma parte) en alguna medida contendría el principio de la reciprocidad de dones, ya que no tiene dinero para comprar quien no aporta algo a los demás. Los productos se pagan, ciertamente, pero, conservan su carácter de respectividad positiva.

Hasta dónde llega la reciprocidad de dones

Esta reciprocidad de dones no sólo se extiende, como hemos analizado hasta ahora, a abrirse a recibir la comida y el alojamiento. También recibe la protección. Por eso los evangelios insisten que las autoridades judías habían decidido dar muerte a Jesús después de la Pascua, es decir, después que se hubieran marchado los peregrinos, sobre todo galileos, para evitar un motín (Mc 12,12; Lc 19,48; 20,19; 22,2). Así pues, esas multitudes, que lo seguían y escuchaban como a enviado de Dios, fueron el escudo de Jesús frente a las autoridades hostiles, y por eso lo aprehendieron en el silencio de la noche, por la traición de uno de los suyos, y cuando a la mañana siguiente entraban los peregrinos en la ciudad, ya lo sacaban a crucificar. Ante los soldados romanos no pudieron hacer nada, pero acompañaron a Jesús solidariamente y regresaron dándose golpes de pecho como expresión de protesta y rabia (Lc 23,48)⁸⁸, como todavía hacen los semitas. Esto es muchísimo.

Pero todavía hay más. Se extiende, aunque nos parezca inverosímil, a aspectos esenciales de su propia misión. Vamos a poner dos ejemplos. Una mujer llamada Marta, ya nos hemos referido a ella, lo recibió en su casa. Pues bien, en esa ocasión su hermana María, sentada a los pies de Jesús, escuchaba sus palabras. *A los pies de* es la expresión técnica que designa la actitud del discípulo (cf. Hc 22,3). Por eso, Marta, que desearía asumir también ese papel, pero que sabe que les está negado a las mujeres, le pide a Jesús que le diga a su hermana que asuma el que le corresponde, que es ayudar a preparar la comida y atender al huésped. Jesús le responde que ella es la que ha asumido ese papel, realmente inédito, no sólo en el judaísmo sino también en la cultura helenística, y que él no se lo va a negar (Lc 10,38-42). Así pues, la existencia de discípulas no es una invención de Jesús, pero él las acepta y así legaliza ese estatus, desconocido hasta entonces. Como se echa de ver, es un caso, verdaderamente sorprendente, de relación mutua, en la que la iniciativa la tiene, no Jesús sino la

⁸⁸ Los que piden la muerte de Jesús, si se sostiene que ese episodio es histórico, son los subordinados de la aristocracia sacerdotal que trabajaban en el templo (Jn 19,6)

mujer, y Jesús acepta la relación que ella entabla. Y, como vemos, se refiere a un aspecto medular de su misión.

El otro caso no es menos sorprendente. Jesús recrimina a las autoridades hasta el punto que casi de hecho ha roto con ellas. Por eso se retira al extranjero. Allí quiere pasar desapercibido; pero una mujer siria de religión cananea, al reconocerlo, le pide a gritos que cure a su hija que yace atormentada por un mal espíritu. Jesús quisiera acceder a sus ruegos; pero piensa que su Padre lo ha enviado sólo a las ovejas descarriadas de Israel. Por eso, para acabar con una situación que le hace sufrir, le dice que no es bueno quitar el pan a los hijos para que lo coman los perritos. Ella le responde que tiene razón, que ella no es, en comparación con los miembros del pueblo de Dios, sino un pobre perrito casero. Pero que, por serlo, también tiene derecho a las migajas que se caen de la mesa donde comen los hijos. Como se ve, la mujer le hace ver, apoyándose en sus palabras, que también a los paganos les toca algo de su ministerio, caracterizado por la largueza, la sobreabundancia, de misericordia. Jesús se queda admirado de su respuesta y, convencido de que tiene razón y de que, por tanto, su ministerio también toca, por sobreabundancia, a los paganos, cura a su hija (Mc 7,24-30). Como se ve, Jesús recibe una luz decisiva sobre el radio de acción de su ministerio de una mujer pagana. Una reciprocidad de dones casi escandalosa, que indica hasta dónde llega la humanidad de Jesús.

NO UTILIZÓ EL LENGUAJE FORMALIZADO DE LA LEY Y EL CULTO SINO EL CONCRETO DE LA VIDA; PERO AL REFERIRSE AL MUNDO HABITUAL, RESALTABA MÁS LA NOVEDAD DE LO QUE PROPONÍA

Si el ámbito del reinado es la vida, el lenguaje que lo denota es el de la vida

Parece que tampoco tuvo que discernir no usar el lenguaje altísimamente formalizado de los maestros de la ley ni el lenguaje ritual de los sacerdotes. Ninguno de los dos era su lenguaje, y además usar el lenguaje de la vida se desprendía, como cosa lógica, del contenido de la buena nueva, ya que el reinado consistía en relaciones personalizadoras, tanto con Papadios como con los seres humanos, relaciones que acontecían en la vida histórica⁸⁹.

Jesús aparece como una persona que tiene algo vital que decir y que goza trasmitiéndolo de la manera más comprensible y atractiva. Era, en verdad, un maestro versado en los secretos del Reino, que los expone con sabiduría realmente trascendente. Hablaba con maestría, pero no la maestría de escuela

⁸⁹ "La parábola es una metáfora extraída de la realidad de la naturaleza o de la vida diaria y gracias a este rasgo percibimos mucho mejor el perfil laico y cotidiano del Jesús narrador" (Navarro, Marcos, oc 149)

sino la capacidad expresiva de alguien supremamente humano, de alguien para el que comunicarse fehacientemente formaba parte ineludible de su identidad, tanto la identidad de la Palabra viva de Dios como la de Hermano de todos, ambas, las dos caras de una misma moneda porque la Palabra de Dios es Palabra de vida, palabra creadora, recreadora, rehabilitadora, sanadora, salvadora⁹⁰, y todos esos son también armónicos de una actitud fraterna.

Por esta razón su palabra no es la de los líderes mesiánicos en sentido sociológico (Weber), ya que éstos encantan, embrujan, sugestionan, ilusionan; y, por tanto, encubren la realidad, recubriéndola con quimeras, y despersonalizan. La prueba más clara que aportan los evangelios de ese cariz de la palabra de Jesús, dirigida a la realidad y personalizadora, estriba en que durante los días que precedieron a su arresto, Jesús se la pasó hablando en el templo a miles de peregrinos y, sin embargo, las fuerzas de ocupación, que vigilaban desde la torre Antonia con gran suspicacia esos días de aglomeraciones, propicios a contagios de masas que podían llegar a ser explosivos y difícilmente controlables, no percibieron que Jesús agitaba, que ponía a las masas en un estado anímico incandescente, sino que por el contrario, las llevaba a interiorizarse y a conversar palabras de peso. Por eso el arresto de Jesús fue un asunto exclusivamente judío y más en concreto de la aristocracia sacerdotal.

El lenguaje cotidiano y la referencia al mundo de vida habitual sirven para hacer presente lo que nunca sucede y carece de sentido, pero que lo tiene y pleno en el tiempo del reinado al que invita a entrar

Pero ese lenguaje de la vida no denotaba la normalidad. Por el contrario, el lenguaje cotidiano que hablaba Jesús ponía en entredicho la normalidad, más aún, parecía contradecirla. Todos entendían su lenguaje, pero, precisamente por eso, captaban que lo que trasmitía no acontecía en su experiencia⁹¹. Así los

⁹⁰ Por eso Jesús echa la Palabra en la tierra humana y, como dice la parábola de la semilla que crece sola, espera confiadamente: “la pasividad del sembrador se entiende de forma positiva, como confianza en la semilla y en la tierra, confianza a priori en el misterio del proceso que pide ser contemplado, más que analizado y controlado” (Navarro oc 160)

⁹¹ “Sucede todos los días que un dueño contrata a parados para recoger su cosecha (Mt 20:1 y ss.), que un conflicto enfrente a un padre con su hijo (Lc15:11 y ss.), o que un propietario tenga problema con sus labradores (Mc 12:1 y ss.). Pero súbitamente, en lugar de una escena clásica que el oyente puede prever, una iniciativa rompe el desarrollo previsto: el padre o el dueño o el propietario hacen lo contrario de lo que podría esperarse. La justicia indicaría que los obreros de la hora undécima sean pagados por prorrateo del tiempo trabajado. El derecho establecería que el hijo pródigo fuese dejado en la puerta de la casa familiar. La prudencia exigiría que el propietario no enviara a su hijo a unos labradores malvados después que sus siervos hubieran sido ultrajados. Pero he aquí que sucede lo contrario (..) Con sus personajes que no actúan ni según las conveniencias, ni según la justicia, ni según la prudencia, la parábola extravagante pone en crisis la realidad cotidiana. Pero, al ponerla en crisis, hace surgir nuevas posibilidades: el dueño

obligaba a echarle cabeza, a preguntarse qué quería decir, a abrirse a la posibilidad inédita que connotaba o a cerrarse en lo habitual absolutizado. Navarro lo formaliza del siguiente modo: “En toda la secuencia el narrador muestra la dimensión explícitamente sapiencial de Jesús y ofrece claves de comprensión a partir de la desfamiliarización”⁹².

Vamos a poner algunos ejemplos de sus sentencias: ¡Ay de ustedes los ricos porque ya tienen su consuelo!; cuando des un banquete no invites a los que pueden corresponderte sino a los pobres que no tienen con qué retribuirte (Lc 14,12-14); las prostitutas los precederán en el Reino (Mt 21,31); no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores (Mc 2,17); el que quiera ser el primero que se haga el último (Mc 10,43); no se preocupen por la comida ni por el vestido (Lc 12,22); el ser humano no ha sido hecho para el sábado sino el sábado para el ser humano (Mc 2,27); la viuda que echó la que menos en la alcancía del templo fue la que más echó (Mc 12,43); o, después de afirmar el hecho obvio de que de las zarzas no se cosechan higos, añadir: el árbol se conoce por el fruto (Mt 7,16-20).

Éstas y muchísimas otras sentencias, son en sí paradójicas y sólo pueden aceptarse por la novedad absoluta que abre el tiempo del Reino⁹³, que viene como reinado, como oportunidad salvífica y, por ende, como posibilidad antropológica inédita y tan cualitativamente superior a lo dado que, si no se captaba que se estaba instaurando el horizonte de la consumación, parecía una locura o un sueño irrealizable.

Lo mismo podríamos decir de las parábolas: en la fiesta del Padre no entra el hijo que no desobedeció nunca una orden suya y, en cambio, se sentó a la mesa el que malgastó su fortuna (Lc 15,22-32); subiendo a orar al templo un cumplidor intachable de la ley y uno tenido como pecador público, éste bajó justificado y aquél no (Lc 18,10-14); el sembrador esparce su semilla, no sólo en tierra buena sino en el camino y entre piedras y espinos (Mc 4,3-8); el agricultor consigue que el dueño de la finca no corte la higuera estéril sino que le permita cuidarla un año más con la esperanza de que dará por fin fruto (Lc 13,6-9); el dueño que contrata jornaleros le paga lo mismo al que trabajó sólo una hora que el que cargó el peso del día y del bochorno (Mt 20,10); la mujer mete la levadura en tres medidas de harina, es decir, en cuarenta y ocho kilos

de los labradores malvados rompe el círculo maldito de la violencia; el dueño de los obreros de la undécima hora, en un mundo regulado por la justicia, hace nacer el hecho del amor; el padre del hijo pródigo restaura la posibilidad de esperar cuando el hombre ha agotado todos sus derechos.” (Marguerat, *El hombre que vino de Nazaret*. Gayata Ediciones, Barcelona 1996,33-34)

⁹² Oc 149

⁹³ Lohfink, *Jesús de Nazaret*. Herder, Barcelona 2013,205-206

aproximadamente; el rey le perdona al empleado suyo diez mil talentos, o sea como doscientos cincuenta mil kilos de oro...

Son ejemplos no sólo de lo que no se hace sino de lo que, desde la lógica establecida, parece que no se debe hacer. Jesús invita a pasar a otra lógica, que es la del Dios de la alianza incondicional y eterna, que él revela con su conducta, revulsiva para los establecidos y consoladora y esperanzadora para los empobrecidos y excluidos como pecadores públicos, que en parte coincidían.

Él con su lenguaje ponía patas arriba la realidad. Pero es que lo que se presentaba como realidad no era sino el orden establecido que violentaba a la realidad, que la tenía patas arriba. Pero desde una sensibilidad moldeada por el orden establecido, naturalizado como realidad e incluso sacralizado como la realidad querida por Dios, lo que presentaba Jesús tan gráficamente parecía subversivo y lo era literalmente⁹⁴. Para los establecidos Jesús era un terrorista verbal; pero el pueblo, el perdedor en ese orden, disfrutaba escuchándolo (Mc 12,37) porque le mostraba una posibilidad alternativa que los llenaba de esperanza⁹⁵.

Vamos a explicar los ejemplos de las sentencias desde la lógica del reinado de Dios: Jesús se lamenta de la suerte de los ricos porque, como ya tienen su consuelo, no acuden al que da Dios al asumirnos como hijos en su Hijo único Jesús. Por vivir consolados con lo que no es capaz de llenar el corazón humano, se pierden la dicha infinita de vivir como hijos de Dios.

Quien al dar un banquete invita sólo a quienes pueden corresponderle, cuando lo invitan a su vez a él, ya queda pagado; en cambio, si invita gratuitamente, es decir, a quienes no pueden invitarlo a él, será el Padre el que lo siente a la mesa de su reino. Es una pena que se pierdan esa ocasión eterna.

Las prostitutas les precederán en el Reino porque al aceptar con agradecimiento y alegría la acogida gratuita de Jesús, están aceptando ya la invitación gratuita del Padre. Lo mismo podemos decir de los pecadores: al tener conciencia de su necesidad de ser acogidos por Dios, se alegran de que Jesús les certifique con su acogida que él se ha adelantado a perdonarlos; en cambio, los justos, como se creen con derecho, no acuden al encuentro con Jesús y así se privan de ser aceptados por Dios como Padre.

Para Jesús tiene sentido que los discípulos se esfuercen por ser los primeros; lo que él critica es el método: la competencia, que llega hasta la

⁹⁴ "Las parábolas son cuestionantes y polémicas (...) el reino de Dios no es como lo piensan sus oyentes" y, citando a Segundo, concluye que las parábolas son "un mecanismo desideologizador y concientizador" (Sobrino, oc 136)

⁹⁵ Id 136-139

rivalidad; si quieren ser los primeros en el reino, tienen que ser los sirvientes de todos, como Dios que sirve a todos constante y gratuitamente y no puede ser servido por nadie.

Si no saben que tienen un Padre que cuida de ustedes, la preocupación absorbe gran parte de sus energías y no les quedan para ocuparse provechosamente; en cambio, si están en manos de Dios, tienen paz y pueden emplear todas sus energías en hacer la obra de su Padre, como verdaderos hijos suyos.

Las prescripciones de la religión no son las que le ponen a valer al ser humano, sino que son caminos para que el ser humano se humanice; así pues, el ser humano es el fin y la religión el medio⁹⁶.

La viuda es la que más ha echado porque Dios no ve la cantidad (a Dios ¿qué le importa el oro?) sino la relación entre lo que se echa y lo que se tiene, o, de otro modo, la significación vital de lo que se da. Los que sólo dan de lo que les sobra, no les significa mucho darlo, pero la que da todo lo que tiene se está dando a sí misma, se está poniendo en manos de Dios confiando que él se cuida de ella como ella se entrega a él⁹⁷.

Al decir que de una zarza no se cosechan higos, está exponiendo la ideología dominante en una sociedad integrada que tiene encasillado a cada quien y que no espera nada bueno de quien cree que es malo; en cambio, al decir que a los árboles los conoceremos por sus frutos, está expresando que para Dios y para él, todos estamos abiertos y todos tenemos remedio y que, en concreto, todos están llamados a esta entrada en la intimidad de Dios a través de la fraternidad, que acontece en ese momento, de su Hijo Jesús, a la que cada quien tiene que responder.

Por eso insiste Sobrino que la parábola es un relato “cuyo significado permanece en suspenso hasta que el oyente se decida; no admite neutralidad, sino que exige decisión”⁹⁸. Kasper explica que las parábolas no son un “mero instrumento para visualizar una doctrina independiente de ellas. Se trata manifiestamente de la única forma adecuada para hablar del reinado de Dios. En las parábolas el reinado de Dios se expresa como parábola. Pues el reinado de

⁹⁶ Así lo explica Schillebeeckx: “Jesús vuelve a hacer del sábado lo que Dios quiso que fuera: un don de Dios al hombre, y no una carga que unos hombres imponen a otros sin cumplir ellos mismos el sentido de la ley” (oc 218). Schlosser lo explica en los términos del reino: “Jesús habría sido conducido por su mensaje escatológico y por su sentido de Dios: ha llegado el tiempo en que Dios manifestará decididamente su bondad y esta bondad no puede verse impedida por las trabas de una legislación que se olvida del bien del hombre. El sábado es un don de la benevolencia de Dios y tiene que ser observado, por consiguiente, dentro del respeto a esta característica fundamental” (oc 171)

⁹⁷ Navarro oc 449-455; Lohfink, oc 364-367

⁹⁸ (oc 136)

Dios es una realidad oculta. Sin embargo, a diferencia de lo que creían los apocalípticos, no está escondida en lo más allá del cielo, sino aquí y ahora, en un presente sumamente cotidiano en el que nadie se percató de lo que en él está aconteciendo”⁹⁹.

Para entender el lenguaje del reino, tenemos que tener en cuenta que lo más paradójico viene dado por la gratuidad; ella constituye lo más exigente e inasimilable, pero también lo más agraciador y humanizante, y, como marca de Dios, lo superabundante que excede cualquier medida¹⁰⁰. “¿Se pasó de la raya Jesús al insistir de forma unilateral en la bondad de Dios? A juicio de J. Klausner se da allí efectivamente ‘un elemento que el judaísmo podía difícilmente aceptar’, y la insistencia con que Jesús defiende a ‘su’ Dios en varias de sus parábolas podría muy bien confirmar esta opinión”¹⁰¹.

Las parábolas no definen el reino de Dios sino que “cuentan lo que sucede en el *encuentro* con él (...) Caracterizan así el reino de Dios no como una realidad que esté ahí, delimitada y estática, sino como un acontecimiento que despliega su energía transformadora precisamente cuando se entra en su campo de fuerza. Ésa es la razón de que todas las parábolas sean, en definitiva, invitaciones a *acoger* ese acontecimiento y a ingresar dentro de su ámbito (...) Y eso implica que el acontecimiento del reino de Dios provoca una *crisis*. Crisis que narran con gran viveza algunos relatos parabólicos en los que aparece como figura de contraste la persona que se cree justa y que, en ocasiones, protesta enfadada, como es el caso de los trabajadores de la primera hora de la parábola de los trabajadores de la viña (Mt 20,1-16), o el del hijo mayor en la parábola del padre y los dos hijos (Lc 15,11-32). Dentro de este contexto hay que enmarcar el tono de *advertencia* y de amenaza en muchas parábolas, que intentaban así realzar la seriedad del momento y provocar la acogida inaplazable del acontecimiento salvífico presente”¹⁰².

Para nosotros este acontecimiento es la relación de Jesús con aquellos a los que les proponía las parábolas, relación que hace presente la acogida incondicional de su Padre. “Jesús asegura que en su mensaje, ahora mismo, al contar esta parábola, el reino de Dios –y, por tanto, el Dios *vivo*– llega a los oyentes de sus historias. Si esto no ocurre, todo carece de sentido”. Por eso, “el que quiera entender a Jesús, no puede observarlo desde la distancia, en actitud de reserva, para decidir luego si lo acepta o no. Jesús, con su parábola, entra directamente en nuestro mundo y se abre sólo al que acoge como don el

⁹⁹ Oc 122

¹⁰⁰ Id 394-404; “Para justificar su propia actitud con los pecadores, aparentemente escandalosa para sus contemporáneos, no vacila en recurrir a expresiones paradójicas” (Schlosser, oc 154; ver explicación)

¹⁰¹ Oc,155

¹⁰² Vidal oc 86-87; además 126,131-135

encuentro con él, de forma que ese encuentro pueda cambiar su vida”. En este sentido Jesús se constituyó en la parábola viva de Dios¹⁰³. “Se nos convierte con su narración en la parábola viva de Dios cuando empezamos a vivir a la luz de estas historias y a oírlas desde dentro”¹⁰⁴.

¿Lenguaje codificado porque denota a la religión como mundo aparte, lenguaje adaptado porque denota meras posibilidades del establecimiento o lenguaje de la vida histórica desde el horizonte del reinado de Dios que hizo presente Jesús?

En todas las reformas cristianas, cuando no fueron disciplinares sino evangélicas, se ha regresado a este lenguaje¹⁰⁵; pero una y otra vez se ha recaído en el lenguaje formalizado de las doctrinas y el culto, que revela la separación de la institución eclesiástica respecto del resto del pueblo de Dios, una separación antievangélica, que, según Rosmini, constituye la primera de las llagas por las que se desangra la Iglesia.

Por eso, refiriéndonos a los contenidos, los aforismos han sido considerados frecuentemente por la institución eclesiástica como exhortaciones muy meritorias, pero supererogatorias, y las parábolas han sido domesticadas y, más en general, se han orillado estos contenidos jesuánicos, sustituyéndolos por la doctrina cristiana, en la que desempeñan el papel subordinado de *dicta probantia*, dichos para probar con su autoridad lo que se ha establecido sin ellos y por eso ordinariamente al descontextuarlos se los extrapola dándoles otro sentido.

Por eso se impone la pregunta de si discernio en mi situación la lógica del reinado de Dios y, más todavía, si entro por ella en la realidad de la vida histórica. Si queremos ser cristianos consecuentes, tenemos que preguntarnos si nos dejamos confrontar por ella o estamos presos de la normalidad vigente y tememos desafiarla. ¿Me atrevo a llamar las cosas por su nombre o me transo con la opinión vigente?

¹⁰³ Sin mencionar esta expresión, Schlosser hace ver su significado desde el análisis de la expresión jesuánica *amén*, que “no sirve para ratificar la palabra de otro, sino para poner de relieve la propia palabra”. “El alcance de este hecho no es difícil de captar. Así, mientras que ignora por completo la ‘fórmula del mensajero’, tan característica de los profetas (‘así habla el Señor’), Jesús emplea con decisión una expresión fija que pone de relieve la autoridad no derivada de su propia palabra. El que habla de este modo no se presenta como un simple profeta o como un sabio o como un maestro tradicional” (oc 188,189)

¹⁰⁴ Schweizer, *Jesús, parábola de Dios*. Sígueme, Salamanca 2001,53. Acorde con el sentido y la función de las parábolas respecto del reino de Dios que hace presente Jesús, Schweizer explica muy convincentemente el sentido de las parábolas desentrañando una de un solo versículo (Lc 13,21): la de la mujer mete levadura en tres medidas de harina hasta que fermenta toda la masa (oc 42-48)

¹⁰⁵ “La Pascua y sus excesos, su cambio o ruptura de nivel ha de vivirse ya en la cotidianidad, pues ahí es donde la vive y la propone Jesús” (Navarro oc 163, ver la explicación)

Y, sobre todo, la pregunta decisiva: ¿me atrevo, como Jesús, a ser una parábola viviente del reinado de Dios? El precio inevitable es ser una bandera discutida, a pesar de huir de todo personalismo, sólo por proclamar situadamente el reinado de Dios con el lenguaje que le es propio.

Es claro que la alegría que está despertando el papa Francisco, no sólo entre los cristianos sino en todo el mundo tiene que ver, tanto con que habla el lenguaje de la vida que todos entienden y no el lenguaje cifrado de los eclesiásticos, como que lo emplea para proclamar la buena nueva de ese Dios de Jesús que acontece hoy como gracia, que sigue poniendo patas arriba las convenciones y las reglas de juego de este orden tan desigual e inhumano y que sigue proponiendo una verdadera novedad humanizadora; y, como en el tiempo de Jesús, así se explica también el desconcierto y el recelo de los eclesiásticos que habían sacralizado su andamiaje y a ellos mismos en él, y se resisten a relativizarlo y a abrirse al evangelio.

AL VIVIR EL TIEMPO DEL REINADO QUEDABAN CANCELADAS LAS PRESCRIPCIONES RELIGIOSAS, PROPIAS DE LA PREPARACIÓN

A vino nuevo, odres nuevos

Un discernimiento de hondas repercusiones y que, a la vez, dejaba claro la conciencia que tenía de su persona y del tiempo que estaba abriendo para sí y para el pueblo de Dios es el de dar por canceladas las prescripciones religiosas, ejemplificadas en el ayuno, alegando que no se puede ayunar cuando el novio está presente, es decir, cuando se celebra la boda (Mc 2,19).

La boda, retoma el símbolo de Oseas que prosiguieron Jeremías y Ezequiel, para caracterizar la consumación de la alianza. Dios sería el novio e Israel la novia. La novia ha sido infiel y Dios se vuelve a ella para enamorarla de nuevo y desposarse para siempre en ternura y fidelidad, de manera que Israel llegue a conocer realmente a Dios (Os 2,21-22), es decir, a tener con él una relación íntima que lo recree y constituya.

Pues bien, para Jesús ese tiempo ha llegado y ha llegado precisamente con él, que es el novio por el que Dios se desposa con su pueblo¹⁰⁶. Obviamente que Jesús no sustituye a Dios sino que lo representa, en el sentido literal de que lo hace realmente presente: es su presencia viva humanizada. La realización de

¹⁰⁶ Por convergencia de fuentes podemos estar razonablemente seguros de que, en efecto, él se caracterizó de este modo a sí mismo ya que así fue recordado por diversas comunidades: además de la de Marcos, la fuente propia de Mateo (22,2; 25,1), la de la comunidad del discípulo amado (Jn 3,29) y la de Pablo (Ef 5,31-32)

la alianza es una época festiva, de consumación. Ya no tiene sentido el ayuno, que expresaba su lejanía, la añoranza de su presencia y la autolimitación de la libertad para que se ejercite toda en lo que Dios quiere y como Dios quiere. El caso del ayuno lo amplía al resto de las prescripciones, al asentar que, “a vino nuevo, odres nuevos” (Mc 2,22): el nuevo tiempo pide observancias nuevas que le cuadren. Empeñarse en seguir con lo viejo es no reconocer lo nuevo o reducirlo a lo antiguo. Por eso, el otro dicho de que “la ley y los profetas llegan hasta Juan; desde entonces se anuncia el reino de Dios” (Lc 16,16).

El añadido de que llegará un tiempo en que se lo arrebatarán y entonces sí ayunarán los amigos del novio, confirma lo dicho, porque ese tiempo sólo llega del viernes al sábado de pasión porque el domingo les será devuelto resucitado. Y además el ayuno no es en ese caso ninguna prescripción sino la consecuencia de la tristeza de que lo hayan asesinado, tristeza que se convertirá en un gozo que nadie lo pueda quitar cuando se aparezca glorioso.

En este dicho, rigurosamente jesuánico, aparece clara la conciencia de la novedad absoluta del tiempo que él inaugura¹⁰⁷, un tiempo que no puede ser contenido ni expresado por las prescripciones de la religión, nacidas en el tiempo de las preparaciones e impropias para el tiempo de la consumación, que inaugura su presencia y su misión¹⁰⁸.

Si Jesús no sobrevaloró lo que se iniciaba con él, tendríamos que preguntarnos si no hemos reducido su novedad, si conservamos la conciencia de lo que implica su persona; en definitiva, si seguimos siendo cristianos, si no hemos venido a parar en ser de religión cristiana, donde lo sustantivo es la religión, con las observancias típicas de cualquiera de ellas y, en este caso, de las neolíticas, y lo adjetivo la especificidad cristiana.

¹⁰⁷ Schlosser se refiere a este tiempo con la categoría del reinado de Dios: “La continuidad entre el Reino presente y el Reino venidero queda asegurada por el hecho de que está actuando Dios mismo. Por esta razón la realidad escatológica se da ya en el presente y ese presente, marcado por la irrupción de la salvación divina, tiene que desembocar en el porvenir que constituye su culminación. El verdadero corte se da para Jesús entre el presente, calificado por la novedad, y el pasado. El presente y el porvenir tienen fundamentalmente la misma calidad” (oc 128). “Dado que el reino de Dios revelaba ya su eficacia, se había logrado una novedad radical y por eso mismo el presente quedaba valorado más que el pasado” (Id 159)

¹⁰⁸ “Lo decisivo para Jesús no es observar la ley sino escuchar la llamada de Dios a ‘entrar’ en su reino. Lo absoluto no es ya la Torá, sino la irrupción de Dios promoviendo una vida más humana” (Pagola oc 337). Barbaglio insiste en que la ley no constituye la fuente de sus exhortaciones sino que sus imperativos nacen de su autoridad; y que, como con él comienza una nueva era en el mundo, la historia de la palabra divina revelada a Israel llega a su término. Eso no significa que el contenido de la ley quede abrogado sino que ahora él revela de modo absoluto la voluntad de Dios (Jesús, hebreo de Galilea, oc 443-446)

No la heteronomía de la ley, pero tampoco laxismo sino la exigencia interna del amor que nunca dice basta

Ahora bien, tenemos que comprender bien la propuesta de Jesús para que no la reduzcamos al otro polo del mismo horizonte, con lo que su propuesta no tendría nada de superadora.

Lo contrario del ayuno es la no autolimitación: seguir sus apetencias. Eso no es lo que propone Jesús, a pesar de que fuera acusado maliciosamente de que era un comilón y un borracho. Continuando con el ejemplo del ayuno, Jesús afirma que el tiempo del Reino no es de ayunos rituales. Pero, como es el tiempo de la consumación de la alianza, el tiempo del amor sin límites¹⁰⁹, es un tiempo muy sacrificado porque el amor entraña dosis enormes de sacrificio. Vamos a mostrarlo:

Jesús se entregó al pueblo y el pueblo le correspondió. Es una relación muy gratificante. Pero que no le dejaran espacio ni tiempo ni para comer entrañaba un enorme fatiga, porque Jesús, como todos, tenía un organismo que se desgasta y que, por eso, requiere descanso y que, si se sobrepasa la medida, se quiebra.

Las autoridades religiosas y, más en general, muchos intachables en el cumplimiento de la ley, se sintieron escandalizados por no pocas conductas y sentencias de Jesús; él resintió que no se abrieran a su propuesta, pero nunca los dejó por imposibles: siempre trató de explicarles poniendo en ello todo su interés, incluso cuando percibía que le preguntaban para tener de qué acusarlo. En esa relación hubo mucho dolor y mucho desgaste.

Más desgaste hubo todavía y un dolor mucho más íntimo cuando percibió que sus íntimos, que de un modo u otro él había escogido, aceptaban su persona, pero no su propuesta mesiánica, que no era el mesianismo davídico sino el asuntivo del Siervo. La soledad creciente en medio de los suyos, su incapacidad para convencerlos, tuvo que dolerle muchísimo.

El que él supiera que era el último enviado y que viera que no era aceptado por los legítimos representantes del pueblo elegido, que viera que ellos estaban a punto de que se frustraran los planes de su Padre al enviarlo, tuvo que prostrarlo en la desolación porque él los llevaba en su corazón.

¹⁰⁹ En este sentido insiste Schillebeeckx que lo propio de Jesús es la radicalización de la ley y lo explica de este modo: "el carácter radical de su exigencia de amar a Dios y a todos los hombres, incluidos los 'enemigos', lo publicanos y pecadores; en otras palabras, el mensaje de Jesús de la soberanía de Dios a favor de la humanidad" (oc 215). Por eso precisa que eso es "lo contrario de lo que se llama libertinismo sin ley" (oc 220).

Como se ve, Jesús no ayunó; pero el amor del novio incluye dosis de sacrificio mucho más continuas, dolorosas e íntimas que el ayuno ritual, porque lo causan las mismas relaciones que para él, como para su Padre, son irrenunciables e inequívocamente salvadoras, pero que con frecuencia no son correspondidas y que, aun cuando lo son, entrañan una dedicación absoluta. Así pues, el tiempo nuevo de la consumación es una verdadera superación dialéctica del de la ley y los profetas.

No los moldes de la religión neolítica sino los de la vida histórica desde las relaciones trascendentes y los símbolos que las expresan, algunos de los cuales los puso el mismo Señor

La religión neolítica en sus diversas manifestaciones, concibe la separación entre espacios, tiempos y personajes sagrados, y tiempos, lugares y personajes profanos. Por eso la religión se realiza, sobre todo, mediante sacrificios de víctimas separadas para ofrecérselas a Dios, que ofrecen sacerdotes, que son seres humanos separados de lo mundano para dedicarse al culto divino, en templos, que son los lugares sagrados por excelencia: la casa de Dios a la que sólo tiene acceso el sacerdote para ofrecer el sacrificio. Y los sacrificios tienen lugar conforme a un calendario sagrado, es decir, en el tiempo estipulado. Y este modo de ejercer la religión es un acto público y, en algún sentido, oficial, político.

Pues bien, lo que Jesús dice y hace no transcurre en esos moldes, en los que sí trascurría la religión judía y en los que volvió a transcurrir la cristiandad, sino en los de la existencia histórica, una existencia pública, pero no política, fuertemente personalizada, ya que la voz cantante la llevan las relaciones filiales respecto del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y fraternas respecto de todos, desde el privilegio de los pobres y sin excluir a los tenidos como pecadores.

Estas relaciones se expresan, además de la praxis, en símbolos ya que todo lo que roza el misterio no cabe en meros conceptos y también porque Jesús mismo los puso, sobre todo, el de las comidas abiertas, fraternas y festivas y muy señaladamente el de la última cena, la que desde el comienzo llamaron las comunidades cristianas la Cena del Señor, en la que el Señor, sabiendo que iba a ser entregado y que su sangre iba a ser derramada, les entregó su persona en el pan y su vida en el vino para que, recibéndolo y viviendo de él, fuéramos capaces de hacer lo mismo: entregar a otros la vida que él nos daba.

El asunto reviste una importancia trascendente porque hoy en unos ambientes está pasando y en otros ha pasado ya la época neolítica. La propuesta de Jesús nada tiene que perder con ello; pero, si la Iglesia o, por mejor decir, la

institución eclesiástica, no asume este discernimiento, pasará con la época neolítica a la que, falta de discernimiento, se adaptó inconscientemente.

De todos modos queda claro que el cristianismo que no quiere aceptar las exigencias absolutas del tiempo de la consumación, es decir, la entrega al amor total de Dios y a la fraternidad con todo, empezando por los necesitados y sin excluir a los enemigos, bascula entre la ortodoxia insignificante, que así piensa equivocadamente salvaguardar la trascendencia, y la adaptación intrascendente, que para hacerse entender y aceptar paga el precio de no decir nada, de ser meramente redundante: en el mejor de los casos, la mejor versión de lo establecido.

PASÓ DE DEFENDERSE DE LOS ATAQUES DE LOS DIRIGENTES A DENUNCIAR QUE HABÍAN SUSTITUIDO LA RELACIÓN PERSONAL CON DIOS POR EL CÓDIGO OBJETIVADO DE PUREZA QUE VELABA EL ROSTRO DE DIOS

La oposición vino de las autoridades porque el proyecto del reinado no cabía en el establecimiento¹¹⁰

Un discernimiento que le tuvo que costar fue pasar de defenderse de los ataques de las autoridades, sobre todo, de la secta de los observantes de la ley y de los maestros de la ley, a acusarlos de frente¹¹¹ y, de ese modo, romper, al menos en alguna medida, con ellos¹¹². Le tuvo que costar porque él no había venido a condenar a nadie sino a salvarlos a todos; por eso como personas nunca los dejó por imposibles y en ese sentido, el radical, no rompió con ellos. Pero le pareció que, por su ascendiente sobre el pueblo, había que desenmascararlos para liberar al pueblo de su cautividad ideológica.

“La oposición abierta procedía del *estamento dirigente* que dominaba la vida de los poblados galileos. La liberación global que el acontecimiento del reino escenificado por Jesús traía para el pueblo humillado de las aldeas tuvo que chocar frontalmente con los intereses de los poderosos. Ésta es la perspectiva para entender la oposición a Jesús por parte de las autoridades del pueblo. No se trataba de enfrentamientos puntuales sobre motivos concretos,

¹¹⁰ Lo más genérico que podemos decir de la propuesta y la persona de Jesús es que, como afirma Klaus Berger, Jesús escandalizaba (*Jesús*, ST, Santander 2009,88-91)

¹¹¹ “El Jesús de Marcos responde a la pregunta hostil y desafiante de los fariseos no con una respuesta directa sino con una invectiva contra sus interlocutores y contra el concepto de tradición que subyace en su pregunta” (Marcus, *Marcos (Mc 1-8)*. Sígueme, Salamanca 2010,524)

¹¹² Para Schillebeeckx esta ruptura es un dato imprescindible: “Si queremos construir una teología de Jesús de Nazaret que se interese primariamente por su vida, por su mensaje y su actividad, deberemos otorgar un lugar privilegiado a la ruptura que el contacto con Jesús produce en la comunidad judía de su tiempo” (oc 269)

sino de una oposición frontal contra el proyecto de Jesús en su conjunto”¹¹³. “El conflicto en torno a su persona guarda relación con el conflicto entre el viejo y el nuevo eón. Jesús quiso y aceptó esta contienda hasta las última consecuencias”¹¹⁴.

Así pues, la oposición se dio porque el proyecto del reinado era objetivamente contradictorio con su dominación que negaba frontalmente la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, y el éxito de su propuesta entre los de abajo y de personas de buena voluntad abiertas al designio de Dios ponía en peligro el establecimiento¹¹⁵.

El problema era que, al ser un establecimiento cuyo horizonte último era religioso, los dirigentes, en una medida mayor o menor, se pensaba que estaban avalados e incluso bendecidos por Dios y hasta parte de ellos se presentaban como representantes suyos y, unos por su poder y otros por su carácter en cierto sentido sacral, dominaban en buena medida a los de abajo y, más difusamente, al ambiente. “Lo que está fuera de discusión es que la predicación y la práctica de Jesús representaron una radical amenaza al poder religioso de su tiempo, e indirectamente a todo poder opresor, y éste reaccionó”¹¹⁶.

Jesús los acusó¹¹⁷ de que, por seguir tradiciones humanas¹¹⁸, dejaban el mandato de Dios (Mc 7,8.13)¹¹⁹. Eso estaba implícito en el discernimiento del Bautista, compartido por Jesús: lo de Dios no eran prescripciones

¹¹³ Vidal oc 183-184; ver 183-189

¹¹⁴ Kasper, oc 183

¹¹⁵ Por eso Lohfink consagra todo un capítulo al juicio con que amenaza Jesús. Lo hace dice para salvar, pero amenaza para que reaccionen (259-277): “La angustia de la sociedad que se destruye a sí misma clamaba entonces al cielo, como clama al cielo también en neutros días. Jesús vio claramente esta angustia. Tenía ante los ojos las violencia padecidas por los pobres. ¿Podía callar? (...) un Jesús que no hubiera sacudido las conciencias, que no hubiera despertado temor, que no hubiera prevenido, que no hubiera alertado de las consecuencias, sería para mí algo absolutamente increíble (Id 274). Por eso también Sobrino destaca como una característica del reino de Dios tal como se presenta en las cristologías latinoamericanas que se da “en presencia de y contra el antirreino” (oc 167-168)

¹¹⁶ Id 254

¹¹⁷ Para Taylor, siguiendo a Bultmann, el pasaje es una “controversia” y se remonta a Jesús. Dice que el tono de todo el pasaje es “claramente hostil y habla de “acusación”; el contraste entre “ustedes” y Moisés “es muy enfático y deliberadamente provocativo” (*Evangelio según san Marcos*. Cristiandad, Madrid 1980,391,394,397,400). Marcus se refiere a la “atmósfera hostil” del diálogo (*Marcos (Mc 1-8)...520*)

¹¹⁸ Meier informa que “en sus disputas con otros grupos judíos sobre cuestiones de carácter legal, los fariseos defendían a veces ideas y preceptos que, como ellos reconocían abiertamente, no figuraban como tales en la ley de Moisés escrita. Según los fariseos, estas ideas y preceptos eran venerables tradiciones transmitidas por los ‘padres’ o los ‘mayores’ y representaban la voluntad de Dios para todo Israel” (*Un judío marginal*, oc 647)

¹¹⁹ “Se oponen radicalmente los mandamientos de Dios y los preceptos humanos. La ley oral, con nomas pesadas sobre las purificaciones rituales, contradice e incluso anula la intención divina” (Taylor oc 397). “Reviste no poca importancia el hecho de que Jesús, aunque ataca la tradición oral, acepta la ley del Deuteronomio y su obligatoriedad: lo que Dios dijo por boca de Moisés sigue siendo válido” (Id 400, cf 401)

minuciosísimas, objetivadas en códigos¹²⁰, sino relaciones personalizadoras y, por tanto, abiertas, tanto con Dios como con los demás. Desde el acontecimiento del reinado de Dios “el criterio ya no era la multiforme normativa legal, condicionada en gran medida por la interpretación interesada de los grupos dirigentes y sus colaboradores. Ahora el criterio era la soberanía del Dios creador y liberador que había abierto una nueva situación para el pueblo necesitado y oprimido”¹²¹. Por eso Sobrino titula una sección de su cristología: “La praxis profética de Jesús como defensa del verdadero Dios”¹²².

El problema no era un engaño consciente sino el extravío, por eso para bien del pueblo y de ellos había que sacarlo a la luz. “Como G. Gnilka resalta, según Marcos ‘esta hipocresía’ no es una disimulación consciente, sino que expresa una enfermedad profunda que proviene de una ruptura trágica entre las pretensiones de los fariseos y la realidad. El corazón se ha separado de Dios y el pueblo ha caído bajo el poder de una tradición humana que ha vaciado la palabra de Dios, quitándole su fuerza y cegando a sus seguidores, de manera que no pueden contemplar la verdadera voluntad de Dios (cf.4,11-12). Por eso, cuando los discípulos de Jesús muestren signos de una tendencia semejante, él les dirá: ‘¿Es que también vosotros estáis sin entendimiento?’ (7,18)”.

La actitud que revela a Dios no es la separación sino la misericordia

Para poner un ejemplo concreto muy significativo, la orientación de Dios no era la separación de lo profano y de los tenidos como profanos y pecadores,

¹²⁰ El que frases de la Misná (Torá no escrita, recopilada a fin del siglo II o comienzos del III, que contiene enseñanzas de dos maestros de tiempos de Jesús y más en general las enseñanzas que daban los maestros de la ley en su tiempo) coincidan con frases del evangelio ha llevado a estudiosos judíos a considerar a Jesús un maestro fariseo o muy afín a alguna de sus tendencias. La lógica que subyace a esta apreciación es que esas frases son la punta del iceberg, es decir, algunas manifestaciones del corpus minuciosísimo que compartía con ellos. Nos parece que si contemplamos los evangelios desde su propia lógica, esa conclusión es imposible de sostener porque él tiene una relación directa con el Dios de Israel a quien trataba como a su Padre y que lo había puesto todo en sus manos, de manera que él era el que tenía que hacerlo presente de manera definitivo revelando su rostro cabal con su vida y sus palabras y no con referencia a códigos previos, aunque en la historia de Abraham, Moisés, David, los profetas y los sabios, culminándola y trascendiéndola con su vida histórica.

¹²¹ Vidal, oc 128. Para el contexto ver 128-130. Según Bonnard, Jesús no suprime la Torá no escrita sino que la subordina completamente a la escrita y en concreto acusa a los fariseos de que de la interpretan mal y que por eso extravían al pueblo (*Evangelio según san Mateo*. Cristiandad, Madrid 1976,340-346). Schillebeeckx insiste en que Jesús como profeta escatológico es el intérprete autorizado de la ley y que la radicaliza para manifestar la soberanía de Dios a favor del ser humano porque la causa de Dios es la cusa del ser humano. Por eso “aceptando estos dos mandamientos principales y su fuerza crítica frente al culto, se capta el núcleo del mensaje de Jesús sobre el reino de Dios (Mc 12,34)” (*Jesús*. Cristiandad, Madrid 1981,230, cf 212-231). Barbaglio se refiere a la problemática entre “ley mosaica y voluntad exigente de Dios. Y parece ser que Jesús insistió expresamente en ésta para leer aquella” (*Jesús, hebreo de Galilea*. Secretariado Trinitario, Salamanca 2003,111)

¹²² *Jesucristo liberador*, oc 211-234

porque él no era el santo, entendido como el separado¹²³. Él era el amor misericordioso que está presente dando consistencia cuando se lo necesita (cf Ex 3,12.14); luego los suyos tenían que caracterizarse por la cercanía a todos los necesitados para socorrerlos en sus necesidades, levantándolos de su postración y la acogida gratuita a los pecadores¹²⁴. Eso requería un corazón poseído por el amor y no por el egoísmo, la altanería y el desprecio.

Lo que ensucia, les dijo Jesús, no es lo que entra de fuera, el contacto con personas o cosas tenidas como impuras, sino lo que sale del corazón (Mc 7,15)¹²⁵. “Si la identidad de aquello que entra por la boca no tiene importancia, ¿qué pasa con las leyes alimenticias de la dieta judía? Esas leyes parecen quedar negadas de raíz, y con ellas se niega aquello que constituye el fundamento de todo el sistema judío de pureza, es decir, la afirmación de que las realidades externas pueden hacer que los hombres se vuelvan impuros”¹²⁶. En el texto, es el evangelista el que hace la inferencia de que al enunciar este principio declaraba puros todos los alimentos y ésa será, en efecto, la conclusión que saque la Iglesia primitiva¹²⁷. Sin embargo, es importante anotar que la inferencia del evangelista era legítima. Lohfink lo explica de este modo: “Si el universo y cuanto en él existe han sido creados buenos y si la venida del reino de Dios restablece la creación originariamente buena de Dios, entonces allí donde ha

¹²³ Según Ricoeur, la actitud farisea desemboca en la separación, Ver *Finitud y culpabilidad*. Trotta, Madrid 2004, 290-291

¹²⁴ “Resulta ofensivo que los admita amistosamente en nombre de Dios, sin exigirles la penitencia y los sacrificios prescritos para todo pecador alejado de la ley” (Pagola, oc 337). Malina, *El mundo del Nuevo Testamento*, EVD, Estella, 1995, 181-219

¹²⁵ Para Sanders Jesús no pudo pronunciar esta sentencia porque fue un judío cumplidor de la ley y la ley de Dios se entendía como un todo en el que no cabía hacer una selección. Desechar, por ejemplo, lo tocante a los alimentos impuros, equivalía a despreciar al Dios que había dado la ley como un todo inconsútil (oc 242-247). Tiene razón si fuera verdad que él había sido un judío, con peculiaridades, pero sin nada único ni definitivo. Pero si fuera verdad, como sostiene Sanders, que lo único escatológico de Jesús fue la resurrección que Dios obró con él, no seríamos cristianos. Para Taylor “Jesús expone una verdad, poco frecuente en el judaísmo de su tiempo, que habría de liberar al cristianismo de las ataduras del legalismo”. “Esta sentencia no tiene paralelo en los escritos rabínicos”. Citando a Bultmann y otros, asienta que “no es cuestionable la autenticidad de la sentencia” (oc 402-404). Para Marcus, esta sentencia constituiría precisamente el núcleo de lo que Jesús dijo realmente (*Marcos (Mc 1-8)...522*). Lo mismo sostiene Barbaglio, que la explica matizadamente (*Jesús, hebreo de Galilea*, oc 415-421). Schlosser, concluye su estudio asentando que para Jesús, “a juzga por este texto importante, no juega ningún papel el problema de lo puro y lo impuro, que, -no hemos de olvidarlo- era determinante en Israel para la participación en el culto” (*Jesús, el profeta de Galilea*. Sígueme, Salamanca 2005,166). Como él insiste que el lugar original de la distinción entre puro e impuro es el templo y el culto, la sentencia “quizás pueda explicarse en último término por el hecho de que a sus ojos el Templo no tenía ya ninguna función en el orden escatológico; en donde todo lo ocupa el reino de Dios” (id)

¹²⁶ Marcus, oc 530

¹²⁷ Meier considera que el texto no es jesuánico porque interpreta que el texto dice in recto que todos los alimentos son puros (*Un judío marginal*, tomo IV. EVD 2010,398-412). No estamos de acuerdo, creemos que en el texto la inferencia claramente la lleva a cabo el evangelista; aunque, como afirmamos, sea legítima.

llegado el reino de Dios no puede haber nada impuro. Lo impuro surge sólo siempre a través del mal que surge del corazón del hombre”¹²⁸.

Esto no va en contra de la prudencia que hay que tener para no exponerse a personas o ambientes que lo pueden arrastrar a uno por mal camino; va en contra de borrarlas del corazón y no hacer nada para mostrarlas, a pesar de todo, su simpatía fraterna, que lleve a ver lo que en ellas hay de bueno que se puede estimular y hacer de puente. Va, más radicalmente, en contra de maldecirlas y buscar su mal, su derrota, pretendidamente en el nombre del Dios justiciero del que los devotos serían su brazo¹²⁹.

En lo que insiste Jesús que hay que tener mucho cuidado es en el corazón humano. Marcus pone de relieve que en este pasaje aparece once veces el término *anthropos* y lo comenta así: “Marcos ha querido indicar que el problema básico que debe preocupar a los cristianos no es la forma en que han de comer, ni el alimento que han de tomar, sino la corrupción interior del *anthropos*. Esta malignidad o corrupción es la que destruye la vida separándola de la tradición, y haciendo que la misma tradición se convierta en enemiga de Dios, al desviarla por un camino de injusticia que se excusa a sí misma y hacer que los afectados por ella queden ciegos y no puedan reconocer su propia culpabilidad respecto de los males que destruyen el mundo”¹³⁰.

Las prescripciones no son sagradas; lo son sólo las personas, todas las personas. Un discernimiento no compartido por la institución eclesial en buena parte de su historia

Este discernimiento, que implicaba un cambio de orientación vital, que implica salvar al mundo desde dentro y no salvarse del mundo, al que se da por perdido, no ha sido seguido con frecuencia por la Iglesia. Concretamente, como asentamos, no era lo que estaba vigente en el preconcilio ni lo que hoy vuelve a dar el tono a nuestra Iglesia.

Este discernimiento de Jesús supone la desacralización de la religión revelada¹³¹. El mandato de Dios es, precisamente, no absolutizar nada, ya que no puede haber dos absolutos y lo único absoluto son las personas, tanto las

¹²⁸ *Jesús de Nazaret*. Herder 2013,351

¹²⁹ Así lo dice literalmente el salmo 149,6-9 y lo expresan de un modo u otro los salmos fariseos que indican el grado de recepción de esta mentalidad y, más aún, de esta sensibilidad y de esta postura vital.

¹³⁰ Marcus oc 539.

¹³¹ La relativización, éste sería el fondo: “la sentencia implica, en último término, la anulación sobre la ley de los alimentos puros e impuros (cf 7,19_b); pero el texto no afirma expresamente esta conclusión (...) Tampoco es probable que Jesús repudiase las leyes sobre alimentos de Lv 11=Dt 14” (Taylor oc 404). El establecimiento del principio relativiza esas leyes, que pueden seguir observándose mientras se las perciba así.

divinas como las humanas. Por eso hay que cuidar el corazón, de manera que esté poseído por la fe confiada en Dios como su Padre en su Hijo Jesús y por la entrega a todos los seres humanos, hechos hermanos por Cristo. Esto mismo afirma Lohfink ligando la propuesta, más aún la novedad del reino con el cumplimiento del mandamiento del amor, tanto a Dios como al prójimo: Jesús “destaca el centro de la Torá: el mandamiento de la unicidad y el dominio supremo de Dios, y, a través de su mensaje del reino de Dios que ahora irrumpe, confiere a este precepto empuje histórico. Sitúa la torá entera bajo la luz del reino de Dios y subordina a este reino todos los preceptos. Establece una vinculación entre el precepto principal y el amor al prójimo del Levítico 19. Da así a la torá su centro, mejor, lo encuentra. Lo que ante todo y sobre todo le interesa es la voluntad de Dios, y sabe con qué facilidad puede, precisamente el hombre religioso, evadirse de la verdadera voluntad divina a través del cumplimiento externo de la ley. Y todo esto Jesús lo enseña con una autoridad última¹³², como alguien que ocupa el lugar de Dios¹³³: ‘En el Sinaí se le dijo a la comunidad de Israel, pero yo os digo ahora’¹³⁴.

ANTE LA PROBABILIDAD DE MORIR SI SEGUÍA EN SU MISIÓN AL PUEBLO, DECIDIÓ NO CONFINARSE EN SU GRUPO SINO SEGUIR ACTUANDO ABIERTAMENTE

El discernimiento que se seguía de éste consistió en decidir qué rumbo tomar al percatarse de que las autoridades no habían aceptado el reinado de Dios, tal como él lo hacía presente y proclamaba¹³⁵.

¹³² “Que Jesús tenía una conciencia muy viva de su proximidad con Dios y que reivindicaba para sí mismo una autoridad singular como portador de un mensaje decisivo y como agente de Dios en una situación decisiva”. “Frente a las piezas del dossier y la constatación global cada uno podrá pronunciarse por tal o cual interpretación de conjunto, desde la atribución a Jesús de una asombrosa megalomanía hasta la adhesión de fe como Hijo de Dios” (Schlosser, oc 194-195)

¹³³ Kasper anota que “él no contraponen su palabra a la autoridad suprema del judaísmo, la palabra de Moisés, pero la sitúa por encima de estas”. “No se puede decir de otra forma: *Jesús se entendió a sí mismo como boca parlante de Dios, como voz de Dios*” (oc 159,160)

¹³⁴ Taylor, oc 352. Schlosser, oc 189-190

¹³⁵ Schillebeeckx insiste muy fuertemente en “el rechazo del mensaje y la praxis de Jesús” (*Jesús*, oc 268-272). “Difícilmente puede atribuirse a Jesús la ingenuidad de no advertir que sus palabras y obras creaban una situación explosiva, sumamente peligrosa para él, con respecto a los dirigentes de la comunidad judía” (Id 274). Para Taylor no se trata de hostilidad hacia su persona cuanto de rechazo a su mensaje y en concreto a su mesianismo. La misión en Galilea acaba en fracaso. Por eso la abandona y va hacia Jerusalén. Estamos de acuerdo si el rechazo se refiere a las autoridades y más en general a los grupos de poder; pero no si se refiere a la gente. Si se hubiera dado este rechazo no se explica la entrada “triumfal” en Jerusalén ni el apoyo constante de la gente en el templo ni el temor de las autoridades a arrestarlo en tiempo de la fiesta. Pero si tuvo éxito con la gente, no es pensable que los grupos de poder se harían al lado como meros espectadores (*Evangelio según san Marcos*, oc, 762-763)

El conflicto se hizo inevitable porque su liderazgo carismático socavaba el liderazgo institucional de las autoridades

Para los fariseos y maestros de la ley el problema principal habría consistido en su acogida de los pecadores y, más en general, en su insoportable autoridad, porque, en vez de remitirse a autoridades, es decir, a otros maestros prestigiosos y finalmente a la Torá, hablaba enfáticamente como si él tuviera autoridad sagrada; aunque también era un motivo de resentimiento el que resultaba un competidor¹³⁶. Pero no parece que esos motivos de sospecha y rivalidad los hubieran llevado a buscar su muerte¹³⁷.

Quienes no admitían de ningún modo competidores en el liderazgo eran la aristocracia sacerdotal y Herodes y Pilato. Y es cierto que, tanto la proclamación de la venida de Dios a reinar sobre su pueblo, sobre sus corazones, como un Padre misericordioso y providente en el que se podía fundar la vida como roca firme, como los gestos de liberación, sanación y rehabilitación que servían de signos de la realidad de lo que proclamaba, como, sobre todo, su presencia alentadora y fraterna que los dignificaba, socavaban su dominación¹³⁸.

El problema se iba convirtiendo en un verdadero callejón sin salida por el éxito de Jesús con gran parte del pueblo. En efecto, aunque parece que tuvo algunos anclajes significativos en personas de más poder adquisitivo e incluso de alguna relevancia social, la mayoría de los que lo seguían pertenecían al *ojlos*, a lo que los de arriba llaman el pueblo bajo. Era algo de esperar porque, si lo que Jesús propone es buena nueva para cada uno de los sectores sociales, o, mejor, para cada una de las personas, también lo es que los de arriba, al

¹³⁶ Para Meier esto es lo más importante: "Todas las fuentes evangélicas atestiguan la relación de Jesús con los fariseos durante el ministerio público. Esa relación está marcada a menudo por el antagonismo. Esto no resulta sorprendente puesto que Jesús y los fariseos competían por influir en las masas de judíos palestinos y ganarlos para sus respectivas visiones de lo que Dios estaba llamando a Israel a ser y hacer en una coyuntura crítica de su historia" (*Un judío marginal*, tomo III, oc 356). Para él la rivalidad era inevitable porque "Jesús y los fariseos representaban los dos principales movimientos religiosos activos entre los judíos corrientes a finales de la segunda década del siglo I" (oc 645)

¹³⁷ Sin embargo Kasper opina que "el mensaje de un Dios cuyo amor se dirige también a los pecadores cuestionaba la noción judía de santidad y justicia divinas. Eso le granjeó enseguida a Jesús la animosidad y el odio de los principales representantes del judaísmo de la época. A causa de su mensaje revolucionariamente nuevo sobre Dios, Jesús debió parecerles un falso profeta. Según la ley judía ello se castigaba con la pena de muerte (cf Dt 18,20). El final violento de Jesús es, por tanto, consecuencia directa de su actividad" (oc 111)

¹³⁸ Pagola, oc, 338-347. "Era peligroso buscar una vida digna y justa para los últimos. No podía promover el reino de Dios como un proyecto de justicia y compasión para los excluidos y rechazados sin provocar la persecución de aquellos a los que no interesaba cambio alguno ni en el Imperio ni en el templo. Era imposible solidarizarse con los últimos como lo hacía él sin sufrir la reacción de los poderosos" (oc 348). Sobrino titula uno de los apartados de su cristología: "La persecución, clima de la vida de Jesús" (oc 254-259)

convertirse a la propuesta del reinado de Dios, tenían más que perder, aunque Jesús propusiera esa pérdida como ganancia, como un gran negocio, como la adquisición de un gran tesoro en el cielo, para decirlo en los términos de ellos, que también usa el evangelio (Mt 13,44-45; Mc 10,21).

Una buena parte del pueblo seguía a Jesús, que poseía un liderazgo carismático (Jn 3,2; Lc 4,1.14.18; 1,35; Mt 12,28) y, por tanto, no pretendía sustituir a las autoridades en las funciones que éstas desempeñaban. Sin embargo, como realmente tenía liderazgo, el liderazgo institucional de las autoridades quedaba ciertamente disminuido. Por eso, de seguir ocupando Jesús el espacio público, más aún, el espacio, digamos, oficial, que son las sinagogas y el templo, el conflicto era poco menos que inevitable. Según el cuarto evangelio ése fue el motivo para condenarlo a muerte (Jn 11,47-50; 12,19)¹³⁹, aunque al acusarlo al procurador romano alegaran razones objetivas, las que publicita el título de la cruz (Mc 15,26)¹⁴⁰, en las que en el fondo no creían (Jn 18,33; 19,12; Lc 23,2-3)¹⁴¹.

La manera de salvar su vida habría consistido en dejar al pueblo y confinarse en sus discípulos; pero ello equivalía a traicionar su misión

La tentación de Jesús habría consistido en confinarse en sus discípulos (Mc 7,24; 9,30-32; 10,32-34; Jn 11,53-54)¹⁴². Como en los evangelios se subraya que, caminado por Galilea hacia Jerusalén, “no quería que se supiera porque iba instruyendo a sus discípulos” (Mc 9,30-31), algunos suponen que Jesús habría

¹³⁹ Navarro se refiere, en este sentido a la envidia, que verbaliza Pilato, como motivo de su entrega para ser condenado (oc 543-546)

¹⁴⁰ “Jesús fue ejecutado como pretendiente al trono judío y rebelde contra el dominio de Roma. En una palabra, el proceso, la condenación y la ejecución capital del Nazareno fueron obra del poder romano” (Barbaglio, oc 479)

¹⁴¹ Schlosser resume de esta manera los posibles indicios de culpabilidad o, por lo menos, de sospecha: “Es verdad que la tradición evangélica recoge muy pocos indicios que justifiquen una asimilación de Jesús a los que (...) defendían la acción violenta contra Roma. Pero es cierto que su metáfora central, el reino o reinado de Dios, era de orden político y que su mensaje, con sus ataques contra los ricos y la predilección manifestada a los pobres, con su insistencia en la inversión de las jerarquías podía conducir a agitaciones sociales. Incluso su crítica del Templo, dada la importancia del mismo para la economía de Jerusalén y del país, no se reducía a un asunto puramente religioso. Había, por tanto, malentendidos potenciales, capaces de suscitar reacciones hostiles en la potencia ocupante. En una palabra, obtener la eliminación de Jesús podía parecer a los jefes de los sacerdotes como un precio a pagar para asegurar el bienestar del pueblo, en el sentido de las palabras de Caifás (Jn 11,50). Eso no significa, sin embargo, exonerarlos de toda responsabilidad, sino tener en cuenta todas las posibilidades” (oc 270)

¹⁴² Sobrino presenta la “crisis de Galilea” según los diversos evangelistas y según la apreciación de diversos estudiosos y llega a la conclusión de que el problema fueron los dirigentes y la incompreensión de los discípulos, y la solución falsa habría consistido en atenerse a sus discípulos y abandonar a la gente (oc 198-201). Para Sanders la posibilidad de negociar atenerse a sus discípulos y dejar de hablar en público habría sido posible incluso después del incidente del templo: “Posiblemente podría haber negociado un modo de librarse de la ejecución si hubiera prometido coger a sus discípulos, volver a Galilea y mantener la boca cerrada” (oc 292)

cedido a esa tentación y luego habría vuelto sobre sí¹⁴³. Pero la cita no da lugar para esa interpretación porque lo que va diciendo a los discípulos es precisamente lo que le espera en Jerusalén por seguir su camino. Lo que trata de hacer con ellos, infructuosamente, si nos atenemos a lo que pasará luego, es que ellos se hagan cargo del precio que tendrá que pagar.

Si Jesús hubiera seguido la pauta de todos los demás grupos, que eran sectarios, aunque como los fariseos fueran muy proselitistas, no habría sido molestado ya por las autoridades.

Pero eso habría supuesto cambiar radicalmente su propuesta¹⁴⁴, es decir, la propuesta del Padre a través de él. Su Padre lo había enviado a todos. El Espíritu lo había capacitado para anchar tanto su corazón que en él cupieran todos y al pedir perdón por todos, sin excepción, por tenerlos a todos en su corazón, la voz del que no tiene rostro le había manifestado que eso lo había hecho como Hijo suyo: que ése era su designio. Confinarse a un grupo de selectos, equivaldría a sacar de su corazón a los demás, ya que su misión consistía en historizar lo que había acontecido en el bautismo encontrándose con cada persona y cada grupo y haciéndoles sentir que en su cercanía se estaba acercando Dios asumiéndolos y salvándolos.

Jesús no podía dejar a nadie; en concreto, no podía dejar a la gente. A los que menos podía dejar era a la gente que andaba como ovejas sin pastor, abandonada, expoliada y vejada por sus dirigentes. Y no la dejó. Por eso subió a Jerusalén a la fiesta.

Jesús decide seguir su camino pagando el precio. Tuvo libertad para pagarlo porque estaba en manos de su Padre

Con este discernimiento histórico selló Jesús su destino. Dos textos, entre muchos otros, se hacen eco de esta decisión¹⁴⁵: “Llegaron unos fariseos y dijeron a Jesús: ‘vete de aquí porque Herodes quiere matarte’. Jesús les contestó: ‘vayan a decirle a ese zorro: has de saber que yo expulso demonios y curo enfermos hoy y mañana y al tercer día culminaré la tarea. Pero entre tanto, hoy, mañana y pasado tengo que seguir mi camino porque no es posible que un

¹⁴³ Kasper no lo ve como tentación y por eso afirma: “Parece que al comienzo de la actividad de Jesús en Galilea hubo un período de relativo éxito; a medida que progresivamente se vio amenazado por la enemistad mortal de los representantes autoritativos del judaísmo de la época, Jesús se replegó a su círculo íntimo de discípulos, hasta que, en el curso de su última estancia en Jerusalén fue detenido y condenado a muerte en cruz” (*Jesús el Cristo*. ST, Santander 2013,109)

¹⁴⁴ Para Pagola “habría bastado con callarse y no insistir en lo que podía irritar en el templo o en el palacio del prefecto romano. No lo hizo. Continuó su camino. Prefería morir que traicionar la misión para la que se sabía escogido. Actuaría como Hijo fiel de su Padre querido” (oc 349)

¹⁴⁵ Kasper, oc 182-183

profeta muera fuera de Jerusalén” (Lc 13,31-33). Jesús no teme a Herodes: lo desprecia. No va a morir en su territorio sino en Jerusalén. Pero en su territorio y en Jerusalén tiene que seguir su camino. No lo va a dejar por temor a la muerte.

Si los profetas han sido rechazados y Dios no los ha defendido, aunque después de que al parecer han sido vencidos los ha reivindicado y su existencia ha sido fecunda porque los creyentes siguen viviendo de sus palabras y de su ejemplo de testigos, él, que es el último enviado, no un profeta más, no un criado del dueño de la viña, sino su Hijo querido, el único, también correrá la misma suerte; pero será reivindicado por él y más que todos los demás: será la piedra angular sobre la que se levantará el edificio definitivo (Mc 12,1-12)¹⁴⁶.

Jesús habla abiertamente a todos, sin temor. Lo suyo es llevar a cabo la obra que le encargó su Padre: hacerle presente como gracia salvadora incondicional a través de su fraternidad irrevocable. Tiene fuerzas y paz para hacerlo porque está en manos de su Padre, que es la fuente de su vida y de las que no le podrá sacar nadie, ni la muerte. Seguir su camino ante la probabilidad de perder la vida es el índice de su libertad liberada y de la absolutez de su entrega¹⁴⁷. Tiene sentido de realidad y obra con prudencia, pero no se echa para atrás. “Ciertamente no era un suicida. No buscaba el martirio. No era ese el objetivo de su vida. Nunca quiso el sufrimiento ni para él ni para los demás. El sufrimiento es malo. Toda su vida se había dedicado a combatirlo en la enfermedad, las injusticias, la marginación, el pecado o la desesperanza”¹⁴⁸. Pero prefirió consumir la fraternidad que huir del sufrimiento y así se consumió el *para nosotros* que fue toda su vida¹⁴⁹. Eso es lo que simbolizaría la Cena: “Jesús se entiende a sí mismo como pacto o alianza, vínculo de unión con Dios y los humanos, una nueva y definitiva Ley como ha ido mostrando a lo largo de su trayectoria, que convierte la persecución y el asesinato en elementos

¹⁴⁶ Navarro oc 417-432

¹⁴⁷ Sobrino oc 259-260

¹⁴⁸ Pagola oc 349

¹⁴⁹ Lohfink, oc 430-445. Navarro, conectando Mc 10,45 con las tres predicciones de la pasión, comenta: “Jesús ya no se considera un mero objeto del destino y de la trama de sus enemigos, sino que, dando un giro en la manera de entender los sucesos, pasa de objeto (víctima del destino) a sujeto (agente de su vida) interpretándose a sí mismo como un profeta que da su vida por la causa a la que se ha dedicado”. “No puede entenderse como puro victimismo o expiación, sino como la máxima expresión de su servicio humano” (oc 378,379). También Sobrino ve el sentido de la última cena, símbolo querido por él como expresión de lo que había sido toda su vida y de lo que sería su muerte, en este ser para, en esa actitud servicial (oc 261-263). “Puede decirse que Jesús va a la muerte con confianza y la ve como último acto de servicio, más bien a la manera de ejemplo eficaz y motivante para otros que a la manera de mecanismo de salvación para otros. Ser fiel hasta el final, eso es ser humano” (oc 263). Si convenimos que lo de mecanismo es demasiado mecanicista y acentuamos lo de eficaz, podríamos estar de acuerdo, aunque pensamos que habría que afinar más la exploración

ratificadores de autenticidad, aunque no necesarios"¹⁵⁰, en el sentido de no queridos ni buscados por Dios ni por él; aunque sí necesarios, como expresión de congruencia vital, de fidelidad, al preferir la solidaridad a la vida.

¿Nos arriesgamos o nuestro absoluto es conservar la tranquilidad del estatus?

Ante este discernimiento de Jesús nos tenemos que preguntar muy seriamente si la tranquilidad, el buen nombre, la seguridad económica y aun física pueden ser para el seguidor de Jesús móviles absolutos. Ante el peligro de verse afectado en puntos tan sensibles y vitales ¿tiene que ceder el seguimiento de Jesús? Hoy nadie nos va a discriminar por profesar la fe, pero sí por obrar consecuentemente con ella en nuestro trabajo, en nuestra vida ciudadana e, incluso, en nuestro entorno vital.

Claro está que tenemos que proceder como Jesús dijo e hizo: prudentes como serpientes y sencillos como palomas. No podemos actuar provocativamente sino con toda prudencia y respeto, buscando lo que edifica ya que nuestro obrar no es solipsista porque somos hermanos de todos. No se trata, pues, sólo, de ser consecuentes con nosotros mismos sino que ver lo más dinámico de la realidad para estimularlo. Sólo tenemos derecho a poner el dedo en la llaga si además proponemos alternativas y, sobre todo, si lo hacemos de tal manera que se pueda captar que buscamos el bien de los que criticamos. Pero no podemos dejar ningún espacio y en todos tenemos que comportarnos como seguidores de Jesús, como pide la encarnación kenótica. Y tenemos que cargar con las consecuencias.

Aquí se ve el sentido de la advertencia de Jesús: el que busca salvar su vida, se entiende que a toda costa, la perderá, es decir, conservará su vida física, pero perderá su humanidad; el que pierde su vida, o sea el que se atreve a arriesgarla, por mí y por el evangelio, la salvará, se humanizará plenamente. Porque ¿de qué le sirve ganar el mundo entero, tener todo el éxito del mundo, si malogra su vida, si se deshumaniza? (Mc 8,35-36).

¿Comunidades sectarias o tan abiertas que sean embrión del mundo fraterno?

Hay que recalcar que el dilema de Jesús no fue el grupo o la gente, sino el sentido del grupo: si era un grupo sectario o el embrión de un pueblo fraternal. La comunidad de hermanos era imprescindible para su misión de convertir a su pueblo y tendencialmente a la humanidad en la familia de las hijas e hijos de

¹⁵⁰ Navarro, oc 520

Dios (Jn 11,52), porque sólo una fraternidad puede proponer fehacientemente la fraternidad.

El problema para nosotros es que el cultivo de la fraternidad cristiana diferencia a sus miembros de su entorno y la diferencia tiende a convertirse en separación. Esa tendencia es natural, pero no se puede ceder a ella porque la fraternidad evangélica es constitutivamente abierta: embrión de la fraternidad universal. Esto significa que los miembros de la fraternidad cristiana tienen que ser miembros, además, de comunidades, grupos e instituciones de la sociedad de la que hacen parte. Y en todos esos lugares tienen que comportarse como discípulos del Señor Jesús y, por tanto, como hermanos en Cristo, antes que como miembros de esas colectividades, pero de manera que esa diferencia se vea como solidaridad y como invitación.

Y, por lo que hace al tema, este carácter de embrión, tanto de la comunidad cristiana como de sus miembros en las comunidades humanas, es lo que convierte a la comunidad y a cada cristiano en revulsivos. Una comunidad sectaria no afecta para nada al orden establecido ni tampoco gente que confine su pertenencia al cristianismo en su vida privada y su participación en la comunidad. Pero una comunidad de discípulos de Jesús de Nazaret en misión sí es llamativa, en ciertos aspectos resulta admirable, pero en otros molesta y, si es consecuente, acaba percibiéndose como peligrosa para los que comandan y usufructúan el orden establecido.

Lo mismo podemos decir de los cristianos esparcidos en las comunidades humanas. Al principio la diferencia, por abrir perspectivas alentadoras y por su carácter servicial, se aprecia; pero a la larga, se capta la exigencia de transformación que entraña, tanto de cada participante como del grupo en sí y entonces pasa a verse como potencialmente peligroso, sobre todo por los configurados por el grupo y, más todavía, por los que usufructúan la situación y por los que la representan.

Así pasó con las primeras comunidades cristianas en el seno del imperio romano. Resultaban ciertamente admirables, pero no menos chocantes por su negativa a participar en actos sociales tremendamente significativos como los sacrificios y los juegos circenses, así como otros espectáculos impregnados de violencia y sexualidad. La renuncia inflexible a participar se veía certeramente como un enjuiciamiento y un llamado tácito a un cambio de vida, a una dignificación humanizadora de la vida social y personal. Y eso causó resentimiento en los que se identificaban con ese modo de vida y en las autoridades que basaban su poder en el “pan y circo” que caracteriza a todos los populismos.

Algo parecido pasaría ahora si las comunidades cristianas fueran realmente alternativas, francamente humanas y humanizadoras y no sectarias sino abiertas y solidarias.

FRENTE AL RECHAZO DE LAS AUTORIDADES, DECIDIÓ CONSUMAR SU ENTREGA

El discernimiento que se le presentó entonces de un modo insoslayable fue el de cómo se realizaría entonces el reinado de Dios, si no era una mera oferta sino una entrega gratuita e incondicional. Si había decidido seguir su ministerio de modo abierto para mantener la entrega de su Padre a través de su entrega, ¿cómo seguiría esa entrega, si él moría rechazado? Parecía un callejón sin salida: si buscaba salvar la vida, desvirtuaba la oferta; pero si la mantenía, le iban a acabar su vida, y en ese caso ¿cómo seguiría la oferta, más aún, la entrega de su Padre en su entrega de sí?

La expresión, común a los cuatro evangelistas, en torno a “beber el cáliz” (Mc 10,38;14,36;Mt 26,39;Lc 22,42;Jn,18,11), a apurar ese trago amarguísimo, tiene que ver con la dificultad de este discernimiento¹⁵¹. Esa dificultad tiene dos vertientes inseparables, pero que deben ser distinguidas: su Padre y su misión.

Dificultad creciente de discernir cómo se le presenta su Padre y cómo realizar su condición de Hijo, y decisión última entregarse en sus brazos impalpables

En Galilea parecía darse una correspondencia entre la transparencia que él llevaba a cabo de su Padre y la percepción de la gente, al menos de mucha gente popular. Por eso, tanto a Jesús como al pueblo creyente y oprimido y a los que se abrieron a Jesús, el reinado de Dios se hacía presente como buena nueva. Es cierto que desde el comienzo de su vida experimentó dolorosamente, tanto el pecado, digamos de debilidad y desesperanza de muchos del pueblo, como el de cerrazón en el legalismo y en definitiva en la instalación, de muchos de los dirigentes religiosos. Pero también experimentó con más fuerza la novedad

¹⁵¹ “No resulta difícil admitir, detrás de los mencionados testimonios, una antigua tradición centrada en la lucha espiritual de Jesús ante la perspectiva de su final violento; le gustaría evitarlo, pero luego lo acepta por fidelidad a su Dios” (Barbaglio, *Jesús, hebreo de Galilea*, oc 504). Ver también Navarro, *Marcos*, oc,526-529. Lohfink insiste en su angustia, que no se encubre (oc 448-450). Boff, *Cristianismo*. Trotta, Madrid 2013;81-82. Brown asienta: “Se puede, por tanto, proponer Marcos, Juan y Hebreos como tres testimonios independientes sobre la tradición de que, hacia el final de su vida, Jesús se resistió a aceptar su muerte inminente y rogó a Dios que lo librara de ella. Con diferente vocabulario, los tres mencionan la angustia de Jesús ante tan sombría perspectiva”. Al final de su análisis concluye que se puede tener por cierto que “Jesús hubiese debatido en oración con Dios sobre cómo se articulaba su muerte en la venida del reino de Dios” (*La muerte del Mesías* I. EVD, Estella 2005,290-291,302)

salvadora de la esperanza recobrada del pueblo y su fe renacida en la cercanía agraciadora de su Dios, y la tolerancia, al menos, de las autoridades sinagogaes que le permitían dar la buena nueva en ellas, porque en algunos aspectos lo reconocían como un hombre de Dios. El Dios del pueblo a través de su persona se hacía presente como Padre que se ocupa de sus hijos y que los recibe como tales. Era el cumplimiento sobreabundante de las promesas de la alianza.

Pero conforme iba viendo Jesús que las autoridades no se habían convertido y que no se convertirían y, por tanto, que harían lo imposible por impedir que el pueblo se decantara por el Dios y la salvación que él traía, esa transparencia del Padre parecía eclipsarse.

Así expresa ese cambio Jon Sobrino: “Su Dios se le fue moviendo y fue moviéndolo a él. Y lo que muestran los evangelios es que Jesús se dejó mover por Dios (...) Al comienzo de su vida, Jesús anunció el reino de Dios y su cercanía, puso abundantes signos de ella, llamó a discípulos para que lo acompañaran en esa misión, fustigó el pecado de los opresores, exigió una fe- esperanza de los pobres y de los pecadores, su oración fue de exultación y acción de gracias (...) Al final de su vida, sin embargo (...) no habla de la cercanía del reino –aunque la siga esperando en la cena, pero sin explicitar ya el cómo ni sus signos- ni realiza milagros, más aún, los prohíbe. El llamamiento al seguimiento que hace a sus discípulos no es para enviarlos entusiásticamente, sino para cargar con la cruz. El pecado no es ya algo que debe ser solamente denunciado y fustigado, sino algo con lo que hay que cargar. Su oración no es de exaltación, sino de total entrega a la voluntad de Dios. Y al final, en la cruz, Jesús no habla del reino de Dios, sino que lanza un desgarrador grito a Dios”¹⁵².

No estamos de acuerdo con que el cargar sea lo característico de la segunda época, aunque, desde nuestro punto de vista, la corona trascendiéndola, ya que es distinto cargar con los problemas y las miserias de la gente y encargarse de ellos, que morir cargado con el pecado-del-mundo, en el sentido preciso de ser consciente de que ese pecado lo está matando y pedir a su Padre perdón por los que lo causan; y, más todavía, en el momento en que siente su abandono. Pero a pesar de que parece que el esquematismo desfigura algo la historia, sí nos parece que hay que retener que su Padre, sin dejar de serlo, se le estaba presentando cada vez más como misterio¹⁵³, hasta la oscuridad total de la cruz, que, sin embargo, no fue, a nuestro parecer, de abandono sino de suprema manifestación de su respeto a él: dejarle vivir su muerte como le había dejado vivir su vida y, más concretamente, de correspondencia a su designio de morir

¹⁵² Sobrino, *Jesucristo liberador*. Trotta Madrid 1991, 195. Cf. Schillebeeckx, oc 271-272

¹⁵³ Por eso en su análisis de la oración del Huerto, Sobrino recalca que lo que aparece sobre todo en esta oración es la disponibilidad (oc 186-187)

como Hermano antes que ser salvado de los seres humanos, designio que era también el suyo¹⁵⁴. Discernir al Dios misterio equivalió, en definitiva, a echarse en sus brazos impalpables¹⁵⁵.

Dificultad creciente de discernir cómo realizar su misión de entregar a Dios como Padre en su entrega fraterna a su pueblo y determinación de morir llevándolo en su corazón y pidiendo perdón por sus asesinos

Veamos ahora el punto de vista de su misión. Su muerte, por el rechazo de las autoridades, parecía equivaler al rechazo de esa entrega de su Padre, al rechazo del reinado de Dios¹⁵⁶. ¿Cómo lo iba a aceptar, cómo se iba a resignar a él, si él era el Hermano universal? Pero ¿cómo seguiría siendo Hermano, si los hermanos lo rechazaban? Y si lo rechazaban a él, rechazaban a su Padre. Era terrible que cuando de parte de Dios, a través de Jesús, se consumaba la alianza, fuera cuando se rompiera por parte de los representantes del pueblo de Dios¹⁵⁷. Jesús no lo podía aceptar, es decir, no podía resignarse a que no hubiera más alianza.

Y no lo aceptó, no se resignó a ese rechazo: siguió siendo Hermano de los que se negaban a serlo. Lo estaban quitando del medio, colgándolo de la cruz

¹⁵⁴ Además de lo dicho, Sobrino cree que lo último que Dios revela en la cruz es que carga en silencio con Jesús. Después de haberlo explanado, concluye: "Lo que esclarece el sufrimiento de Dios en una historia de sufrimiento es que entre la disyuntiva de aceptar el sufrimiento, sublimándolo, o eliminándolo desde fuera se puede y se debe introducir un nuevo elemento: cargar con él" (oc 312). Yo creo, por el contrario, que el amor del Padre incluye el respeto para dejarle morir su muerte como le había dejado vivir su vida. Creo que la libertad y gratuidad mutua en las relaciones lo pide así. Lo que sí podríamos añadir es que en ese momento el vínculo entre el Padre y el Hijo es el Espíritu, ya que el aguantar el silencio y morir en la confianza sin signos, por un lado, y el respeto total y, por supuesto, solidario, por otro, son, ambos manifestaciones supremas de Amor.

¹⁵⁵ "Era inevitable que en su conciencia se despertaran no pocas preguntas: ¿cómo podía Dios llamarlo a proclamar la llegada decisiva de su reinado, para dejar luego que esta misión acabara en un fracaso? ¿Es que Dios se podía contradecir? ¿Era posible conciliar su muerte con su misión? Se necesitaba mucha confianza para dejarle actuar a Dios y ponerse en sus manos. A pesar de todo Jesús lo hizo" (Pagola oc 349). "Aunque estemos ante una interpretación que entiende la muerte de Jesús como cumplimiento de los apocalípticos dolores de parto y como llegada del reinado de Dios, con ello se habría hecho justicia de la mejor manera posible a la intención global de Jesús. Jesús no se desmoronó en su fe. Pero sí que experimentó la noche y la indigencia de la fe con mayor profundidad que cualquier otra persona de la historia" (Kasper, oc 185)

¹⁵⁶ "El propio Jesús se encontró ante la tarea concreta de conciliar la eventualidad histórica de su muerte violenta con la certeza de su mensaje sobre el reino de Dios. ¿Se limitó Jesús a soportar la certeza de su muerte con una confianza ciega y radical en Dios o terminó por ver en esa situación histórica una especie de plan divino de salvación en virtud del cual su mensaje encontraría una realización soberana y libre, no a pesar del fracaso histórico del mismo, sino *gracias* a él, gracias a su muerte?" (Schillebeeckx, oc 276)

¹⁵⁷ La modificación que hace Jesús de la parábola que trae Isaías y era muy popular de la viña y su dueño, en la que introduce otros personajes, que son los viñadores y los enviados del dueño, que son sus criados y finalmente su hijo, hace ver que él piensa que su muerte implica el rechazo por parte de Dios de los viñadores, de la dirigencia, con todo lo que eso implica también de las instituciones que regentan, pero no propiamente del pueblo (Mc 12,1-12). Ver el amplísimo análisis de Navarro, oc 414-432

como execrado por los hombres y maldito por Dios, y él moría llevando a todos en su corazón y pidiendo a Dios por los que lo crucificaban. En ese momento se consumaba como el Cordero de Dios que era sacrificado cargando el pecado-del-mundo¹⁵⁸. En su sacrificio, en el hecho de sacrificarlo para que siguiera el orden establecido, hubo pura negatividad, la mayor que se ha dado y que se dará en la historia de la humanidad¹⁵⁹. El pecado-del-mundo estaba acabando con su vida; pero él moría pidiendo a su Padre que perdonara a los que lo cometían. De este modo se consumó como Hermano. Ni él ni su Padre habían querido que ése fuera el final; pero ante él no mudaron de actitud. Vencieron al mal a fuerza de bien (cf Rom 12,21)¹⁶⁰. De este modo Jesús se consumó como Hermano.

Esto es lo que habían prefigurado las palabras y los signos que hizo con el pan y la copa de vino en la cena de la noche de despedida: les entregó su cuerpo entregado a la muerte y su sangre derramada, insistiendo que esa entrega era por muchos: por todo el pueblo y, en él, por toda la humanidad¹⁶¹. “Es claro que Jesús asume en la última cena la categoría aplicada a la muerte de una persona o de un mártir, no la referida al culto sacrificial del templo, aunque ambas coinciden en cuanto a su estructura simbólica básica. El centro significativo en ella es, a mi entender, la *identificación representativa* del agente mesiánico con el pueblo de Israel rebelde. Es así su acción suprema de amor al enemigo”¹⁶². Desde nuestro punto de vista esta identificación se realiza antropológicamente al llevarnos en su corazón incondicionalmente y preferir

¹⁵⁸ Para poder retener coherentemente la imagen es preciso insertar la nota de Pagola: “Aplicar a Jesús la imagen de ‘la oveja muda que no abre la boca’ (Isaías 53,7) puede falsear la realidad. Jesús no se calló. Fue ejecutado por ‘abrir su boca’ para defender las exigencias del reino de Dios” (350)

¹⁵⁹ “Jesús no interpretó su muerte desde una perspectiva sacrificial. No la entendió como un sacrificio de expiación ofrecido al Padre. No era su lenguaje. Nunca había vinculado el reino de Dios a las prácticas cultuales del templo, nunca había entendido su servicio al proyecto de Dios como un sacrificio cultural. Habría sido extraño que, para dar sentido a su muerte, recurriera al final de su vida a categorías procedentes del mundo de la expiación (...) Nunca se le ve ofreciendo su vida como una inmolación al Padre para obtener de él clemencia para el mundo (...) Su amor a sus hijos e hijas es gratuito, su perdón incondicional” (Pagola oc 350-351)

¹⁶⁰ En este sentido insiste Berger que el Padre no necesitaba la muerte de Jesús (*Jesús*, ST, Santander 2009,313-316), pero “si las cosas han llegado ya tan lejos que incluso Jesús fue ejecutado en la cruz ¿de qué manera puede continuar Dios el camino emprendido? ¿Cómo logra Dios, a pesar de todo, su objetivo? Respuesta: precisamente en vista del asesinato de Jesús, Dios alcanza su meta de un modo aún más glorioso (...) No en vano, una ‘alianza’ nos infunde una certeza mucho mayor del perdón” (oc 316; cf 326)

¹⁶¹ Barbaglio, a pesar de su lectura minimalista afirma: “su muerte, como fue por lo demás toda su vida, será fuente de bendición divina para sus seguidores” (Jesús, hebreo de Galilea, oc,503)

¹⁶² Vidal oc 221. “El ‘por vosotros’ (fórmula *hyper*), en el sentido de proexistencia total de Jesús, indica la *intención histórica* de toda su vida y se realizó hasta su muerte” (Schillebeeckx, oc 284)

morir como hermano que ser salvado por Dios de sus hermanos y de la muerte, y al morir pidiendo perdón por sus asesinos¹⁶³.

Jesús murió dejándole a su Padre que dijera la última palabra de su vida, pero sin escuchar esa palabra. La respuesta de su Padre es la resurrección; en ella nos acogía a todos

Pero murió sin signos¹⁶⁴. Así como al salir del agua después de bautizarse había visto rasgarse el cielo, así al morir, murió poniéndose en manos de su Padre, pero sin escuchar su respuesta¹⁶⁵. Las Escrituras dicen que al morir se rasgó el velo del templo (Mt 27,51), es decir, que Jesús penetró en el Santo de los Santos (Hbr 9,11-13,24), hasta el mismo corazón del Padre, y que ya Dios no estaría nunca más oculto, que él se había hecho ya patente y propicio a todos, se había entregado a todos, al aceptar la vida de su Hijo.

¹⁶³ Para Schillebeeckx la idea central de la Cena, que sirve de interpretación a la pasión y muerte de Jesús, es la de diakonía (oc 276-279). Así sintetiza su idea: “La tradición de la cena es pues el punto de partida de la interpretación cristiana de la muerte de Jesús como autodonación salvífica” (Id 279). “El servicio, el amor incluso a los enemigos, en una palabra: el ser para los demás es, por tanto, el nuevo modo de ser inaugurado y posibilitado por Jesús. En semejante existencia hay que contar con todo, abandonarlo todo (cf Mc 10,28 par), arriesgar incluso la propia vida (cf Mc 8,34s, par). De ahí que a Jesús le debiera asaltar realmente la idea de que también la entrega de su vida era, en consonancia con toda su actividad previa, un servicio a los demás” (Kasper oc 188)

¹⁶⁴ Sobrino se refiere largamente al silencio de Dios en la cruz de Jesús (oc 300-306). Desde su perspectiva minimalista, Barbaglio resume así el relato de su muerte: “En conclusión, se puede pensar que su muerte horrorosa tuvo lugar en silencio” (oc 507). Sanders conjetura, aclarando que es sólo una explicación posible que “después de haber estado en la cruz durante algunas horas, se desesperó y gritó que había sido abandonado” (oc 298). Nosotros pensamos que las palabras que pone Lucas en su boca, aunque no las pronunciara, expresan adecuadamente el modo en que murió, si añadimos que esas manos del Padre en las que se entrega no las sentía prontas a acogerlo sino ausentes. La desesperación puede tener que ver con que según el autor, tal vez, “esperaba la intervención de Dios”, aunque concluye el pasaje de la oración del huerto: “Esperaba no morir, pero se resignaba a la voluntad de Dios” (288). Es congruente con su idea de que Jesús fue “un escatologista radical” (oc 286). Schlosser, refiriéndose a la cita del salmo, dice: “Esta frase se cita en arameo y parece responder al criterio de la disonancia comunitaria, prestándose a una interpretación que vería en ella, erróneamente a mi juicio, una expresión de desesperación” (oc 273). Concordamos con la interpretación de Schillebeeckx: oc 290

¹⁶⁵ Para no pocos el abandono sentido de su Padre hunde a Jesús en la desesperación, aunque se alegue que no se dejó llevar por ella: “El gemido puesto en labios del condenado: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (Sal 22:1), expresa la desesperación de Jesús que se hunde solo en las aguas de la muerte; pero se lo dice a Dios” (Marguerat, oc 83) Boff lo interpreta así: “en el momento supremo, cuando va a morir, se da cuenta de que Dios no va a intervenir ni lo salvará. Lo abandona y lo entrega simplemente a la muerte. Jesús siente el infierno de este abandono de Dios. Expira con un grito angustiado lanzado al infinito (Mc 15,34). Es el último despojamiento y la renuncia completa a su propia voluntad. Se entrega al designio del Misterio, sea el que sea” (oc 82). Nosotros por el contrario creemos que muere, sin escuchar al Padre, pero confiado y, por eso, dejándole a su Padre que diga el sentido último de su vida. Estamos de acuerdo con Lohfink en que el inicio del salmo no “es un grito de desesperación, sino una lamentación” (oc 471)

Este símbolo se hizo realidad al resucitar a su Hijo¹⁶⁶, que murió como Hermano, al recrearlo en su seno con su misma vida, como Señor de vivos y muertos. Lo que comenzó en el bautismo se consumó en el Calvario o, mejor, en la Pascua: en el paso de la muerte ignominiosa a la resurrección gloriosa; más precisamente, en la aceptación por parte del Padre de la entrega de Jesús en la cruz, venciendo el rechazo de los jefes y en ellos de todos los pecadores. Resucitarlo era decirle: “tú eres mi Hijo querido, el predilecto”. Como en el caso del bautismo, se lo decía al que había muerto (en el bautismo sólo simbólicamente y en la cruz realmente) como Hermano: dando su vida por los que lo mataban y llevando a todos los seres humanos en su corazón.

Discernir mantener incondicionalmente la respectividad positiva es el discernimiento definitivo, el que nos hace seguidores de Jesús de Nazaret

Discernir mantener siempre la fraternidad concreta, la respectividad positiva hacia cada uno, mantenerla frente a la indiferencia o el rechazo, discernir hacer el bien al que nos quiere mal, bendecir al que nos maldice, o sea, decir bien del que habla pestes de nosotros y pedir a Dios por él, en eso consiste amar, ser seguidor de Jesús, que murió pidiendo perdón por los que lo asesinaban¹⁶⁷, e hijo de su Padre, del Padre del cielo que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos y pecadores, no porque no distingue entre ellos sino porque los quiere a ambos porque es Enteramente Bueno (cf Lc 6,27-28; Mt 5,44-45).

Ese discernimiento decide finalmente si alguien, un individuo, un grupo, una Iglesia, es o no seguidor de Jesús de Nazaret. Es, como en el caso de Jesús, el discernimiento definitivo.

De estos discernimientos de Jesús queremos sacar dos corolarios que nos parecen particularmente pertinentes para nuestra situación.

¹⁶⁶ “La vida de Jesús termina en una apertura definitiva. La historia y el destino de Jesús siguen siendo un interrogante al que tan sólo Dios puede dar respuesta. Para que la actividad de Jesús no termine en el fracaso, esa respuesta puede consistir únicamente en que en su muerte ha irrumpido el nuevo eón. Pero este es ya el contenido de la confesión de fe en la resurrección de Jesús” (Kasper, oc 190)

¹⁶⁷ “Traducido para nosotros hoy, esto quiere decir: el cristianismo no existe sin costes. A quien no se atreva a nadar contracorriente y a asumir considerables desventajas, la ortodoxia no le sirve de nada” (Berger, oc 318-319)

**LA OMNIPOTENCIA NO CONSISTE EN IMPONERSE¹⁶⁸ SOBRE
TODOS SINO EN VENCER AL MAL A FUERZA DE BIEN. POR
TANTO LA POLÍTICA NO PUEDE SER CAUCE DE SALVACIÓN Y
NO PUEDE SACRALIZARSE, AUNQUE TAMPOCO
DEMONIZARSE¹⁶⁹**

Ese último discernimiento consuma a Jesús y al Padre para nosotros. Él revela, tal vez, lo más hondo y revulsivo de la revelación cristiana: que la omnipotencia no consiste en imponerse sobre todos a la fuerza, en el poder de acabar con todos, si no se someten a sus dictados, aunque sean justísimos. La omnipotencia del Dios de Jesús consiste en vencer al mal a fuerza de bien, pero respetando siempre la libertad¹⁷⁰. Por eso, lo último, en el sentido cronológico¹⁷¹, que dice la revelación cristiana ante la situación de pecado es la alusión a la paciencia infinita de Dios, porque no quiere ni puede condenar a nadie (2Pe 3,9.15).

Sólo desde dentro, participando vitalmente de esa actitud, puede conocerse internamente lo que significa vencer al mal a fuerza de bien; pero, aun en ese caso, ese conocimiento, realmente gozoso, no está exento de sufrimiento e incluso de perplejidad.

Esto, si no hay una conversión profunda de la sensibilidad, resulta escandaloso, incluso inasimilable. Aquí suelen naufragar muchos discernimientos. Porque en un mundo en el que los de arriba se imponen por la buenas o por las malas ¿sirve de algo un Dios buenísimo, pero que no quiera ni pueda imponerse a nadie por la fuerza, ni siquiera por una fuerza infinitamente justa? El planteamiento de Pedro a Jesús de que no iba a caer en poder de los jefes porque Dios no lo iba a permitir (Mt 16,22), porque Dios no podía permitir que el poseedor de su Espíritu, que es su fuerza, fuera vencido, porque eso equivaldría a admitir que hay otra fuerza superior a la de Dios, es un planteamiento amplísimamente compartido por los cristianos de todos los tiempos y particularmente del nuestro. Y ya sabemos que Jesús, al escuchar ese razonamiento de Pedro, lo llamó Satanás, porque, en efecto, estaba haciendo las

¹⁶⁸ En esto insiste Sobrino (oc 189-191)

¹⁶⁹ Para la relación de Jesús con el Estado es muy esclarecedor el acápite del libro de Lohfink, Jesús de Nazaret: *Jesús y el Estado* (oc 293-306)

¹⁷⁰ Nos parece que Kasper lo entiende de un modo demasiado abstracto, que no explica por qué siguieron hasta el fin a Jesús los de abajo, y se opusieron a él y lo mataron los de arriba. Estamos de acuerdo con su rechazo de la violencia y la afirmación del amor ilimitado; pero el conjunto nos parece demasiado vaporoso y deshistorizado y muy sospechosa la cita de Hegel (oc 111-112)

¹⁷¹ Se suele considerar a la segunda carta de Pedro como el escrito más tardío del Nuevo Testamento, avanzada, según no pocos, la primera mitad del siglo segundo

veces del diablo porque intentaba separar a Jesús del designio del Padre, por no tener la mentalidad de Dios sino la de los seres humanos.

Por esa misma razón de Pedro, el Dios de la mayoría de los cristianos no es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo sino el Dios omnipotente y eterno de la religión romana que ha pasado a la liturgia¹⁷², en el que se sobreentiende que omnipotente incluye la capacidad de imponerse sobre todos, preferiblemente por las buenas, pero también por las malas, si no se avienen a razones.

No se puede discernir cristianamente la historia, si no hay claridad en este punto, es decir, si no consideramos que imponerse sobre otro a la fuerza, en el mejor de los casos, es un mal menor y ordinariamente es simplemente un mal y, no raramente, el mayor mal posible, el que califica a esta situación como una situación de pecado, como un establecimiento fetichista.

Si esto lo decimos incluso en el caso de una política realmente democrática, consensuada por los ciudadanos, con leyes justas y con funcionarios rectos, ¿qué diremos de una situación económica en la que se imponen los grandes inversionistas haciendo prevalecer sus intereses privados sobre el interés general? En este caso ¿hay algo que no sea sólo malo?

No adorar al dinero ni al poder, que son las fuerzas principales con las que unos seres humanos se imponen sobre otros, sigue siendo el primer mandamiento (Ex 20,3; Dt 5,7) y es la actitud que se sigue necesariamente de adorar al único Dios verdadero. Eso hace ver que el problema de la idolatría es el primer problema dentro del cristianismo. Y una prueba de ello es que, a pesar de ser un planteamiento sistemático de la teología latinoamericana en confrontación abierta con el cristianismo moderno, no ha sido asumido por la práctica de nuestra Iglesia¹⁷³.

La revelación de que la omnipotencia de Dios excluye el imponerse a la fuerza y el matar a nadie, imposibilita sacralizar a la política. En una democracia en la que se exprese con toda propiedad la voluntad de la mayoría y en la que la minoría pueda ser representada en la medida de lo posible, todavía es imprescindible el uso de la policía para que los que quieran vivir fuera de la ley no se impongan sobre los que sí quieren vivir conforme a derecho. Por eso renuncian al uso de la fuerza y lo reservan al Estado. En este caso ejemplar el uso de la fuerza es un mal menor porque no hemos inventado nada superior para que sea posible la vida social cuando no todos aceptan el derecho y la justicia.

¹⁷² Las oraciones colectas del misal romano comienzan habitualmente con estas palabras: *omnipotens eterne Deus*

¹⁷³ Trigo, ¿Qué Dios? En *La acción de Dios en la historia según la teología latinoamericana*. ITER 51 (2010)120-128

Es imprescindible, pero sigue siendo un mal del que nunca podremos gloriarnos.

Pero lo que aparece en la cruz y se corrobora en la resurrección no es sólo que la omnipotencia no consiste en imponerse sino, sobre todo, que consiste positivamente en vencer al mal a fuerza de bien. Éste es el contenido concreto de la omnipotencia divina, tal como se reveló definitivamente en la Pascua.

Pues bien, eso la política lo puede reconocer y estimular, incluso, en un momento determinado, puede ser el gesto de un político, pero no puede entrar en ningún contrato social ni puede ser el contenido de ninguna constitución¹⁷⁴. Los mínimos de convivencia ciudadana que pauta el contrato social que está a la base del ejercicio político no pueden contener ese máximo de vida buena. Ya practicar consciente y libremente ese mínimo y elevarlo lo que sea prudente exige enormes dosis de buena voluntad y de sagacidad. Lo otro está fuera de su competencia, aunque, insisto, debe ser reconocido y estimulado ya que sin esa base prepolítica, no pueden darse esos mínimos.

Por eso, aunque la política sea ejercida por cristianos de corazón, no hay política cristiana¹⁷⁵. Y, sin embargo, los cristianos no pueden abdicar de ejercerla y es muy meritorio hacerlo con espíritu cristiano, ya que la letra no siempre lo puede ser. Un político puede ser santo; pero, ni aun en este caso, puede ser sacralizada la política que hizo. Es patente que esto no ha sido tenido en cuenta en Nuestra América ni por la derecha ni por la izquierda.

Y es vital tenerlo en cuenta porque la política tiende a volverse numinosa por el peso ingente que tiene. Por eso es vital desacralizarla, volverla al terreno de lo simplemente útil. En cualquier otro caso se la mixtifica y así es imposible ejercerla con sensatez. Tenderá a mediatizar a los ciudadanos, en vez de ser los políticos simples mandatarios suyos.

Ahora bien, a la ciudad le conviene que los ciudadanos liberen su libertad y se elijan a sí mismos como orientados al bien común, ya que la política misma puede llegar hasta lograr consensos mínimos, pero no puede lograr por sí misma que los ciudadanos los respeten. Por eso tiene sentido que los gobernantes estimulen a aquellas instituciones que son capaces de lograr que los ciudadanos se orienten al bien común desde una libertad liberada y que tengan tanta consistencia que sean capaces de resistir al abuso de autoridad y a la tiranía del gran capital. Todo esto no sólo tiene que ver con el discernimiento cristiano derivando de los discernimientos de Jesús sino que constituye una parte

¹⁷⁴ Berger, oc 324-328. Concluye: "con el sermón de la montaña no se puede regir ningún estado. Justo por eso, deberíamos intentarlo"

¹⁷⁵ Bigó o Calvez insisten que la mayor caridad es la caridad política porque es la que logra un bien mayor. Aunque concedamos que así es, cosa muy difícil de probar, no lo es por el modo como la produce.

sustantiva¹⁷⁶ y, por tanto, tiene que constituirse en una propuesta pastoral básica y en un ejercicio de espiritualidad inexcusable y, desde ese cultivo en el interior de la comunidad cristiana, tiene que ser también una propuesta infaltable a la comunidad humana donde vive esa Iglesia, tanto a los ciudadanos, como a la opinión pública, como a los actores políticos y a su desempeño concreto.

**SI LA VIDA DE JESÚS Y SUS DISCERNIMIENTOS
ACONTECEN EN LA VIDA HISTÓRICA, LA RELIGIÓN NO ES EL
ÁMBITO PROPIO DEL CRISTIANSIMO, AUNQUE SÍ TIENE LUGAR
COMO UNA DE LAS DIMENSIONES DE LA VIDA**

Si el reinado de Dios no acontece en un espacio sacral, aunque comienza a acontecer en un rito, pero de carácter histórico, es decir, diseñado para esa ocasión; si la historización de lo que ha acontecido entre Jesús y su Padre se desenvuelve en la vida, tanto en el ámbito de la cotidianidad, como en su lenguaje, como mediante acciones que tienen como objetivo sanar la vida, desalienarla, reconciliarla y plenificarla; si, pues, la revelación de nuestra condición de hijos en el Hijo Jesús y de hermanos en el Hermano universal acontece en la vida y en la vida tiene que validarse y actuarse; si Jesús, revelador definitivo del Padre no se presenta como un personaje sacral, es decir, no como un sacerdote y ni siquiera como un maestro de la ley sino como uno de tantos y es en esa figura en la que reluce la autoridad infinita, eso significa que en los discernimientos de Jesús queda descartado el ámbito de la religión institucionalizada como el ámbito privilegiado de la relación con Dios y de la realización humana. Ese ámbito no se desecha, pero se reintegra a la vida histórica.

Se puede, pues, decir que Jesús fue una persona muy religiosa, pero que no expresó fundamentalmente su relación con Dios en los ritos de la religión judía, a la que pertenecía y que se supone que cumplió fielmente, pero no fue recordado cumpliéndolos ni proponiéndolos como el lugar propio del encuentro con él y de la relación con él.

Cuando aparece en la sinagoga o en el templo, aparece practicando el evangelio con sus palabras o con sus obras, no participando del rito acostumbrado. La excepción es el pasaje programático del evangelio de Lucas en el que le entregan el libro del profeta Isaías y él busca el pasaje en el que se lee que el Espíritu de Dios lo ha ungido y enviado a dar la buena nueva a los pobres y él, como comentario, dice que el pasaje se está cumpliendo en él. Como aparece en el cuarto evangelio, él ha hablado siempre en las sinagogas y

¹⁷⁶ Berger oc, 328-334

en el templo porque son los lugares donde se reúnen los judíos y él ha hablado abiertamente a todos y no en secreto a iniciados (18,19-21).

Ahora bien, al acontecer en ese ámbito de la vida histórica en toda su polifonía, en sus diversos niveles y ámbitos, la vida toda está emplazada a ser buen conductor de la relación filial y fraterna. No hay nada sagrado, fuera de las personas, pero también no hay nada carente de significatividad, no hay nada neutro: todo debe armonizarse con esas coordenadas escatológicas. Lo que no se asume, no se salva. Jesús ha asumido la condición humana en todos sus niveles y ámbitos para acordarlos todos a esa condición filial y fraterna.

Ahora bien, esa armonización no sólo exige un cambio en las relaciones y, por tanto, en las instituciones y estructuras sino también debe ser simbolizado, expresado como el eje central de la vida, cantado y celebrado. Es decir, que también debe ser expresado religiosamente. Entre esas celebraciones, tiene la voz cantante la Cena del Señor, que proviene del mismo Señor Jesús y en la que él, el anfitrión, se sigue entregando y así se hace realmente presente.

Con esto estamos diciendo que reponemos la religión, pero como una de las dimensiones en que debe expresarse lo que acontece, el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, y no como su ámbito propio y, menos aún, exclusivo.

Lo dicho no se refiere de ningún modo a la Iglesia y ni siquiera a la institución eclesiástica. Tienen que seguir habiendo profetas, evangelizadores, doctores, presbíteros y obispos. Esto no está puesto en duda. Lo que expresamos es que la asimilación, explicable hasta cierto punto, de esas funciones al desempeño de los sacerdotes culturales propio de las religiones neolíticas, debe ser relativizado y, pensamos, debe ceder al pasar el neolítico.